



a la Biblioteca Nacional,  
contribución de

Benjamin Carrion

marzo 24 1929.



**Benjamin CARRION**

10, Rue Jules-Ancel

**LE HAVRE**

1000



LOS CREADORES  
DE LA  
NUEVA AMERICA



BENJAMIN CARRION

NUP 280 - 2009 - FERRAZ - 60095 - FERRAZ - 12817

# LOS CREADORES DE LA NUEVA AMERICA

José VASCONCELOS  
Manuel UGARTE  
F. Garcia CALDERON  
Alcides ARGUEDAS

*Prólogo de Gabriela MISTRAL*

G. 1821/12  
P. 217



CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS PARA LA VENTA :  
**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA de LIBRERIA**

———— Ferraz 21 — MADRID —————

---

Copyright by Benjamín  
Carrión. — 1928

---

## CUATRO HOMBRES AMERICANOS

### PROLOGO

*Este es el libro de un fervoroso, de un ecuatorial, que lleva en si la excelencia de su clima.*

*¿Por qué se ha de decir tanta majadería del trópico? El trópico es el cielo verdadero, el único cielo-cielo; el trópico es la fruta óptima: piña o mango admirables; el trópico es el árbol casi humano que se llama del pan, el bananero que, él solo, puede alimentar gentes; y el río que no debiera llevar nombre, el Amazonas, cuyas cuatro silabas hacen un horizonte de agua poderosa. Pero, nos contestan, ¿y el mosquito, y la víbora, y otras bestias que un maniqueo atribuiría a una paralela creación demoniaca? Ah, es que se pagan de algún modo esos colores, y esos olores y esas excelencias sobrenaturales de un suelo, y se muerde la pitahaya, que es la mejor púrpura, durante una vida, aceptando que alguna vez la cobra nos pruebe la sangre.*

*Aparte de que el trópico malo, el de la fiebre palúdica y el del cacique matón—nuestros dos*

descréditos mayores—va raleando o retrocediendo. Se ha de acabar el trópico del affiche odioso, que contiene alacranes, soldadesca pringosa y pereza; entonces, qué tierra de aire vegetal como para que vivan en élla los mejores hombres de este mundo!... Entonces, ser ecuatoriano, o peruano, o mexicano, se volverá nobleza natural—la nobleza de los frutos-tipos, de la luz robusta y del árbol ejemplar—y habrá venido a menos ser alemán o inglés o sueco, hombres de tierras desabridas, echadas a perder a la larga por los placeres quimicos.

Nadie se admire que sea una mujer de un país llamado frío quien hace esta alabanza de la tierra caliente. Yo nací en valle al que faltan yo no sé cuantos grados—pero muy pocos—para ser tropical, curiosa quebrada de Elgui que Dios me dió para que, en la luz perfecta, yo adquiriera esta pasión del sol con todo lo que le es añadido.

Benjamín Carrión es abogado y periodista en ejercicio. El último oficio se le siente en el estilo vivo, no tocado, en ningún período, de inercia; en la agilidad lozana. Ha dictado cátedras de Derecho y de Historia. El profesorado no alcanzó a enfriarle el interés humano que calienta estas biografías.

Entre nosotros el gusto de la historia comienza tarde, lo que viene a resultarnos un daño, porque escrita por viejos la historia americana—muy honrada en la investigación, muy escrupulosamente escrita—no contiene el dinamismo feliz que aquí en Francia le diera un Michelet. De Carrión puede esperarse que con sus cualidades de pasión

rejuvenezca el género y que se fije en él. La buena fortuna de estos excelentes ensayos puede decidirlo a continuarlos. Porque no están aquí todos los maestros de América. Le faltan un Nelson, un Vaz Ferreira, un Caso, un Henriquez Ureña, un Varona, un Lugones, un Rojas, un Belaúnde, un Palacios, un Nieto Caballero y los demás colombianos y no sé cuantos otros para completar la serie de hombres que ejercen influencia en la juventud de América.

Benjamín Carrión ha escrito, antes que el libro de poemas a que todos los sudamericanos nos sentimos obligados, un elogio de otros hombres, de almas ajenas que le han urgido más que la suya propia con su mensaje, y nos presenta aquí cuatro cifras de americanos en grande. El piensa ya a nuestra América en unidad y no se le ocurre el prejuicio de que está alabando a extraños. Gente bien suya ha cogido y la presenta a los regionalistas, para que tomen legítima posesión de ellos: un mexicano, un peruano, un argentino, un boliviano.

Carrión ha escrito estas biografías o comentarios de maestros, para cuantos jóvenes en la América no tendrán la dicha de ver nunca, sobre la misma tarima de su aula, sentarse a estos cuatro directores a hablarles de los problemas de su raza. El porvenir inmediato de nosotros es harto feo y cuando decimos palabras soleadas de confianza, no hablamos ni de 1930 ni de 1940, por cierto. Los jefes de nuestros pueblos, para que la espina de agave de una crítica no les punce los costados, se desprenden directa o indi-

rectamente de maestros tan honrados como molestos.

Hay entre los cuatro biografiados de Carrión a lo menos dos cuya residencia en Europa no es voluntaria ni ha de resultarles dichosa. Por derecho deberían hallarse en la Secretaria de Educación de sus países, haciendo todo lo que pueden, que es mucho, curando la raza con el libro y formando en la conferencia su conciencia civil, volviendo justo al blanco, laborioso al mestizo y organizado al indio. Se dirá: «Pero si no se los ha desterrado». Y es cierto, si se llama destierro al boleto de tercera clase que lleva un guardián «del orden», junto con una hoja de papel duro con sellos coloreados. Ah, pero hay los otros destierros: el cerco de fuego—de ofensas—el de arena—de aislamiento— que se hace a un hombre en torno de su casa para exasperarlo, obligándole a mudar de suelo contra la voluntad de sus ojos que tienen costumbre de un paisaje, y de su mente que no gusta sino rondar los intereses de su pueblo.

Cuando Manuel Ugarte recibe en Niza a otro de estos desterrados sin decreto, le dice: «¡Ah, usted también! ¡Pero si están llegando todos, uno por uno!»

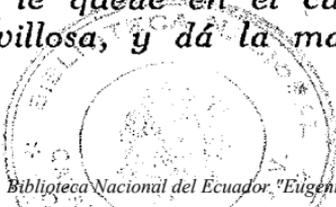
Y yo suelo esperar, en París, en Florencia o en Marsella, el encuentro en un café, de los que faltan, Garcia Monge, Varona, los demás, que usan de su lengua para lo único que ella sirve: decir la verdad todos los días, cuando la mañana sube limpia y suave para ayudarnos al bien.

No hay como nuestro continente para mal-

gastar a sus mejores hombres. La materia prima preciosa, llámese goma de caucho o cacao, la vende por nada, y al individuo lo arroja como resaca, hacia Europa o Estados Unidos. Así perdió Chile un Tancredo Pinochet, un Ernesto Montenegro, un Carlos Vicuña, un Loyola y un Torres Rioseco; así Costa Rica ha prestado a Brenes Mesén.

Es a los jóvenes a quienes se roban estas fuerzas morales. Ellos crecerán oyendo hablar como de mitos de su Alcides Arguedas, por ejemplo, y no verán su cara nunca. Ellos llegarán a pensar que es natural como que la caña crezca, que el escritor civil viva en otro país, y que Martí, el santo, dió el tipo de un destino lógicamente desgraciado: el del madurador anticipado —y castigado— de las conciencias.

Benjamín Carrión no quiere que los jóvenes pierdan a sus directores naturales. Y como en la América se niega en grande, él ha usado en su modo de biografía un tono de ditrambo que a algunos no gustará talvez. Está bien: yo que he celebrado la justeza nunca ganada por el arrebató en Alfonso Reyes, tengo que alabar aquí a un diferente suyo: el fervoroso. A otro género, otro gesto. Carrión no ejerce la pedagogía, esa profesión de cabeza helada, y en la que la mano atenta maneja una balanza menuda como para pesar diamantes. El busca ser provocador de entusiasmos, y se halla generosamente dotado para recibir el choque del bien; no puede aceptar que se le quede en el cuerpo leal la vibración maravillosa, y dá la mano como el



niño en la ronda a los otros, a fin de que la electricidad de lo óptimo llegue entera hasta el último.

Sus admiraciones le nacen cabales, y él no las echa a perder con un análisis demasiado sostenido en el ojo. Está construido para admirar—que es construcción para el gozo—y usa ese don, que otros se tuercen y acaban por estropearse, como el delfín y el buen nadador se deleitan largamente en el agua marina. Su elemento es ese y él lo disfruta.

Su estilo cae en el orden que apellidaremos «martiano» de Martí, que usó de este mismo desenfreno santo de admirar. Otro orden nos creó Rodó, el profesor, y a él pertenecen los críticos buenos que han venido despues. Otro orden, el de la inteligencia evangelizada, nos está haciendo Capdevila. Los imaginativos y los emocionales nos quedamos con Martí por patrón, y yo se lo regalo gustosamente a este Benjamín Carrión, que se sentirá contento de seguir la huella que casi quema, del «Arcángel cubano».

Vasconcelos, que recibe aquí un regalo de fervor, acaba de maltratar al entusiasmo en un artículo, diciendo que es «la epilepsia de la América, que promete y nada consume, por atarantada e insensata.» Yo entiendo su rencor aunque no se lo justifique. El ha visto lo fácil y lo abundante que es el entusiasmo en la América nuestra, cubierta de él como de hierba loca; le conoce las fallas y ya le desconfía. Pero en una raza sin voluntad, en la cual el entusiasmo viene a ser el primo-hermano de ella, lo que más

se le parece, ¿qué haría el mismo Vasconcelos si se nos acabara? El entusiasmo comienza en el corazón, gana los sesos y pasa a las manos. El lo ha visto como la llamarada del vino quedarse en la lengua y no llegar a las resoluciones. Paciencia. Ya nos mezclaremos con gente del Norte— del Norte europeo— y seremos lo que él busca: prometedores y pagadores por igual, concebidores y padres de las acciones. Entre tanto, mientras la Argentina mezclada convence a los países abúlicos y lentos de su manera de salvación, aceptemos este entusiasmo aspirante a la voluntad, que por lo menos en el cortejo de novio que le hace puede ser ganado por élla.

El entusiasmo de Carrión no jura con los ojos cerrados. Ha visto, recogió documentos para sus ensayos, analiza y cuenta. Y posee la cualidad rara en nosotros de aceptar virtudes diferentes y ofrecerlas con el mismo contentamiento: Garcia Calderón es casi un reverso de Vasconcelos; Arguedas tiene poca relación con Ugarte. Está flexibilidad en una mente de joven, y de sudamericano, es preciosa. Allá nos sentimos obligados a desdeñar a Dario si estamos con Witman, o a rebajar a Reyes si amamos a Vasconcelos. Puro resabio de guerrilla, pura sangre caliente que necesita cada vez que juzga un zócalo en que poner la ofrenda al dios y otro en que descansar su carga de odio. Yo celebro el alma aseada de malquerencia que de tarde en tarde nos suele aparecer, y que es la de este Benjamín Carrión, que acepta en dos horas seguidas la lección fría de Francisco Garcia Calderón y la

violenta de Vasconcelos. El se acuerda de que nuestros pueblos se hicieron por un San Miguel, que fué Bolívar, y por un gaucho malicioso, ultra-sensato, con lenguaje sin metáforas y ojo desconfiado que era el de Cuyo. El da prueba aquí de que un mismo trabajo se cumple por obreros distintos o, como diría un católico, que puede irse al cielo por San Pablo como por San Pedro.

Se hará quizás a Carrión el reparo de que ha usado la palabra «maestro» en un sentido demasiado amplio. Ugarte quedaría fuera del concepto, si se la usa en un sentido estrictamente didáctico. Sin embargo, lo que ha enseñado Ugarte es, precisamente, lo primero que ha de enseñar a un niño americano un hombre maduro: que estamos perdiendo la América, jalón por jalón, y que un día nos despertaremos de nuestra confianza perezosa sabiendo que las palabras «Chile», «México» o «Nicaragua», ya no son sino nombres geográficos y no políticos, que señalan grados de latitud y de longitud, frutos y maderas diferenciados y una sola colonia no más de Nueva York. Maestros otros, que enseñen su predicado, su binomio y su San Martín, y que no sepan esto, han cumplido insensatamente su oficio. Manuel Ugarte eligió un magisterio americano, el más formidable. Dijo a tiempo su zozobra; no se le hizo caso; siguió hablando, y empezó o oírsele con una atención vaga; lleva más de diez años de prédica ejemplar y ahora todos—excepto los que entienden y hacen que no entienden—sabemos que ni exageró ni anti-

cipó. Ugarte se levantó temprano con su verdad y le corresponde toda una gloria por su ojo fiel y su celo de vigia sin paga, lleno de buena voluntad. Esa gloria le ha crecido con nuestra desgracia en los últimos años y Carrión ha sabido fijarla en su libro.

Está largamente contada aquí la odisea educacional de Vasconcelos, que anda desmadejada en artículos de los que no se recibe una impresión de conjunto. Todo eso—y más que eso—hizo el hombre bueno y fuerte en su meseta, durante el parpadeo de tiempo que son cuatro años. Enseñar al niño mejicano a que lea, cultive su suelo de milagro, cree sus oficios, aborrezca la tiranía, sea el que sea el seudónimo que ella adopte, entienda el cristianismo, y acabe en un hombre más completo que el del otro lado, con quien se ha de medir tarde o temprano. El que su obra haya fracasado, como dice M. René Richard, si fuese verdadero, no disminuiría un diente de arena a su trabajo en que puso todas sus potencias. Pero no ha fracasado; sus escuelas siguen vivas, su ejemplo camina por la América de noche y de día, ya sea que se le nombre o que se le calle, en las instituciones que se levantan y que son un calco de las suyas.

Alguno discutirá también el «magisterio» de Arguedas. Muchos se quedaron sin leer el libro temerariamente justo que se llama «Pueblo enfermo» y del que es necesario hacer una nueva edición. Hombre del país que dá el árbol de la quina, Arguedas quiso curar con amargo saludable las fiebres de su patria. Sacrificó a la

empresa amigos, situación y todo. No puede decirse tampoco de él que haya fracasado. El destino de semejantes libros es irregular. Se sumen un tiempo—mejor dicho se los sumerge— en la hostilidad colectiva o en el desdén cómodo, y parece que no hubieran servido sino de corona de espinas al hombre probo que los escribió. Pero un buen día suben a la superficie, enteros y vivos, a adoctrinar, a precisar los males, a ofrecer los remedios, y queda así probado la calidad de *Lázaro de cualquier verdad*, que no consiente en morirse derrotada sino cuando más en adormecerse tres días de historia que son días largos.

La calidad de maestro en grande de Francisco García Calderón, es indiscutible. El correo de Europa no lleva a Lima y Buenos Aires mejor información que la suya de la cultura y la política del viejo continente, ni doctrina dada con más «raza» en el estilo. Su «Alemania», que acaba de aparecer, clavará su reputación de coordinador del suceso europeo, de logrador de las mejores síntesis. Habría que hacer leer este libro a cada joven americano con interés serio de cultura, porque él significa, aparte del asunto máximo, la obra madura de un hombre nuestro superiorísimo a la manera de Rodó—heredero efectivo y quizás el único del uruguayo—. Honrar a Francisco García Calderón, además, ¿no viene a ser consolarnos de nuestras calamidades morales y cogernos al caso suyo como a un ancla de oro? Porque, yo me digo, oyéndolo o leyéndolo, continuamente: que nos nazca uno de esta

*pasta en cada país, y la juventud sabrá donde sustentarse de ejemplo y donde conocer el éxito cabal y honesto, alcanzado a pura probidad, a puro esfuerzo sin quebradura y diamantina conciencia de ciudadano.*

*Porque nuestras juventudes viven en medio de la sugestión que les dan sus ambientes donde el éxito, de cualquier índole, ni es legítimo a veces ni viene de fuentes clara y puede llegar el día en que se le vuelvan expresiones sinónimas éxito y deshonestidad, éxito y compadrazgo con el mal organizado.*

*Si Carrión hubiese apellidado sus ensayos según el consejo de Diez Canedo a Donoso, él encabezara así el capítulo de este: Francisco Garcia Calderón o el Caballero de las letras indo-españolas.*

*Gabriela Mistral.*

Paris, 1927.







## LOS CREADORES DE LA NUEVA AMERICA

Tras el relámpago genial que le prendiera Bolívar, la América Española se halla—en medio de las más opuestas atracciones—buscando su verdad, su ideal, y los caminos que hacia allá la lleven.

Entre ese griterío confuso—a veces trágico o burlesco—de los que han asistido o asisten a la fragua continental, hemos querido poner oído atento para distinguir las voces buenas—no siempre las más escuchadas—que actualmente se alzan con su ideal, su verdad o su esperanza, desde distintos sitios.

La voz alentadora que llama a la defensa; la voz valiente que denuncia nuestras lepras; la voz orientadora que señala los caminos; la voz profética que formula el ideal; esas voces dicen su mensaje a travez de este libro.

Somos unos en América, y estamos sin embargo, tan lejanos todos. Las fronteras políticas—que no tienen razón—se van haciendo, cada vez más hondamente, fronteras visuales y auditivas. No nos vemos ni nos oímos los unos

a los otros. Mas, existe una clara verdad: en cada país, la voz más alta quiere la unidad continental, quiere la marcha unánime de todos nuestros pueblos, a la conquista de su ideal idéntico.

La aspiración debe ir a sinfonizar esas voces en un gran coro humano final, como en la NOVENA de Bethoven. Dispongámonos, pues, a oír esas voces. Por eso, este libro no se cierra con el primer volúmen. Queda la oreja presta a seguir escuchando.

JOSÉ VASCONCELOS





## EL CIVILIZADOR Y EL CONSTRUCTOR

Ruán, la ciudad gótica, vanidosamente llamada «la ville musée», capital de la ruda y vieja Normandía. Su nombre lo hemos oído desde siempre. Allí—de memoria lo aprendimos en la escuela—los ingleses quemaron a Juana de Arco, la Doncella de Orleáns, que Dios había enviado providencialmente en auxilio de los franceses y de su pobre rey Carlos VII, que se hallaban en apuros. (Francia era en ese tiempo—a lo que parece—el pueblo elegido de Dios, entre los otros pueblos y contra los demás pueblos).

Allí, en ese imponente marco medioeval, en ese ambiente cargado de lluvia, de neblina y de historia, conocimos al Maestro mejicano de nombre sonoro para la juventud de América. Ejercitaba como siempre, avidamente, su «derecho a viajar», que para su curiosidad insaciable, es un deber urgente. Ese derecho a ver, a «poder ver» el universo, las cosas y los hombres, a circular, como ciudadano del mundo, por todas las avenidas de la tierra.

En su constante romería de arte, hoy persigue el gótico, floración maravillosa de la Isla de Francia. Ese arte de tierra fría, de perfiles agudos que se van hacia el cielo, que él admira pero que considera extraño e incompatible con la luz del trópico, que quiere cúpulas para dorar y reflejarse, para el calor nuestro, que pide la terraza y la espiral, que se va también al cielo. El gótico, el arte místico de la ojiva, que al desprenderse de la simplicidad pura de la arcada románica comenzó siendo el sol que destella (rayonnant) para ser después la llama que se retuerce (flamboyant) está en la vieja capital de Normandía admirable de perfección y de grandeza: el Palacio de Justicia, la catedral grandiosa, donde se puede estudiar el desenvolvimiento integro del arco hacia la ojiva, Saint-Ouen, con la maravilla de su torre coronada y Saint-Maclou, esa joyita incomparable del estilo flamboyant, en donde el tormento de la piedra para ser llama y para ser plegaria, ha llegado al paroxismo del ansia de lograrse...

José Vasconcelos, hombre desconcertante en el pensamiento y en la acción fecundos, desconcierta también con su sencillez, con su humana simplicidad de hombre grande. Si, no hay duda, este hombre sin detonación y sin estrépito, que desconoce la "pose" de los simuladores y habla el idioma de todos los hombres, es el Maestro de América, de nuestra América que anhela definir su ideal y trazar su camino. Su señorío personal está allí: en qué es simple y sencillo, con simplicidad y sencillez auténticas.

Yo he aprendido a defenderme ya de la sencillez de ciertos *grandes hombres*. Cuentan que una vez Eduardo Herriot, Jefe del Partido Radical de Francia, presidía en una ciudad de provincia, un cortejo oficial. El leader era entonces Presidente del Consejo de Ministros. La eterna pipa en la boca, había dejado de humear. Rápidamente se separa del grupo de personalidades que le rodeaban, entra en un tenducho— *un bureau de tabac*— compra un paquete de polvo de pipa y, llenándola pacientemente, se reincorpora a la presidencia de la ceremonia, en medio de la estupefacción general, coloreada de intesa simpatía, pues todos admiraron la sencillez, *la bonhomie de monsieur le président*... Todos los periódicos elogiaron el gesto, en el que encontraron no sé que ocultos y edificantes simbolismos democráticos... Poco tiempo después, el mismo Herriot, tomaba en una estación de Paris, el tren para dirigirse a la inauguración de un monumento en una ciudad de provincia también. Al despedirse ya, cuando el convoy se puso en marcha, Israël, su amigo y su secretario particular, le recuerda, apresuradamente: *...et surtout, n'oubliez pas d'oublier votre tabac, monsieur le Président!*

Yo conozco entre los nuestros, entre los grandes de los nuestros, muchos que «no olvidan de olvidar su tabaco»... Su sencillez, hecha de «razgos», de «gestos», sencillez de circunstancias excepcionales, *de días de fiesta*, ya no convence a nadie. Son las caridades secretas de los ricos de aldea, que el cura las proclama en la

misa cantada del domingo, dando las señas y las iniciales del generoso y oculto donador...

La sencillez de todos los días, de todas las horas, esa como superioridad del espíritu, que casi no se dá cuenta de su altura para las hinchazones del envanecimiento, esa sencillez que no está hecha de sorpresas y que es la vida entera constituye la virtud esencial de los grandes. Vidas de contemplación, de redención o de creación, Francisco de Asis, Lenin, Bethoven, no tienen la espesa gravidez que es necesaria para la preparación de los trucos y los escenarios:

José Vasconcelos es un gran sencillo. Después de aquella ocasión en que nos encontramos por primera vez, en el marco medioeval y auténtico de Rouen, he visto al Maestro muchas veces en El Havre, en París, en su retiro tranquilo de Neuilly-sur-Seine. Siempre el mismo, incambiable. No descubri jamás en él ese prurito, en el que caen a veces espíritus de veras distinguidos, de recordar su calidad pasada y presente, los hechos de su historia, aunque sea en forma circunloquial o indirecta, no por fatuidad acaso, sino porque mezclan demasiado su obra en su vida corriente con amor de ditettantis. Vasconcelos no aplasta jamás con su personalidad y más bien parece que, como si fuera un vestido etiquetero demasiado incómodo para llevarlo siempre, quisiera despojarse de ella para vivir, a su gusto, la intimidad familiar o amical de las horas libres, que son tan pocas para este formidable trabajador. Son tan pocas que él, ex-Ministro de un país rico como Méjico, tiene que

defender palmo a palmo su vida y su casa, escribiendo semanalmente para periódicos de América y dictando conferencias...

Huye el dogmatismo, abomina de la discusión en horas familiares. Cierta vez, un amigo quiso atraerlo hacia el debate, a propósito de que el Maestro había, según él, «calumiado» al mar Mediterráneo, al Mare Nostrum, cuyas dos llaves son ahora inglesas. Vasconcelos, sintiendo la inminencia del peligro para su tranquilidad y buen humor, paró el golpe, irónico y cordial: «pero, es que usted toma en serio todo lo que yo escribo ?...»

Mas, llegada la hora, cuando se encuentra con uno de esos dómynes magistralizantes—que por desgracia con tanta largueza produce nuestra América—que a fuerza de citas de segunda o de primera mano, quieren imponer a todos ideas apenas digeridas, surge en Vasconcelos la réplica incisiva, cortante, filuda de ironía, que domina y que llega... No le importa entrarse por los campos escabrosos de la paradoja, lo esencial es aplastar a los erudizantes y a los fatuos, impedir el triunfo, así fuera efímero y superficial, de los fariseos y de los oradores.

Combatiente y combatido sin tregua, exaltado por la juventud de América, que expresamente lo ha proclamado su Maestro, hombre de gobierno—que ha gobernado fecundamente ya—de acción y de creación, jamás, en sus conversaciones familiares, revive el recuerdo de lo hecho, de lo ya realizado, ni los recuerdos del combate, del triunfo o la derrota. En su vida, lo

pasado no adquiere, para si mismo, el relieve heróico de lo insuperable, como en aquellos hombres que cantan a diario su epopeya, porque creen superior lo hecho a lo que se proyecta, a lo que se quiere, a lo que se debe hacer y no se ha hecho todavía. Vasconcelos, como lo dijera Gabriela Mistral es «un apresurado de Dios», que en su marcha hacia la conquista del futuro para el ideal, no tiene tiempo de mirar hacia atrás. Y si lo hace—como en las «Impresiones de viaje» que siguen a «La raza cósmica» o en el Prólogo de «Indología»—es para afianzar la nueva construcción sobre el cimiento sólido de lo observado y lo vivido.

Sin embargo de no ser un *charmeur*, ni un conversador ni un orador, este hombre sorprendente ejerce una influencia personal profunda, que no es inferior, sino que más bien completa a la que ejerce su obra, su doctrina. Tiene yo no sé que iluminación interior—fuerza de acción, de bondad, de inteligencia—que lo superioriza entre todos. Es así como presenciamos este extraño caso de un hombre que, sin declamar grandes palabras, sin la afanosa busca de cenáculo, tiene tras sí el fervor, comprobado muchas veces, de casi todas las juventudes hispano-americanas. Y en lejanas y tranquilas ciudades del continente nuevo, mientras él hace su peregrinaje de arte por Europa, se mata y se muere por combatirlo o defenderlo...

\*  
\*\*

Luego, al estudiar sus libros, procuraremos fijar e interpretar someramente el sentido de su filosofía, que es *nuestra* filosofía, la filosofía de los pueblos nuevos y mestizos, la optimista filosofía del trópico occidental hispanoamericano; mas Vasconcelos es filósofo, no solo en el armonioso y eurítmico sentido de «amante de la sabiduría», no solo en el sentido especulativo de interrogación y afirmación, de construcción de ideologías y sistemas para interpretar lo físico y lo metafísico; además de todo eso, Vasconcelos es un Animador, un filósofo que quiere la vida de su filosofía, la marcha del ideal, y que, sin ser un pragmatista a la *William James*, propugna la necesidad de conformar inmediatamente la vida al postulado y piensa que la inteligencia no debe resignarse a ser «espectadora, sino que debe comprometer su responsabilidad y mezclarse al destino», según la expresión admirable del Conde Herman de Keyserlink, el adversario alemán de Oswald Spengler. Vasconcelos lo dice, con su precisión habitual: «Pero no nos quedemos en la pura imprecación, no esperemos a que el aire sople, convirtámonos en sople. *Reflexionemos que si no echamos a andar el presente, no se consumará el porvenir.*» X

Este contemplativo, este místico, es un formidable realizador. Quien solo sabe de sus éxtasis beatos de Florencia, ante los frescos adorables de candor de Fra Angélico, en el convento de San Marcos; quien solo conoce al emocionado buscador de todas las manifestaciones del gran arte de los pueblos viejos, no puede quizás sos-

pechar la obra eterna—en la piedra y en los espíritus—que hiciera cuando gobernó, civilizó y construyó en su gran país de Méjico, durante un período extraordinario de fecundidad, que será piedra sillar, comienzo de Era en la historia de la cultura mejicana, hispanoamericana.

Viajeros que asistieron a los días de asombro de aquel renacimiento, que vivieron aquel enfiebreado ciclo de siembra y construcción, han traído en los ojos, acaso más que en las palabras, el deslumbramiento de ese despertar fecundo de la humanidad.

La visión integral del Animador, lo dirigía, lo coordinaba todo. Gabriela Mistral, atraída desde el extremo sur del Continente enseñaba a leer, a vivir y a llorar—¡saber llorar es lo más bueno!—a los niños de la tierra inmensa. Fuera de la obra de las centenares de escuelas, cinco mil profesores voluntarios, en obra desinteresada, disminuían cincuenta mil analfabetos cada año. Sin pedagogías odiosas que requieren palabras extrañas para aparentar grandeza, el Civilizador mejicano, inspirándose en Pedro de Gante y Vasco de Quiroga, resucitó la concepción educadora integralista inmensa y fecunda, de los misioneros españoles: la escuela fue la casa, el huerto y el taller.

No basta saber leer. Preciso es, además, querer leer. El cultivo del amor del libro preocupó entonces al Civilizador mejicano. Se dedicó a la realización del concepto suyo de Biblioteca, con libros que llamen y que busquen, de Biblioteca que no sea como la Nacional de París, que exige

para el ingreso a sus salones de lectura ordinaria «títulos o diplomas científicos, literarios o artísticos», sino que sirva para todos en ademán igualitario, racional y justiciero. Biblioteca que llame a los hombres, a las mujeres, a los niños, que vaya en busca de ellos. Establecimientos de esta concepción, se repartieron por toda la extensión del territorio mejicano; el libro llegó a todas partes, por los precipicios de las sierras, por los caminos casi absurdos, a lomo de mula, tras los hombres.

Luego, editó libros. Libros para los niños, primero. Y fue el espíritu materno de Gabriela Mistral, quien hizo las selecciones de belleza y de amor para los niños.

Enseguida, libros para hombres, para todos los hombres de esta tierra mejicana que está bebiendo mucho odio, que está fertilizándose con demasiada sangre y cuyos torcidos caminos es preciso enderezar hacia el amor y la justicia. Vasconcelos, Civilizador de verdad, pidió al Evangelio su fuerza calmadora, su gran eficacia de caridad y de perdón. Y veinticinco mil volúmenes de palabras del Cristo, volaron hacia todas las almas mejicanas y el Sermón de la Montaña llegó así, persuasivo y piadoso, a todos los espíritus, en el país convulsionado.

Los grandes libros, las grandes sumas de verdad y de belleza, que el genio de la Especie ha dictado por medio de egregias voces elegidas, y que todos los hombres tienen el derecho y el deber de oír, Vasconcelos las llevó a todos los sitios donde había hombres. Y es así como

Shakespeare y Homero, Platón y el Dante, Esquilo, Eurípides y Goethe, Plutarco y Romain Rolland, Plotino, Rabrindanath Tagore, llegaron hasta el indio americano, hombre para cuya redención espiritual y moral, también hablaron desde el tiempo esos grandes representantes del hombre. El genio máximo de la raza, su evangelio particular, fue a todas partes también, con su ideal, su tristeza y su sabiduría: cincuenta mil ejemplares del *Quijote* se repartieron entre los mejicanos.

El ennoblecimiento del trabajo manual, fue uno de los propósitos más ardientes y más racionalmente cumplidos por Vasconcelos. Su ennoblecimiento y su eficiencia. Y la ciencia aplicada, la ciencia que enseña al hombre los tesoros de la naturaleza y los secretos del mundo para su aprovechamiento, mereció un esfuerzo extraordinario de parte del Civilizador.

Luego, el Arte. Un civilizador es, en el fondo, un dominador de esa parte felina, presta al zarpazo, que tienen los hombres y los pueblos. Tiene que saber realizar, tiene que intentar la realización del milagro de Orfeo. Si el símbolo del iluminador de espíritus, glorioso de audacia y de belleza, es Prometeo robándose la luz; el símbolo del educador es Orfeo, cautivando a las fieras con su flauta y es luego—tan dulce y bellamente—Francisco de Asis cantando sus *Fioretti* a los lobos. Cuando oyen cantar, los hombres se igualan a los niños y, ya lo sabemos, es entonces cuando están más cerca de entrar al reino de los cielos...

José Vasconcelos que lleva en sí un poeta y un místico—como todo creador, como todo descubridor, como todo civilizador—, protegió las artes de su patria, las despertó, provocó un renacimiento que sorprende a espíritus cultivados y exquisitos de la vieja Europa, en donde, si exceptuamos a España que produce y a Rusia cuyas poderosas direcciones comienzan a hacerse sentir, los demás países ilustres, sin exceptuar la Italia incomparable del Renacimiento, se hallan en un período de pausa oscura e imprecisa, que no corresponde a su pasado artístico glorioso.

Como en todo gran período de apogeo, el arte mejicano, la pintura mejicana atacó, a iniciativa de Vasconcelos y por su inspiración multicomprendiva, la decoración mural, el fresco.

Es en la «Sala de Discusiones libres», creación vasconceliana también, o como él lo declara, inspiración de prácticas budistas, donde se inició el trabajo de los frescos en grande. Esta «Sala de Discusiones Libres», digámoslo de paso, es una de las más bellas realizaciones de Vasconcelos. Acaso nunca, en nuestras democracias de trasplante, se ha ofrecido un ejemplo más rotundo de homenaje gubernamental a la libertad del pensamiento. Aquel derecho, consignado en todas las constituciones hispanoamericanas—traducciones del inglés o del francés para ensayar democracias de artificio—violado sistemáticamente por todos los gobiernos, ha servido de pretexto para verter mucha sangre, sin que jamás aquellos que lo invocaron como estandarte para el motín

sangriento o la revuelta traicionera, mercenaria o innoble, lo hayan respetado ni hecho respetar, tras el asalto del Poder. Allí en esa «Sala», la expresión del pensamiento tenía un absoluto señorío y todo aquel que tenía algo que decir, una idea, una protesta, un propósito, podía ir allí y decirlo, públicamente, con plena garantía de orden y de protección.

Roberto Montenegro, Alfredo Ramos Martínez, comenzaron la obra, y el arte decorativo sintiéndose alentado, protegido, abrió el camino a los artes complementarios, el azulejo colonial, la vidriería. Los dos maestros, realizan y dirigen la decoración de todos los edificios oficiales ideados y construídos por Vasconcelos. La Academia de Bellas Artes abrió sus puertas «a la libertad de todas las inspiraciones». Y procurando huir del academicismo y de las escuelas, se instalaron escuelas de pintura al aire libre, bajo ese cielo nuestro, incomparable. Los pintores vivían por cuenta del Estado, para que, olvidados de la lucha diaria, entorpecedora y penosa, se dediquen sin inquietudes al cultivo del arte. Y el Estado, compraba mensualmente ciento cincuenta cuadros de los pintores nuevos!...

Y se suceden los artistas, en pléyade admirable: Orozco, Amero, Dominguez, Guerrero, Siqueiros, Charlost, González. En alto sitio de excelencia, el gran fresquista, el gran pintor Diego Rivera, cuyas obras audaces de concepción y de grandeza, han sorprendido a la crítica Europea.

Es la música luego. Si no me equivoco, y por

las huellas que se encuentran en sus libros, Vasconcelos, exégeta de Pitágoras, ama la música sobre todas las cosas. El quiere, después de oír a Rimsky Korsakoff, civilizar a América por la armonía. Oswald Spengler afirma que la fuga, es la más alta realización humana del anhelo de infinito, y en élla se conciertan todas las voces de la naturaleza. Es un símbolo de creación, de ansia de perfectibilidad, representa el «devenir» de las cosas, la marcha del destino. Vasconcelos tiene la obsesión del lenguaje musical, y sus concepciones étnicas, sus construcciones, sus sistemas, así como la obra *plástica* que ha realizado y quiere realizar, están sentidas y expresadas musicalmente, muchas veces, en el curso de sus libros.

Como la difusión de la idea por el libro, Vasconcelos se dedicó a difundir la belleza por la música, la piedad y la misericordia apaciguadoras de la música. La Sinfónica llevó a todas partes la música orquestal, y las ciudades mejicanas oyeron, en ese ciclo extraordinario, a Bach, Mozart, Wagner, Shubert, Berlioz; todas las sinfonías de Bethoven, selecciones de los grandes maestros. El *Cuarteto* hizo la música de cámara y la difundió. Para que la música cumpliera toda su misión civilizadora y penetrara hondo en el espíritu del pueblo, Vasconcelos la llevó al aire libre; impulsó los coros en grande, el canto de todos y la danza. Buscaba la alegría, el *sursum corda*, el desprender al pueblo de la maldad circundante, del odio, de todas las cosas vulgares y bajas, que envilecen y degradan la especie. Su

gran aliada en esa campaña lustral, fue la música. La música, el canto, la danza, la pantomina y el cuento representado. Todo lo que reúne a los hombres, no para la eterna disputa de los foros, de los parlamentos y las asambleas, sino lo que reúne para la armonía, para sinfonizar la vida; la misa laica purificadora, en la que se elevan los espíritus, para tonificarlos, para darles fuerza para el retorno al *strugh for life*, que ya no será entonces tan desconsolador ni tan penoso y que será también más eficiente, más fecundo, menos cruel y encarnizado, además.

El ejercicio físico, el cultivo del cuerpo, no la brutalidad absorbadora del deporte, tuvieron sitio preferente en el amplio, en el casi increíble programa del Civilizador. Construyó estadios en los que, integralista siempre, propugnó el sistema de la gimnasia rítmica, acompañada de música, el atletismo armonioso, que en vez de embotar las facultades superiores del hombre, les ofrezca campo propicio para desarrollarse.

Y luego, la obra enorme y central, el Gran Estadio. Oigamos al mismo Vasconcelos el relato de su inauguración:

«De los sesenta mil espectadores que el edificio contuvo, cerca de veinte mil tomaron parte en la representación. En efecto, los coros sumaron quince mil voces y los bailes gimnásticos fueron ejecutados por tres mil niñas, y hubo además juegos y ejercicios atléticos en los que tomaron parte unos dos mil varones. Se sintió, durante la espléndida fiesta, que por si sola requeriría crónica aparte, que se estaba llegando

a la creación de un arte nacional colectivista, arte continental más bien dicho, porque el espíritu todo de la América latina palpaba en la obra.»

A grandes, a somerísimos trazos, he allí la obra de Vasconcelos gobernante. El ciclo cultural que el creó, inspiró y animó. Para detallarlo, hacen falta volúmenes, y que ya se escribirán, cuando pase la hora del egoísmo y llegue la de la justicia. Cuando Hispanoamérica, resuelta a vivir su historia, quiera rendir tributo a los que trazaron los caminos de esa historia. Cuatro años escasos bastaron al joven Secretario de Educación Pública mejicano—no tenía cuarenta años—para realizar una de las obras civilizadoras más formidables de los tiempos modernos. Uno sola iniciativa: la escuela laíca en Jules Ferry, la difusión de la escuela en nuestro Rocafuerte, han bastado para las consagraciones de la estatua, para las glorias de la heroicidad civil. ¿Qué hará Méjico, que hará América con este hombre múltiple, Realizador y Guía?... Porque toda esa obra, esa vasta creación, está dirigida, mantenida por un pensamiento central, que no flaquea. Vasconcelos lo ha expresado en su divisa, que en la divisa de su filosofía y de su anhelo: «Por mi raza hablará el Espíritu.»

\*  
\* \*

En toda su obra, Vasconcelos quiere primero hacer vivir el sentido de lo humano integral y, luego, ante el límite de las posibilidades, pues

no es un utopista ni un iluso, ante ese límite que él concibe siempre muy lejano, hace vivir el sentido de lo continental, de lo hispanoamericano. Su amplitud espiritual no se conforma con las linderaciones de artificio que la codicia postliberadora señalara con dolor y con sangre, anulando el pensar bolivariano y haciendo veinte estados, la mayor parte de ellos desprovistos de viabilidad, ilógicos, absurdos, de lo que debió y debe ser un solo bloque humano y nacional. Al formular el ideal, Vasconcelos ignora la geografía política de Hispanoamérica y, cuando no fulmina sus condenaciones, se despreocupa del parcelamiento actual: sus anhelos, sus pensamientos, sus proyectos que, como es natural tienen su punto de partida inmediato en la realidad mejicana, envuelven siempre en comprensiva visión unánimo, todos los pueblos nuestros, desde el río Bravo hasta el Cabo de Hornos.

Rápido en la crítica, somero en la obra destructiva, gran generalizador, Vasconcelos no se detiene morosamente en el análisis de nuestras roñas y de nuestros vicios. Los conoce, los enuncia, hinca su garra en ellos. Derriba, destruye, desbroza la maleza. Pero su gran fuerza, la que lo coloca aparte entre los constructores de la nueva América es que, ante las ruinas inevitables y precisas, no sonríe como Anatole France, con «sonrisa matadora de la esperanza», ni se queda en vagos anhelares, ni menos aun llora y se queja, acusa infructuosa y casi siempre injustamente al pasado, puesto en pie por la audacia heroica de los descubridores, por el ímpetu, a

veces cruel, pero siempre intrépido de los conquistadores y por el sacrificio, la misericordia y la sabiduría de los misioneros españoles. «No más quejas, ni injurias ni lamentaciones. Luchan tenaz de todos los instantes y una mordaza en los labios hasta el día en que podamos romper el silencio con un grito de triunfo.»

No se dá tiempo ni lugar, no deja un resquicio libre para que le penetre el pesimismo. Su obra destructiva—que como lo hemos dicho, destruye lo que se debe destruir únicamente—conciliadora a ratos, conservadora en otros, no es sino la primera fase ineludible para la construcción. Es la pica que abre el claro en la montaña. Es la azada que limpia y nivela el terreno. Este hombre de paz, que sostiene el valor absoluto del *No Matarás* cristiano, no es de aquellos que, sólo por un afán negativo de esclarecer problemáticas e inútiles verdades, por un empeño infecundo de lucir polvo de archivos, erudición libresca, gozan con las negaciones, se enfrentan con la lluvia de oro que es la tradición sobre la historia, quieren matarnos la leyenda, sin proponer nada valedero y sólido que la reemplace. ¡No es de los que con la mejor intención en el espíritu y viejos pergaminos en la mano, nos quieren matar a Colón, sin acertar a darnos un Alonso Sánchez ni un Martín Alonso Pinzón más engrandecidos!...

El placer supremo de Vasconcelos está en la construcción. Construyendo normas, caminos de ideal, estadios o bibliotecas, hombres o estatuas, su figura se acrecienta, afirmándose. Se siente

al hombre que ha encontrado su terreno propio y que ejerce su oficio verdadero. Si lo seguimos por los caminos del mundo, si lo acompañamos por el Egipto y nos detenemos en Luqсор, por Grecia ante el puro asombro dórico-jónico del Partenón, si lo vemos en su persecución del bizantino por todas las riberas claras de sol del mar Mediterráneo y en su persecución del gótico en la Isla de Francia y en el norte europeo galo, celta, flamenco y sajón, si queremos seguirlo por la Italia del Renacimiento y la España musulárabe, bizantina y gótica, barroca y plateresca; en todas partes, en su Méjico natal como en Lima, no es el turista ni el contemplativo: es el constructor, el arquitecto que busca inspiraciones para edificar, para re-crear, dentro de una nueva filosofía de síntesis, la síntesis de la arquitectura, obra del porvenir.

Sus construcciones de teoría, de ideal o de piedra, son su más vivo amor. En su defensa empeña todo lo que hay en él de fuerza y de coraje. Siempre, cuando se trata de defender su obra, puede más «su gran cólera que su gran miedo». Y maneja bien el látigo que arroja a los mercadores del templo.

Tiene esa extraña fuerza de los conductores, de los hombres que marchan con hombres que los sigan. Que los sigan hasta la muerte, a veces. Su gran prestigio, su alta posición inatacable, está hecha por la adhesión espontánea, fervorosa, de la juventud de América. Oficialmente, muchas veces ha sido declarado Maestro. Y en su última gira por el sur del Continente, en el Brasil, en

Argentina, en Chile, las juventudes estuvieron con él. Nada más consagrador, más fecundo, más bello para un hombre que quiere modelar el futuro. Hombres que aun no pecan contra la Libertad y la Justicia, hombres que veneran la Libertad y la Justicia, han puesto su fé en Vasconcelos, el Civilizador.

Es que han visto muy cerca las auténticas iluminaciones del apostolado y han oído la voz que dijera todas nuestras verdades dispersas, con un amplio poder de unificación. Y todas las viejas palabras—menos las insinceras, las de banquete diplomático, las que se dicen el día de la Fiesta de la Raza—han hallado su cauce dentro de la vastedad de la concepción vasconceliana, y se han despertado con su primitiva eficiencia intensificada.

«Las naciones se forman y viven de tener un programa para el mañana», dice Ortega y Gasset, el Clarificador. Y luego, agrega: «la potencia substantiva (en los procesos de incorporación) *consiste siempre en un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común.*»

Ese *programa para el mañana*, ese *proyecto sugestivo de vida en común* de los países de Hispanoamérica, lo encontramos recogido, precisado, dotado de virtualidad dinámica, de invencible atracción, en la teoría de José Vasconcelos, que es la fórmula escrita del ideal viviente.

Vasconcelos encarna pues, en este momento, el ideal totalizado, armónico y preciso y predica la filosofía tonificante y exaltadora de los

pueblos nuestros. De él es que Romain Rolland, la figura más amable y clara del pensamiento contemporáneo y que, según Gabriela Mistral «representa una parte de la conciencia del mundo», dijo un día:

«Me parece lo más grande que ustedes tienen en América y yo querría escribir su vida entre la de mis hombres ilustres.»



## LOS LIBROS

### *La raza cósmica.—Indología.*

Después de la interrupción que la política—siempre la política nuestra—impuso a su obra de gobernante y de civilizador, el hombre vino a Europa. Y se dedicó, como siempre, a ejercer ese «derecho de viajar» que debiera estar, según él, «inscrito en la Carta Fundamental de todas las naciones.» Y a soñar, y a construir, no ya en la piedra de las canteras mejicanas, sino en la conferencia, en el diario y en el libro, la sólida y frondosa arquitectura de sus teorías hispano-americanas, tocadas siempre de universalidad.

Poco antes de este viaje a Europa, había echado un largo vistazo a la América inmensa, contorneándola por los oceanos y atravesando, de oriente a occidente su fabulosa vertebración. Méjico lo había enviado, abriendo un paréntesis a su obra de Secretario de Educación Pública, en calidad de Embajador suyo ante el Gobierno del Brasil. Allí, este hombre sencillo y entraña-

damente bueno, pero insumiso a todas las libreas; realizó con generosa amplitud un tipo nuevo de diplomático: el Embajador de un pueblo ante otro pueblo. Y es hacia los pueblos que él se dirigía, tanto para hablar como para ver, para dar y recibir mensajes.

Y vió los países grandes del sur, sus ojos hechos al asombro de todos los milagros de la naturaleza, en Méjico, en Centroamérica, en el Perú, se asombraron aún ante la multiplicación de esos milagros hasta el infinito, en el Brasil, en el Uruguay, en la Argentina, en Chile. Y este hombre iluminado, tan propicio a los sueños y a los éxtasis quizás, como Jacob el de la bella leyenda bíblica, se quedó dormido en un mediodía cálido de San Pablo o Rio Janeiro, y vió una escala (quizas más bien una ronda de hombres esta vez, como aquella de Paul Fort, en la que «si todos los mozos del mundo las manos se quisieran dar») una escala por la que, viniendo de todos los caminos de la historia, de todos los senderos de la tierra, los hombres llegan allí, seguros de haber llegado a la Canáan definitiva...

Ese sueño, que lo es en el sentido de la viden-  
cia, de la anticipación y no en el de la vaguedad  
o la utopia—vino a escribirlo Vasconcelos en  
Europa, serenizado o entusiasmado acaso, ante  
el espectáculo de ruina ilustre que empieza ya a  
presentar este «Occidente» que se halla, como  
lo afirman algunos de sus hombres, en grave  
peligro, con imperiosa necesidad de «defensa.»

La quintaesencia de esa iluminación, son las

primeras cuarenta páginas de «La Raza Cósmica», logro magnífico de un vasto anhelo de generalización constructiva y de una poderosa fuerza sintetizadora. En la lucha tremenda para comentarlas dentro de un marco estrecho de páginas contadas, todos los esfuerzos se derrotan y pugna, como única posibilidad cabal de realización exegética, el deseo de transcribir, de copiar, íntegras y literales, esas cuarenta páginas.

Después, llamado para ejercer su magisterio apostólico y civilizador, fué a Puerto Rico. De allí se trajo un nuevo libro: «Indología», en el que se desenvuelven, con más amplio ritmo, los postulados y las fórmulas del ideal esquemática y precisamente presentados en «La Raza Cósmica.»

Me propongo seguir el pensamiento vasconceliano de esos libros, a grandes trazos, ligerísimamente. Ya se escribirán en América otros, muchos otros libros para comentarlos. Ya se dictarán muchos artículos de Constituciones y de Leyes, para animar y realizar su contenido ideal, en todo el Continente.

Ciertas mentalidades europeas se expresan hoy con ritmo coincidente en casi todos los países de la «decadencia», del «peligro», del «crepúsculo», de la necesidad de la «defensa» de la civilización germana, anglosajona y un poco también, gala, dentro de la que se cuenta muy rara vez a la Italia actual, a la que apenas se le concede un papel lejano de progenitora; pero jamás a España. En Alemania, en Inglaterra, en Francia sobre todo, desencantada de un triunfo

desastroso, aquello de la necesidad de defender a «occidente», es algo que ha caído ya al rango de tópico diariamente tratado por los periodistas. Las voces cantantes, Keyserlynk, optimista, el ruso Berdiaëff antirevolucionario intransigente, el teórico del monarquismo francés, Henry Massis, etc., cada cual con su peculiar sentido y desde su posición nacional, anuncian el peligro, señalan los enemigos contra los que hay que luchar, indican las armas aptas para la defensa. Y los pensadores europeos, que no saben limpiarse la roña de sus nacionalismos estrechos, que hablan cada cual su idioma y miran al universo desde su feroz atrincheramiento «patriótico», aun en sus alardes de universalismo opinan que: «el destino de la civilización de Occidente, el destino mismo del hombre, como hombre, se hallan amenazados hoy» (1); «que todo el universo entra en disolución»; y que «los viejos, los seculares fundamentos del mundo europeo, vacilan» (2).

Con su amplio y fantástico dón de inductor y generalizador Spengler, más alemán que Nietzsche a pesar de su sentido universalista y vital, y Keyserlynk, que propugna un optimismo basado sobre la fuerza espiritual alemana, única posible y necesaria salvadora de la «cultura», en su contenido y su valor vital, dan por terminada la

---

(1) Henry Massis. — La défense de l'Occident; Página 1. Plon, editor, Paris, 1927.

(2) Nicolas Berdiaëff. — Un nouveau moyen-âge, Plon, editor, Paris, 1927.

na presente, o creen que asistimos al proceso de agonía de esta civilización.

La América sajona también, a pesar de su gran esplendor joven y pletórico, empieza a temer «la decadencia de la gran raza» y expresa, brutalmente, la necesidad de su defensa, escudándose en las viejas teorías étnicas de un aristócrata aburrido, el conde de Gobineau, secundadas modernamente por Vacher de Lapuge, teorías que sostienen la desigualdad de las razas humanas, como una filosofía imperialista y técnica a favor de la hegemonía mundial de los dolococéfalos rubios, de los sajones, dominadores y absorbentes. La voz, llena de autoridad entre los suyos, de Madison Grant, clama por una barrera efectiva que impida la maculación de la sangre anglosajona de la América del norte, limpia de mestizajes impuros y rebajadores, por la viciosa e inferior de los pobladores hispano-indígenas de la América del sur.

Y por una barrera de salvación contra el Asia amarilla (Ese peligro amarillo con el que el Kaiser Guillermo II asustaba a Europa antes de 1914, para que lo dejen tranquilamente preparar sus ejércitos y sus planes guerreros) y contra la Rusia bolchevista, que hoy tiene el apoyo de la Alemania despechada de «occidente», clama también, en medio del aplauso de la mayoría, casi la totalidad, de la intelectualidad francesa, la voz de Henry Massis, representante autorizado del «nacionalismo integral»...

Entre todas esas voces, que son el canto llano del pasado, menos oída que éllas, porque no

tiene tras sí el apoyo de muchos barcos y cañones, porque no lleva en sí germen de guerra sino simiente de amor, la voz hispanoamericana de José Vasconcelos, ofrece un mundo al mundo. Entre esas voces inhumanas, que proclaman la defensa a sangre y muerte de una civilización particularista, de *un modo de vivir regional*, burgués, falsamente cristiano, menos oída que esas voces—acaso porque no tiene la nasalidad francesa, la guturalidad inglesa—la voz auténticamente cristiana de José Vasconcelos.

Como en las épocas de la historia israelita, la civilización «occidental» sostiene la existencia de «pueblos escogidos de Dios», de pueblos superiores, de pueblos «justos», de pueblos «injustos.» Aquí, en Europa, hay pueblos «feroces», que son de la misma estructura étnica que los pueblos «nobles y generosos»... El dios que elige y que prefiere, que reparte dones y califica pueblos, no es ya siquiera el Hehovah injusto de los israelitas, que ordenaba a los unos que maten a los otros: es el oro; pero el oro también, llevado en los mismos barcos europeos, ha pasado el Atlántico.

El idioma universal que enseñara a los hombres el Cristo, se lo ha olvidado ya. Y cuando un viejo político, actuante de la guerra, y que a la vejez la ha tomado por el pacifismo, propone en la Sociedad de las Naciones «hablar europeo», los gobiernos de las «grandes potencias», que desarrollan un programa armado más terrible que a las vísperas de la Conflagración, sonríen socarronamente de la «boutade», de Aristides Briand.

La voz de José Vasconcelos, que aún no se oye, pero que este «occidente» orgulloso escuchará un día, resuena en la América española con sonoridades de Evangelio. Los que se preparan para la construcción, tienen las orejas prestas a escucharla. Las juventudes de América se ponen de pie para atender a la llamada.

\*  
\* \*

Vasconcelos asiste a las asechanzas, a los avances cautelosos del hombre amarillo del Asia, que han dado pretexto para las matanzas *civilizadas* de la China; contempla la preponderancia del hombre rubio, en su última etapa que se realiza hoy en los Estados Unidos; presencia los preparativos asustados y retóricos de Europa, para «la defensa de Occidente». Entonces, su espíritu lleno de la visión magnífica y reciente de la América española, llega en un poderoso logro sintético a prever que toda esa tensión de ataque y de defensa, todo ese desconcierto de una civilización que cierra ya su ciclo, va a distenderse sinfónicamente,—bajo el signo de Pitágoras acaso—en las tierras tropicales del Continente colombino, en cuya fragua de sol se fundirán el blanco, el indio, el amarillo y el negro, y surgirá de allí, definitiva, integral, humana, la plenitud de la especie, *la raza síntesis*, universal, «cósmica». Oigámosle: «En el suelo de América hallará término la dispersión, allí se consumará la unidad por el triunfo del amor fecundo y la superación de todas las estirpes.»

«En la América Española ya no repetirá la Naturaleza uno de sus ensayos parciales, ya no será la raza de un solo color, de razgos particulares, la que en esta vez salga de la olvidada Atlántida, no será la futura ni una quinta, ni una sexta raza, destinada a prevalecer sobre sus antecesoras; lo que allí va a salir es la raza definitiva, la raza síntesis o raza integral, hecha con el genio y con la sangre de todos los pueblos y, por lo mismo, más capaz de verdadera fraternidad y de visión realmente universal».

La gesta compenetrativa, el ritmo armónico de la gran sintetización unificadora de la especie, será presidida, dirigida por el espíritu latino—hispanico quizás mejor—de los actuales pueblos de la América ibera. Ese alto privilegio les corresponde no solo por ser ellos los habitantes actuales del gran albergue de la humanidad futura, sino porque ellos—sangre y espíritu renovados de la España universalista y generosa—no alientan ni cultivan ese egoista y antihumano espíritu defensivo que busca la imposible e injusta prevalencia de una sola raza, con derrota y extinción de las otras, sino que, llevando en si el estigma sagrado de la consumación étnica total, han recibido y reciben todas las sangres de todos los hombres y tienen la retina limpia de previsiones, para poder verlo todo indeformado y claro; y tienen los oídos dispuestos para escuchar todas las parciales melodías, la voz cantante de todos los pueblos, que serán luego orquestadas, con acompañamiento de volcanes, para la Décima Sinfonía...

Los conquistadores, los aventureros iletrados a veces, pero siempre de gran corazón, que fundieron su sangre con la de los pobladores autóctonos, con la de los negros importados, sin orgullos ni particularismos raciales, hasta producir esa innumerable cantidad de especies y sub-especies del mestizaje, estudiados por el profesor Blanchard; los Libertadores y Legisladores, Bolívar, Petión el haitiano, Sucre... que abolieron esclavitudes y reconocieron la igualdad legal—facilmente comprensible en una Francia étnicamente unificada ya, y siempre dentro del tipo blanco—de los hombres y las razas; la protección concedida casi siempre a la inmigración... todo ese proceso en el que ha intervenido la previsión y el acaso, por iguales partes, encendieron el gran fuego del horno donde se está cociendo, el barro de la nueva escultura. De allí el derecho, el incontestable derecho de previsión, acaso de preciencia, que tienen los actuales pueblos de Hispanoamérica, para presidir la gesta sintética que se halla en marcha.

Vasconcelos precisa ese como movimiento constante y espontáneo hacia la integración: «No queda, pues, sino mestizaje o tutelaje. O la mezcla de todos, buscando la unión y el incremento en el amor y la excelencia, o por lo menos el mejoramiento, asimilación de todas las poblaciones de la tierra. Lo que nosotros debemos defender con intransigencia es el principio de que no valen en nuestra zona las doctrinas ni las prácticas de la casta cerrada ni de la tradición unilateral. Insistimos en que la parte nuestra del



continente no es patrimonio exclusivo del indio ni del negro, pero tampoco del blanco, y que el asiático no está excluido, porque el sentido fundamental del ciclo de civilización que con nosotros se inicia es la reunión de todos los tipos, después de la larga era del castigo de la dispersión. De la mezcla armoniosa no saldrá ni el superhombre nietzscheano, el selecto de Darwin, de maxilares de tigre, que devore a sus afines. Lo que puede salir es el Totinem (del latín *totus* = todo; *in* = hombre) el hombre todo, el hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie.»

Tras el enunciado del ideal, en fórmula precisa, oíd el ritmo, la cadencia grave de visión profética que estremece a Vasconcelos el Iluminado cuando, al idealizar la verdad con el sueño, ve en sus éxtasis de místico venir hacia la antigua Atlántida, hacia la futura Amazonia, todos los hombres de todas las razas. Copio solo el final de un párrafo, que reclama la grave monorritmia de un versículo del Apocalipsis: «... tantos que han venido y otros más que vendrán, y así se nos ha de ir haciendo un corazón sensible y ancho que todo lo abarca y contiene, y se conmueve; pero henchido de vigor, impone leyes nuevas al mundo. Y presentimos como otra cabeza, que dispondrá de todos los ángulos para cumplir el prodigio de superar la esfera.»

\*  
\* \*

¿El suelo, la Canaán prometida y definitiva de la Especie, la tierra de los Atlantes, que cortó sus hilos de unión con el mundo de la prehistoria y de la historia, sin duda para preparar las reservas para el Advenimiento, hilos que fueron reanudados por Colón, el Visionario y el Poeta, con el trazado de una estela en el mar por tres carabelas españolas; la América, en fin, hispana y tropical, reunirá las condiciones para la vida y desarrollo de la raza total?... ¿El medio físico en que se desarrolla dicha estirpe, corresponde a los fines que le marca su biótica?...»

Esta es la segunda fase de la afirmación vasconceliana, el segundo capítulo de su teoría: la tierra.

Toda la mentalidad contemporánea, el pensamiento «occidental» «blanco», siente el horror del trópico. El trópico, en efecto, se ha presentado y ha sido reconocido como enemigo irreconciliable del «dolicocéfalo rubio», y más aún del braquicéfalo *chatain* de Francia, que pretende colonizar la Siria, la Indochina y la mitad de Africa, con italianos, con españoles, pero sin franceses...

El nuevo mundo, el de Colón pese a quienquiera, las indias cálidas y mortíferas, fueron disputadas por españoles y portugueses—iberos todos del norte de Africa, no del sur de Europa, cosa bien diferente y negada por los blancos dominadores del momento—, hasta que el Papa Alejandro VI falló la contienda a favor de los primeros. Luego, ingleses y franceses, fueron solo a la tierra templada o fría, de Méjico arriba,

a la tierra de blancos... Y, cuando en su ímpetu de detener más y más tierras fueron hacia el trópico—insular principalmente—, a Haiti, a Jamaica, a las Guayanas, no empeñaron en la aventura su delicadeza de hombres blancos y pidieron al Africa negra los brazos para el trabajo colonizador de la explotación del suelo y del subsuelo.

De allí el que solo desprecio merezcan los espíritus miopes que, no viendo sino el presente, el minuto que el presente representa en la historia; deslumbrados por las luminarias de una civilización que no es sino anillo de cadena; sin tener la fuerza ni el poder de urgar horizontes, ni hacia adelante, en el futuro innumerable, ni hacia atrás, hacia el pasado humano muchas veces milenario; han osado decir que, acaso, habría sido preferible el que nuestras tierras fuesen conquistadas o colonizadas por Inglaterra, por Francia y no por España, «caduca y decadente.»

No recuerdan, aun colocados en su estrechísimo punto de vista, que la España descubridora, la España de los Reyes Católicos, era un pueblo perfectamente adulto, que consolidaba su unidad peninsular y que se hallaba en un período de poderosa integración nacional, muy próximo al apogeo de su poderio: se había ilustrado ya con la hazañosa y cuasi mítica leyenda del Cid, arrojaba de Iberia a la morisma, con la espada invicta de Don Pelayo. Berceo y Juan Ruiz, Gracián y Garcilazo, Alfonso X, habían ya clarificado el idioma en que se escribió

la Celestina. Todos esos yanquizantes imbéciles, que solo se deslumbran por el ruido presente de máquinas y de martillos, olvidan que Iberia, en los siglos XVI y XVII—que fueron propiamente los del entrecruzamiento y la colonización—se hallaba en plena robustez para el engendramiento de pueblos, más que la Francia de los Luis XI, de los Carlos VIII, de los Francisco I, más que la Inglaterra de los Enrique VII.

Pueblo meztizo él mismo, este pueblo español que por suerte nos llevó a nuestra América su generosa amplitud universalista y su fuerza espiritual. Hombres del norte y del sur, de oriente y de occidente: iberos, celtas, cartaginesos, fenicios, romanos; vándalos, suevos, alanos y especialmente visigodos. Finalmente, los árabes. El gran ensayo de totalizar, de sintetizar la especie, lo realizaba España ya, hasta que llegue la hora en que, según Vasconcelos, se haga verdad definitiva, la integración superadora. Todos esos hombres pasaron por España, y se quedaron en ella, con el espíritu y la carne; y venciendo a veces al poderoso y rudo medio físico, o dejándose vencer por él, luchando y confundiéndose entre sí, llegaron a formar un todo étnico, nacional, heterogéneo en sus orígenes y en sus persistentes manifestaciones regionales, como casi ningún otro de Europa, pero asimismo como ningún otro, dotado de características más claras y precisamente definidas, más lleno de pujante y gallarda personalidad total.

Es con esa fuerza mestiza que España fué al trópico y no se intimidó ante él. La piel de sus

hombres, tenían ya la pigmentación ennoblecedora, que es la marca del sol a sus elegidos y no tenían el miedo de los hombres rubios a emprieter su tez y sus cabellos. Y al llegar a América, el proceso de fusión estaba adelantado: Asia, Africa y Europa habían contribuído ya. Faltaba América, con sus indígenas y su trópico inmenso, pero terrible de amenazas.

(Si «el vuelo de pájaros» de que habla Rodó, no hubiese decidido los destinos de América en la forma actual, si los ingleses hubiesen colonizado el trópico, ¿seríamos ahora nosotros, de Méjico hacia abajo, los Estados Unidos?... No discutamos la deseabilidad, veamos el hecho: nosotros seríamos una inmensa Guayana inglesa, una más grande Australia.)

El miedo al trópico. El desdén actual por el trópico. Pues bien, allí donde los otros encuentran el obstáculo insurmontable para el desarrollo de la civilización—entendiéndose por ello la «occidental» exclusivamente, Vasconcelos, iluminado esta vez por un rayo cenital del trópico, de esos que vienen derechamente desde arriba, encuentra «la ventaja y el secreto del futuro» de la tierra caliente.

*«Las grandes civilizaciones se iniciaron entre trópicos y la civilización final volverá al trópico.»* He aquí la fundamental, la más trascendente afirmación de Vasconcelos. No hay allí el chisporroteo deslumbrador, de fuego de artificio, hábil siempre y genial muchas veces, pero no siempre soportador de los golpes del análisis, que se encuentra en las deducciones y en las

construcciones de Spengler. Aquí hay un vigor de lógica imperturbable, rígida. La elipsis de la historia, que acaso sea más bien una espiral ascendente—o descendente—que no se cierra nunca, ha comenzado sus manifestaciones más gloriosas, registradas por la protohistoria y por la historia, en las tierras de sol, de calor, iluminadas y ardientes: el Egipto, la India, la Etiopía, la Caldea...

La civilización ha hecho sus altos, de claridad eterna, pasando un mar ardiente y luminoso, el Mediterráneo; al detenerse en sus riberas, se ha encarnado en Grecia, en Roma. La primera, arquetipo de armonía, de euritmia, pitagórica, euclidiana, enfín; la segunda exaltación de fuerza, de eficiencia, superaprovechadora del individuo, encauzadora de un derecho individualista y de una concepción política jurídica

En tierra cálida, hasta hoy indomitable por la civilización occidental y blanca y que fuera un tiempo «la tierra prometida» de Dios, el pueblo grande entre todos, produjo al Hombre que sobre pasa al hombre, cuya doctrina de renunciación y amor, sistemáticamente transgredida en «occidente», es hoy el escudo de los pueblos blancos; en tierra cálida, se desarrolló y triunfó en su hora el Islamismo.

En tierra de sol también, en la España «africana», según reconocimiento de pensadores hispanoamericanos, y que limita solamente al Norte con Europa, se magnificó la especie en tres siglos de audacia y de genio. En Italia, de nuevo, prodújose el momento de superhumanidad

que se llamó el Renacimiento, en el que las facultades superiores del hombre llegaron a un inaudito grado de excelencia, en superaciones individuales excelsas.

El ruso Berdiaëff, enuncia la teoría de que dentro la historia, «existe un ritmo, una sucesión rítmica de épocas y de períodos, una alternativa de tipos diversos de culturas, flujos y reflujos, exaltaciones y decaimientos.» Y cree que asistimos a las agonías del Renacimiento y entramos ya a un período oscuro, «la hora de la nostalgia inexpresable»; que comenzamos a vivir la «hora confusa, la hora nostálgica, mientras sea descubierto el abismo y todos los velos sean alzados.» Una nueva Edad Media en fin. Y desarrolla la imágen del día y la noche aplicada a la historia, atribuyendo a la noche la fuerza del acercamiento a las grandes verdades de la mística y a las realizaciones metafísicas.

Simplificando la imágen, inversificándola más bien, podemos contemplar, en efecto que, después de sus formidables esfuerzos de creación, tras los febriles períodos en que la inquietud humana expresa sus rebeldías contra su flaqueza, su debilidad, su pequeñez, el cansancio, la fatiga se produce. La fatiga, el cansancio de las facultades superiores, al revés de lo que piensa Berdiaëff. Y en esa como pausa, son las otras facultades, las que estuvieron en vacación o menos atareadas, las que trabajan. Estos son los tiempos medios. En ellos, el triunfo y la hegemonía han sido de los hombres del norte, de los hombres de las tierras frías: la primera Edad

Media comenzó con las invasiones de Roma por los bárbaros (los bárbaros de entonces que son los civilizados de hoy) y terminó con el descubrimiento de América por España y Colón; esta nueva Edad Media, comenzó, decimos nosotros, con Napoleón y su caída, que abrió paso a la dominación mundial anglosajona. ¿Cuándo va a terminarse? ¿Dónde será el nuevo Renacimiento?...

A esta última interrogante, Vasconcelos responde: en una tierra cálida, más cálida y luminosa que las otras, abrigadoras de las civilizaciones iniciales, en Hispanoamérica, en Amazonia. Pero él, cuya teoría tiene una vastedad superior al simple enunciado geográfico prevé y predice, no ya solo un *tiempo* de la cultura, sino su definición final, su realización integral y última. (Toda la sinfonia, desde el *andante* hasta el *allegro*.)

Sigamos un poco a Vasconcelos en el desarrollo lógico de su posición:

El trópico, la sede de la raza síntesis del futuro, no es vencido aun por la actual civilización dominadora. El blanco, el occidental, hombre de tierras templadas, más bien frías, ha luchado con la nieve, con la inclemencia invernal y, casi completamente, las ha vencido. En esa lucha, utilizó el combustible «base de la civilización blanca», descubrió la fuerza del vapor y nació así la formidable maquinización moderna, caracterización típica de la hora humana actual de civilización anglosajona, en la que, iniciado el ocaso de la hegemonia angloinsular, se presenta

incontenible, la hegemonía angloamericana. En ella, como lo afirma con su fuerza expresiva Hermann de Keyserlyng, domina el tipo del *chauffer*. La civilización actual, ha creado ese tipo humano universal.

Los hombres de tierra cálida, no hubieran llegado acaso al invento del vapor; porque es en la lucha contra la naturaleza rebelde o hermética, francamente hostil en veces, que el blanco nórdico ha adquirido fuerzas para vencerla y obtener de ella el secreto para aprovechar muchas de sus grandes energías desconocidas y dispersas: «El blanco enseñó el dominio de lo material. La ciencia de los blancos invertirá alguna vez los métodos que empleó para alcanzar el dominio del fuego y aprovechará nieves condensadas o corrientes de electroquímica, o gases casi de magia sutil, para destruir moscas y alimañas, para disipar el bochorno y la fiebre. Entonces la Humanidad entera se derramará sobre el trópico, y en la inmensidad solemne de sus paisajes, las almas conquistarán la plenitud.»

Ese será, pues, el grande, el decisivo aporte del blanco a la formación de la raza síntesis, a la cual, como es natural, aportará también su sangre, deponiendo su ya inútil orgullo de dominador actual del mundo, porque toda defensa será inútil y vana.

La conquista del trópico cambiará por fusión o por imposición imperativa del medio, muchos aspectos de la vida e imprimirá rumbos ciertos a la vacilación, al desconcierto de este período de transición. El arte buscará nuevas verdades

para la satisfacción de los nuevos anhelos de emoción y belleza de la especie unificada y total y para acordar sus tiempos y sus líneas a la luz y al fuego del sol.

El trópico, impondrá su fuerza plasmadora a la casa del hombre y a la casa de Dios. Y entonces surge en Vasconcelos—como en veces el músico—por poderosa fuerza de transposición, el arquitecto en piedra, junto, momentáneamente superpuesto, siempre coexistente, al arquitecto de ideal. Edifica entonces la *Universópolis* de la nueva raza, apartándose de la bóveda, que parece entrañar miedo, instinto defensivo contra los hombres y la naturaleza; apartándose también de la ojiva, que nació en la rudeza del clima de la Isla de Francia, de la necesidad de levantar techumbres que cierren en ángulos agudos, para defensa de la intemperie; volviendo a la columna, a la pirámide, quizás a la espiral «que representa el anhelo libre», o a «la serie de terrazas que se escalonan, como agrandando el cielo», inspiración maya que está sirviendo para construir Nueva York. Y en todos los aspectos del arte, una fuerte concepción estética, de luz, de color, que expresará nuevas armonías inefables hoy, nuevos sentidos de belleza, surgirá de la conquista del trópico, por la raza definitiva y total.

La humanidad, desplazándose de las regiones frías y aún de las templadas que hoy habita y usufructúa, porque las tiene dominadas y vencidas ya, irá en busca de las tierras ubérrimas que fecundiza el sol: «La tierra de promisión estará

entonces en la zona que hoy comprende el Brasil entero, más Colombia, Venezuela, Ecuador, parte del Perú, parte de Bolivia y la región superior de la Argentina».

Nervio, arteria central de estas regiones, poderoso y fecundo, el río más grande de la tierra, el Amazonas, presidirá la fusión de todas las razas, bajo su signo de grandeza y de fertilidad. Acaso las razas particularistas de hoy, luchan encarnizadamente por la posesión del gran río; acaso, momentáneamente, sean los ingleses los que dominen la cuenca prodigiosa. Esto último, no destruiría los designios de la Especie, que busca su perfectibilidad por la síntesis, sino que aplazaría el ciclo de su realización, ya que «los mismos ingleses en el nuevo clima, se tornarían maleables, se volverían mestizos». «La Historia no tuerce sus caminos»...

El pensamiento universalista de José Vasconcelos, no acepta exclusiones de razas, y la fuerza de su construcción, de su adivinación étnica, no se detiene ante el temor de posibles e indeseables predominios: «La quinta raza no excluye, acapara vida; por eso la exclusión del yanqui, como la exclusión de cualquiera otro tipo humano, equivaldría a una mutilación anticipada, más funesta aún que un corte posterior.»

El postulado de José Vasconcelos sobre la excelencia del trópico, su genial previsión del dominio y conquista de las tierras cálidas por el hombre blanco, para el superior servicio de la humanidad total, he allí, a mi juicio, la nota más

alta, más firme de la construcción vasconceliana. Allí se encuentra el tónico del ideal. Frente a él, se derrotan las objeciones de utopía de los espíritus que poseen la exclusiva del sentido común. Y es que allí a más de la palpitación de la verdad en marcharse halla el ¡excelsior! fundamental de la raza, el toque de clarín convocando a la acción, la fuerza de atracción y de promesa que hace salir a los judíos de Egipto y emprender el éxodo hacia Canaán...

Con él, con ese postulado fuerte y tónico, derrota Vasconcelos el segundo prejuicio, creado por el imperialismo sajón exclusivista, por medio de sus filósofos, de sus etnólogos, de sus naturalistas, para contener el avance incontenible y descaminar el futuro de los pueblos nuevos, con el pesimismo y el desánimo. El primero es el de la inferioridad de la raza, al que parece haber prestado un momento su aceptación un espíritu del alto temple mental de Alcides Arguedas. El otro, que se lo ha venido creyendo como indestructible, ha sido el de la inferioridad del suelo, para la viabilidad, para la producción de la cultura, emanado principalmente de la actual indomabilidad del trópico, que no puede ser negada. Pío Jaramillo Alvarado, el infatigable defensor del indígena de América—tanto de su leyenda como de su derecho a la vida y la justicia—basándose en los datos de esa ciencia extranjera tendenciosa, siente desfallecer a ratos su optimismo ante la pobreza avara del suelo, como riqueza agrícola. Verdad que él se refiere principalmente al altiplano andino del Ecuador,

que participa de la inferacidad de las tierras frías de todos los continentes (1).

(Mi Ecuador—que ante el desdén europeo por el trópico, hasta cambiar su nombre maravillado de sol ha pretendido—y que le han llegado horas de dejarse ganar por el desánimo ante su falta de fuerza actual para el completo dominio del calor en su feraz y extensa zona litoral; mi Ecuador, provincia de América, sentirá poderosamente el valor tónico de las palabras de José Vasconcelos, el anunciador, el profeta, el poeta de las tierras cálidas... Y Guayaquil, la calumniada por su pecado de ser el corazón del trópico de América, atendiendo la llamada de su gran destino, asumirá su rol de puerta mayor de América al Pacífico y se preparará para cumplirlo. El estímulo regional, que hoy es germinador de odios, se dilatará en el espacio y en el tiempo y se hará grande de amor y de cooperación.)

★  
★ ★

«No somos una raza latina, pero somos unas civilizaciones latinas», dice Ortega y Gasset. En efecto, el espíritu latino se ha evidenciado de una manera hegemónica en un aspecto esencial: el idioma. El idioma, con su potente fuerza configuradora y plasmadora de personalidades nacionales; el idioma, con su decisiva influencia

---

(1) Pío Jaramillo Alvarado, «El Indio Ecuatoriano», página 148 : «Tengo horror cuando pienso en el destino de las culturas tropicales.»

sobre el conjunto de características regionales o territoriales, raciales o de medio físico; con su atracción integradora y cohesionadora; con su poder de colorar, señalar, distinguir la fisonomía de los pueblos; el idioma español, en fin, es la bandera, la faz latina de los pueblos indohispánicos; como el francés, lengua romance también, es el antifaz que se ponen los rubios y flemáticos walones y flamencos de Bélgica y el Norte de Francia y los fríos marineros de la Normandía.

Así como en la morfología física, las características predominantes del español parecen ser la dolicocefalia de pequeña talla del celtíbero; así en el idioma, más marcadamente, desde luego, existe la predominancia latina sobre todas las otras. Sin embargo, el hablar que nos llevaron los conquistadores, era un hablar *mestizo*. Una lengua, como todo lo español, generosamente aceptadora, ampliamente hospitalaria para todas las voces que sepan representar, dentro del espíritu, la realidad. Así, el latín originario, para servir idóneamente al espíritu de los peninsulares, no solo ha tenido que aceptar numerosas palabras de origen nórdico y particularmente morisco, sino que ha sido transfigurado, en su espíritu mismo; en su carácter intrínseco. Santa Teresa y San Juan de la Cruz, incendiados en la llama ardiente del Africa, el mismo Caballero Manchego; no podían hablar el mismo idioma—ni en la arquitectura ni el espíritu—que Cicerón, que Horacio o que San Pablo.

Vasconcelos tiene fé en la superior virtualidad de la unidad de lengua, para abrir los caminos

e impulsar la síntesis, la unificación. En efecto, Europa, este mosaico de pueblos y de lenguas, hace esfuerzos para llegar a un entendimiento que garantice a los hombres contra nuevas matanzas y, por lo menos en este período inmediato posterior a la catástrofe sangrienta, en el que las llagas de las ciudades, de los hombres, están aún sin cicatriz, preciso es creer en la sinceridad de hombres que de tan cerca vieron la horrible carnicería organizada largamente, conforme a los últimos adelantos de la civilización occidental.

Pero, por sobre la generosa idealidad aparente de pactos pacifistas y acercadores como los de Locarno, se alzan las barreras de la incompreensión internacional, generadora de desconfianza, preparadora de rivalidades y de guerras; y entre esas barreras, entre esos valladares alejadores de pueblos, la diferencia de idioma es quizás el más potente, el de mayor virtualidad enemistadora. Por eso, en medio de la palabrería diplomático-sensiblera que se derrochó en las conferencias previas a la suscripción del pacto de Locarno, una frase de Briand, a la que ya hemos hecho referencia, pronunciada acaso con ánimo efectista, señala una causalidad, resume un anhelo, indica un camino: «Para llegar a este feliz resultado, dijo Briand, los representantes de los países presentes aquí, *hemos hablado europeo, nuevo idioma que es preciso aprender y enseñar en nuestros pueblos respectivos*». Ese hablar europeo ideal, acaso solo dure mientras exista la generación que vivió, sufrió y lloró la atrocidad

de la guerra, mientras los directores de la política y la opinión europeas—solo los más avanzados—sientan un instintivo escalofrío al solo nombre de la palabra guerra. (Hay un imperialismo guerrero—que va haciéndose mayoría—que amenaza, y son hombres que hicieron la guerra los que en Italia, en Alemania, en Francia, parapetados tras un nacionalismo exacerbado por aspectos circunstanciales de la post-guerra, predicán la guerra, hacen arma política de élla). Pero después, los hombres de cada país, seguirán mirando hostilmente a los que no hablan como ellos, como siempre, y sobre la base alejadora de la dificultad de comprenderse y de explicarse, crecerán las rivalidades, los prejuicios históricos, las eternas discordias territoriales y fronterizas, el horror de la competencia económica.

Nuestra América, entre tanto, nació al mundo limpia del pecado original de las diversidades lingüísticas. Sus hombres no estuvieron presentes a la construcción de la Torre de Babel. Desde la Sonora al Cabo de Hornos—con excepción del Brasil, que habla un idioma latino—ibero afin del español—, un solo idioma, recio y rico, numeroso y sonoro, lo hablan setenta millones de hombres, sobre una extensión territorial inmensa, capaz de albergar a media humanidad actual.

Vasconcelos proclama que, para llegar al totalismo, «más que la tierra propia, el idioma va a ser el vehículo de este poderoso movimiento sintetizador de energías humanas.»

Y consciente de que, por lo menos dentro de la amplia aspiración continentalista, el aspecto

lingüístico es el aspecto ya logrado, el factor actuante de la unificación, Vasconcelos exalta el valor de la lengua española que como «ninguna otra ha prolongado de tal suerte sus ramazones ideales, ninguna otra tiene tan anchos y lozanos los cauces para ir recibiendo dentro de su propia estructura todos los hallazgos útiles, todos los modos del viajero que retorna de lejanías remotas».

Con su optimismo incorregible, Vasconcelos no concede mayor trascendencia al empeño deformador del español, que ciertos estrechos nacionalismos estimulan y dirigen, invadiendo aún el campo del idioma escrito. Esos nacionalismos, esos patriotismos miopes, con el pretexto de afirmar una personalidad nacional diversificándola, tratan de aumentar el humano dolor, el castigo divino implacable de la diferencia de hablas. La barrera a esos intentos, Vasconcelos la vé en la literatura y en la escuela. Barrera, si, para las deformaciones, para los aportes del criollismo, que muchas veces es enriquecimiento y clarificación; pero, acaso no contra los intentos deliberados, que dirigen los escritores, los periodistas, y apoyan los gobiernos...

★  
★ ★

En la tierra cálida de la América ibera—lo hemos visto ya—dominada y sometida al servicio del hombre, van a fundirse, en síntesis superadora, las razas particularistas preexistentes que, cada una en su hora, fueron una cultura humana

lograda; el idioma que encauzará e impulsará la síntesis—lo sabemos también—va a ser el español.

Falta pre-sentir la fuerza ideal que dirigirá la integración futura, el signo bajo el que ha de vivir su vida total la humanidad. La iluminación vasconceliana que ve venir las razas por todos los caminos del tiempo, por todas las direcciones del mundo, se reconcentra y urge en la historia, en vuelo rapidísimo, para formular su teoría social de la emoción, su «Ley del Gusto», que es una hipótesis—el lo declara—que le sirve «como hélice propulsora en el vuelo del pensamiento hacia el futuro».

Es la teoría de «los tres estados» de la civilización, que se plantea así: Estado material o guerrero; estado intelectual o jurídico; estado espiritual o estético.

Es la escala del hombre, de la especie, hacia la perfección, no en la forma budista del cultivo de virtudes y extinción de vicios en línea particular de generaciones. Es el ritmo total de la historia. Su amplitud no ha podido manifestarse plenamente en las culturas particularistas de un pueblo o de una raza. Es dentro de «la raza cósmica» donde la «Ley de los Tres Estados», hallará su espacio y su tiempo de desenvolvimiento hasta el final.

La humanidad ha vivido y vive aún en los pueblos jóvenes, el ciclo materialista, caracterizado por la dominación de la fuerza; comienza ya a vivir el estado intelectual, en el que predomina la razón, la inteligencia ordenadora, los

sistemas de convivencia social; se anuncia también ya, junto con los demás augurios de la raza integral, el tercer Estado, el Estado espiritual, el ciclo estético, que será el definitivo, la meta.

El aislamiento de razas y culturas, ha causado el gran desequilibrio humano en el tiempo de producción de cada Estado. Desequilibrio que ha engendrado oposición y choque de civilizaciones particulares, en diverso estado de desenvolvimiento, cada cual creyéndose poseedora exclusiva de la verdad humana universal, y pretendiendo por lo mismo imponer, por cualquier medio, su hegemonía en el mundo.

Es por eso que el tercer período «que corresponde a la concepción emotiva, religiosa y artística de la vida», no ha podido ser alcanzado plenamente ni por las más grandes culturas, en las que sí se han desarrollado ya los ciclos precedentes.

La marcha de la humanidad hacia la totalización, será presidida por el tercer Estado; y cuando la Especie haya hallado su síntesis y los últimos reductos de la materia, no vencidos aún, sean dominados, la «Ley del Gusto», el sentido estético, la emoción inefable, ordenarán la vida... y Vasconcelos, poeta esta vez, en el sentido de Vate, de Vidente, construye el castillo fantástico de su teoría final, en el que todo anhelo hallará su excelsitud. En esto, Vasconcelos es tan *él mismo*, que vale más escucharlo literalmente, que pretender la exégesis difícil de un rapto de entusiasmo:

«En el tercer período, cuyo advenimiento se

anuncia ya en mil formas, la orientación de la conducta no se buscará en la pobre razón que explica, pero no descubre; se buscará en el sentimiento creador y en la belleza que convence. La norma la dará la facultad suprema, la fantasía; es decir, se vivirá sin norma, en un estado en que todo cuanto nace del sentimiento es un acierto. En vez de reglas, inspiración constante. Y no se buscará el mérito de una acción en su resultado inmediato y palpable, como ocurre en el primer período; ni tampoco se atenderá a que se adapte a determinadas reglas de razón pura; el mismo imperativo ético será sobrepujado, y más allá del bien y del mal, en el mundo del pathos estético, solo importará que el acto, por ser bello, produzca dicha. Hacer nuestro antojo, no nuestro deber; seguir el sendero del gusto, no el del apetito ni el del silogismo; vivir el júbilo fundado en el amor, esa es la tercera etapa.»

Vasconcelos propugna la necesidad imprescindible para los pueblos nuevos de «constituir su propia Filosofía», un principio rector conforme al que se deba forjar el ideal. No el programa, que como cosa puramente intelectual, es cauce que obliga y que deforma. Y así como los imperialismos particularistas, los patriotismos nacionales o raciales han sostenido y se han basado, ya sea sobre la elección y protección de Dios, como los hebreos, o la superioridad de las razas, como los germanos y sajones entre los modernos; así también Hispanoamérica, cuya línea ha sido, y es aún la de acoger y llamar a todos los pue-

blos y los hombres, debe buscar su filosofía en el *pathos*, en la felicidad de la especie cuando se realice su etapa última, su integración definitiva, su fusión total.

¿Aprueba Vasconcelos plenamente, esa línea acogedora y abierta que nos ha conducido al mestizaje?... Cuentan que Bonanno Pisano concibió y ejecutó los planos de la Torre de Pisa, queriéndola vertical, soñándola una oración de mármol que se eleve rectamente al cielo. Conforme el trabajo audaz adelantaba, el suelo se iba hundiendo... Vaciló el arquitecto. Estudió las condiciones de solidez que ofrecía el suelo y, asegurado que estuvo de esa firmeza de la base, indispensable para la eternidad de su obra, siguió superponiendo mármoles, siguió elevando al cielo la espiral de la escalera interior, no ya con verticalidad rectilínea, sino con la dulce inclinación de un vuelo de ave. Y los hombres que pasan delante del campanil milagroso y divino, se asombran ante su declive que solo hace pensar en la hipotética imperfección de la rectitud no lograda.

Oid a Vasconcelos: «Por otra parte, es demasiado tarde para que nosotros quisiéramos intentar un cambio de prácticas; no nos queda más recurso que seguir valientemente por la aventura del mestizaje, fortaleciendo nuestro intento con todos los poderes de la reflexión y del saber, pero dejándole entero el sentido todavía insondable de su misión.» «Pero veo en el triunfo remoto, más no imposible, de esta aventura del mestizaje, la única esperanza del mundo!...» Y

hay que seguir construyendo la Torre de Pisa...

Ante el mal que nos trae el culto de la queja y las jeremiadas del arrepentimiento (que nos han conducido hasta el infame sacrilegio de renegar en veces de nuestro glorioso origen hispánico) que son el producto «de una filosofía ideada por nuestros enemigos», ante el derrotismo hispanoamericano, que ha aceptado las teorías pesimistas de raza inferior y de suelo inaprovechable, hostil al hombre blanco, Vasconcelos alza como un estandarte, su teoría totalista, deslumbradora de optimismo, como un estímulo y un tónico a la vez. Creyendo, como Croce, en el bio-dinamismo histórico, penetrado de un misticismo esencial a la vez, afirmando que «el hombre es un afán de ascender»; su teoría de los «tres Estados», su «Ley del Gusto», que es una manera de prever la humanidad orientada y dirigida por la emoción y la belleza, constituyen la escala tendida hacia la perfección y son la base de una metafísica que enaltecerá al ideal acaso más que el bersognismo.

Frente a Madison Grant, el aprovechador yanqui de Gobineau para los fines del imperialismo sajón; frente a la inhumana y mezquina teoría de la desigualdad de los hombres, de la selección natural, de la prevalencia del fuerte, que son los cánones de la filosofía hegemónica de los rubios; Vasconcelos ofrece a Hispanoamérica una filosofía de amplitudes inauditas, humana, generosa, visionaria acaso para los eunucos del sentido común, pero optimista, en-

valentonadora, llevando en sí gérmenes eficientes para la fecundación.

Su propósito es claro: «fortifiquemos nuestro presente desorientado e incrédulo, con el propósito firme de una gran misión claramente concebida, tenazmente perseguida, y veremos que del interior de nuestros pueblos comenzarán a manifestarse las fuerzas salvadoras.» He allí lo que Ortega y Gasset, el Clarificador, exige en los procesos incorporativos de pueblos, he allí el «*proyecto sugestivo de vida en común*» para la América hispana. ¿Demasiado grande, demasiado hermoso, demasiado lejano?... «la ilusión y la utopía son una fuerza de la que no debe prescindir ninguna civilización», contesta, implacable y justo, Vasconcelos.

La construcción vasconceliana, no es para el éxito de mitins ni para servir de cánón útil a la vocinglería oportunista de ligas y asociaciones de circunstancias. Es el ideal para la construcción, el teorema que es preciso resolver. Los postulados de Vasconcelos son positivos, afirmativos. Hispanoamérica ha oído ya—acaso no con la atención que se merecen—las voces justas y claras que han dicho la denuncia y la censura. Hoy, tenemos ya bastante: «No más quejas, ni injurias, ni lamentaciones. Lucha tenaz de todos los instantes y una mordaza en los labios hasta el día en que podamos romper el silencio con un grito de triunfo.»

¿Existe algo más sugestivo en las filosofías particularistas, algo que tenga más valor cohesivo que la interpretación vasconceliana de la

misión de nuestra América?... «¡Universalidad, el sueño de los monarcas del mundo y de los monarcas de la mente, el sueño griego y el sueño romano, el sueño persa y el sueño hindú, el sueño del navegante, el sueño de todas las almas esforzadas, suspendido como una gran estrella sobre las soledades de esta América extensa y fantástica; grande casi como los demás continentes, y limpia de pasado, limpia de hombres, como si hubiese quedado en reserva para los arreglos definitivos de la civilización!»

\*  
\*\*

Fé en el suelo, en la naturaleza, en los recursos físicos para sostener la vida magnificada de la especie. Fé en la raza conquistadora, en la tradición y en el destino hispánicos, en su genio universalista y abnegado, que al darse eucarísticamente, por el espíritu y la carne a la raza dominada, tanto en los conquistadores como en la obra civilizadora de los misioneros, tuvo la previsión del mestizaje, puente grande hacia la totalización. Fé en la raza dominada, en cuyas pupilas, abatidas hoy, parece destellar hacia el tiempo el fulgor de los Atlantes, y que en su hora, realizó cultura noble y bella, dejando como testigos Quetzalcoalt, Palenque, Tahuantisuyo. Fé final en el hombre, «afán perpétuo de ascender» que sigue la marcha de su perfectibilidad, no por los senderos de la exclusión y el egoísmo, señalados por las razas imperialistas y «elegi-

das)), sino por el camino grande, al que convergen todos los caminos del espíritu y las razas!

La fuerza sustantiva y adjetiva—esencia y procedimiento—será la emoción, el amor, *substractum* del anhelo de perennidad de la especie, el gusto.

Y el ideal, vasto, noble, que arranca de la premisa científica, de la justa interpretación de los datos de la historia, de la etnología, de la geografía; el ideal vasconceliano que tiene raíz de realidad para florecer en sueño, se ilumina excelentemente para los pueblos nuevos con una gran luz de consolación y de promesa porque *«se diría que es el cristianismo el que va a realizarse»*; porque *«es aquí, en nuestra América donde las condiciones sociales y espirituales se han ido combinando de tal modo que por primera vez va a ser posible un ensayo de la Ley de Cristo, en su interpretación fuerte y sincera...»*

MANUEL UGARTE





## UNA VISITA A UGARTE

Su nombre sonó a mis oídos de muchacho, por primera vez, en mi tierra, el Ecuador, como una clarinada. Era, según creo, el año 1913. No pude conocerlo en esa época en que, en su gira de moderno evangelista profano, pasó también por todas las tierras ecuatoriales. Pero quedó en mi la vibración de su nombre largamente. El ideal que predicaba, dirigiéndose principalmente a las juventudes, ha prendido con fuerza después de esas campañas. ¿Un ideal de odio? No, ya lo veremos. Hombre poderosamente afirmativo, Ugarte no podía propugnar esa negación definitiva que es el odio. Su máximo ideal, jamás modificado en esencia, es la integración espiritual, la confederación ideal y real de los países de la América española, frente a las asechanzas, a los golpes del imperialismo norteamericano; la unión hispanoamericana, para la conservación y la defensa de una cultura, de un espíritu, que no tenemos derecho a dejar perecer.

Ugarte, con su campaña de toda la vida—de toda su vida de hombre iluminado y fuerte—ha

sido el gran alertador de la conciencia de América, despreocupada acaso o desviada de camino, el despertador del espíritu, el animador de inquietudes.

Hemos seguido tu obra con entusiasta admiración. Buscamos sus libros. Gozamos penetrando en su armonioso reino lírico, en su elegancia amable de cronista, de narrador colorido, de emocionado revividor de emociones. Admiramos al novelista original y fuerte. Pero por entre todo eso—que bastaría para ilustrar y magnificar cualquier vida—procuramos no perder de vista al luchador, rebelde ante los convencionalismos y las rutinas, audaz en la batalla, tenaz en el propósito; al hombre leal y honrado, que se indigna ante la sinrazón y la injusticia; al propugnador infatigable del ideal hispanoamericano, frente y por encima de la ambición sajona; al enamorado de «la patria grande» de la América nuestra, armoniosa y total.

Luego, buscamos al hombre. Era hacia Italia el viaje ilusionado; hacia la Italia que hoy silencia sus rebeldías, en espera acaso de un Savonarola, pero que siembra trigo y reza a Francisco de Asís. Un alto en la villa linda y clara, luminosa de italianidad, dueña del sol latino y del mar nuestro: Niza. Allí vive hoy su remanso de paz y amor, Manuel Ugarte.

Una casita blanca y nueva—son blancas, nuevas y sonrientes todas las casas de Niza—. Ugarte la acaba de comprar cuando llegamos y es acaso su lugar definitivo. Se siente amor allí: tienda plantada con fuerzas de amor y de espe-

ranza, es suave e invitadora a los descansos largos.

La persecución, ese como castigo o bendición de los libros, ha llegado hasta allí, providamente. Libros con dedicatorias que piden aprobación, libros de amigos, libros sabios y libros bellos, por todas partes, en todos los rincones.

En la calidez pesada de un mediodía de la Costa Azul, a finales de un setiembre muy estival aún, hemos encontrado al hombre sentado a la mesa, trabajando.

Es alto y fuerte. Moreno, con la prietez de quien fué azotado por el viento de muchos mares, de pie, sobre la proa de muchos barcos y ha recibido en la cara el sol de todas las latitudes de América. Una mirada comprensiva, una sonrisa cordial. Y nos habla, con unciosa gravedad, la voz serena, varonil, un poco opaca pero no fatigada, de este argentino que sabe hablar un idioma continental y generoso.

¿Es definitivo este su retiro actual, en la casita blanca y confortable, llena de libros y de amor? La movilidad incurable de este viajador perenne, de este hombre de rebeldía y de lucha, se resiste ante la posibilidad, ante el simple enunciado de una vacación definitiva.

Pero él está hoy allí, con el arraigo de la paz remansada. De esa paz que precisa un trabajador, un combativo; que no excluye el trabajo, sino que al contrario, lo intensifica y pondera, pero que es retenedora y buena.

Como sabe que queremos oírle, él nos habla. De los temas banales por los que, irremediable-

mente empieza toda conversación, que no pretende afearse con la almidonada tiesura de una interview, la charla (¿es que hay charla cuando solo habla uno, estando varios?) ataca todos los temas y todos los tonos: desde el *andante* hasta el *allegro* final. Exposición, crítica, censura acre o irónica, anécdotas que vivifiquen los motivos; índice de caminos a seguir, de desorientaciones a evitar; amor siempre, siempre, por la América grande que él sueña y por la que ha combatido y combate. Optimismo también de esta juventud inmarchitable, sostenida por una fé viril, digna de la causa.

Ugarte, sin pontificar, sin perder en amenidad retenedora, sin tocar jamás en los dominios anti-páticos del conferenciante que magistraliza, tiene el don de una concisa y amable clarificación, el acierto de la síntesis rápida y multi-comprendiva. Además, sin ser exaltado—muy lejos de éllo—tiene calor comunicativo y produce la sensación inconfundible de la sinceridad.

Se reconoce al hombre que ha hecho un largo apostolado, y que el hablar delante de públicos diversos, de distintas latitudes, inclinaciones y tendencias, le ha enseñado esa como adivinación persuasiva, que va rectamente y que llega a la captación de los que escuchan, sin recurrir a teatralerías ni a efectismos de *causer*.

Por eso es que, en una visita, un poco larga es verdad, supo producir en nosotros la impresión de conjunto de su ideal, de su concepción americanista; grandes lineamientos sobre la patología social del continente nuevo y una visión,

—esta si naturalmente incompleta y fragmentaria, por la falta de tiempo—del tratamiento terapéutico.

Para seguir el hilo ideológico de una hora de conversación con Ugarte, verdad es que estábamos apoyados por el conocimiento de sus libros—que todo hispanoamericano debe leer—y por el eco, aún resonante de sus campañas—de su campaña en plena marcha—de sus voces de alerta incesantes; presidido todo, ordenado todo por un poderoso y armónico pensamiento central, que polariza en si la vida entera de intelectual y de voluntarioso, la vida entera de Manuel Ugarte.

Es ante estos hombres viriles y optimistas, profetas de utopías si se quiere, pero de utopías tonificantes y esperanzadoras—Ugarte, Ingenieros, Vasconcelos—que se comprende y se siente la fuerza de verdad de nuestros pueblos. Ellos no dudan nunca, y esa fé creadora de religiones, de verdades, de errores, es engendradora de acción, es fecunda. Nos hacen creer que estamos en la hora de Abraham, en la hora de Jacob, en la hora de Moisés, aquella en que los pueblos se construyen, en que los pueblos crecen. La hora en que, tras la columna de fuego que señala la ruta de Canáan, los pueblos pasan por entre los mares que se abren para hacerles camino. No nos ha llegado aún la hora de Jeremias—si bien esta Europa nos ha convertido a algunos de los nuestros con el prestigioso deslumbraimiento de su decadencia—. Mientras los profetas de construcción comienzan a asomar en

nuestras tierras, los plañideros se multiplican ya aquí, ilustres en su pesimismo: Guglielmo Ferrero, Oswald Spengler...

Un ideal tan profundo, tan obsesionantemente sentido como el ideal de unión, de defensa y de exaltación hispanoamericanas sustentado por Manuel Ugarte, es una fuerza que vive ya sola, que ha adquirido personalidad independiente de su propugnador y que, por lo mismo, hace falta únicamente hacerla vibrar de nuevo para que surja, viva y poderosa, ante cualquier estimulante externo. Y la voz originaria, la voz de su mantenedor, era la voz que oíamos en Niza, acompañados por César Arroyo, en setiembre de 1926.

\*  
\* \*

Ha visto todas las tierras de «la patria grande», desde su inmensa y luminosa Argentina natal, de la que salió primero para la ilusión del mundo y luego para el apostolado y la prédica, hasta Méjico, actual laboratorio y eterno baluarte de la libertad. (Fué hacia la gran nación del norte, poderosa y admirable, que construyeron Washington y Lincoln para la libertad y la justicia y que hoy descaminan, en primer lugar, su propia grandeza desmesurada e insólita y luego nuestra pequeñez, nuestra inmoralidad gubernamental y política). Ha sentido el deslumbramiento de todos los cielos de la América; ha recortado el enorme corazón geográfico que es la tierra nueva sobre la proa de los barcos y ha

recorrido la vértebra nudosa de la Cordillera de los Andes. Su voz, despertadora de inquietud fué oída por las juventudes de Quito y de Santiago, de Bogotá y La Habana, de Lima y Rio Janeiro, de Méjico y Buenos Aires.

Su quilla, de navegante audaz, ha dejado en el mar espiritual de América una larga estela resonante. El lo sabe y por eso, cuando una inquieta juventud de Hispanoamérica llega hacia él, plena de interrogaciones, ansiosa de confirmaciones de ideal, de tónico para la lucha, él habla.

En su palabra vibra constantemente el amor a la América integral, amplia y rica, en la que tendrán que vivir y actuar las civilizaciones venideras. Hay pena, hay dolor, dolor viril que excluye el desencanto e incuba la esperanza, por las erróneas direcciones gubernamentales de casi todos nuestros países; por el desconocimiento mutuo en que viven esos pueblos de origen y de destino idénticos; por los odios y recelos que surgen y que no se aplacan. Su acento adquiere matices de ironía, cuando recuerda, con detalles precisos de recientes sucesos, nuestro bajo y servil imitacionismo, nuestro inmoderado empeño de trasplante.

Pero se ilumina pronto con la fé profunda que expresa en la dirección y en la acción de la juventud americana; de élla espera el milagro de hallar la verdadera senda y el más grande milagro de amarla y de seguirla.

Y luego, naturalmente, sin esfuerzo de pre-

sentación, sin preparar el momento, sencillamente, como cumpliendo un deber, como oficiando un ministerio, se asoma al conflicto inevitable, de la América rubia, unida, orgullosa, imperialista porque es rica y desborda, y la América ibera, desorientada aún, perdida en riñas domésticas, ensayando tiranías, copiando cesarismos, de espaldas al peligro, al solo y único peligro, la absorción, la dominación de nuestra tierra, la anulación de nuestra cultura por los hombres del norte.

Al hablar del problema capital de su obra, al que le ha dedicado lo mejor de su talento y de su voluntad, casi toda su vida infatigable, parece como que hiciera un mayor acopio de serenidad razonadora; su argumentación adquiere mayor nervio y consistencia, se aferra, se estrecha dentro de círculos tensos y fuertes. No hay odio al yanqui, como ya lo dijimos, en este gran afirmador; hay amor al hispanoamericano, al espíritu latino que hemos heredado y que, lo repite siempre, no tenemos derecho a dejar derrotar ni morir...

Su comprensividad, no acusa ni anatematiza siempre, con palabras trágicas de orador de asamblea: el busca que su campaña se haga verdad, se haga carne de realidad y no el éxito oratorio de un momento. Y cuando denuncia y señala culpables, no es solo el gran pueblo del norte el crucificado. Lo comprende. Lo excusa como pueblo para anatematizar a sus gobiernos. Y ese anatema, es tan fuerte cuando lo dirige contra nuestras culpas, culpas de gobernantes,

culpas de sistemas, culpas de desorientación colectiva...

Esa actitud noble de comprendedor, se afirma de día en día, ante la contemplación de nuevos hechos, de nuevas miserias. Leed su último «Mensaje a la Juventud Hispanoamericana», lanzado después... cuando las vergüenzas últimas de Nicaragua.

\*  
\*\*

El tiempo, mientras tanto, ha pasado. Y como debemos seguir nuestro viaje a la tierra más bella de la Tierra, nos vemos precisados a dejar el sitio amable de descanso que unos instantes inolvidables nos ofreciera este hombre que tanto ha luchado y tanto ha soñado—que tanto lucha y sueña—por América. El personifica el ideal estremecido de una juventud que no cometerá jamás el pecado de olvidarlo. El, fuerte, sincero, tenaz, es uno de los más poderosos constructores de la Nueva América. Indomeñable, ha pasado por sobre las acusaciones de utopía. Y entre el vocerío de la juventud revolucionaria, se impone y se impondrá su nombre, que es un ejemplo y un estandarte.

Su buena sencillez al despedirnos, su fuerte y confiado apretón de manos, nos transfundió su simpatía y su confianza en la juventud hispanoamericana.

Partimos optimistas y confiados: América tiene hombres que trabajen por élla.



## EL ESCRITOR

Sus comienzos, su iniciación en la literatura, como ocurre casi siempre en la producción contemporánea, señaladamente en la de los escritores hispanoamericanos, se hicieron acaso en el periodismo y en el verso.

Tierra privilegiada de la publicidad la Argentina; sus rotativos formidables, no superados en el mundo, sus numerosas y bellas revistas ilustradas, sus publicaciones serias, acicatean seguramente el talento impulsivo—debe haberlo sido para llegar donde está—de Ugarte joven, con el señuelo de la propia obra impresa, que llegue a corazones queridos y produzca vibraciones cordiales. Bien sabido es que en la caballería del amor, ya no solo se hacen los torneos de armas del Medioevo. Nada sabemos de esa época, pero queremos suponerla así, conociendo como conocemos a Ugarte, ante todo humano, profunda y fuertemente humano, hasta en lo se que califica de sus «utopías».

La juventud de Ugarte allá en su tierra argentina, país en período crítico de afirmación na-

cional y racial que va evolucionando vencedora-mente, quiero creer que fué una juventud verdadera: sentimental, ilusa, enamorada. Loca de perspectivas, dominada por el ansia de trasponer los horizontes, cuya dirección señala el humo de los barcos que levantan sus anclas en los muelles cosmopolitas del gran puerto rioplatense, y que llevan por todos los caminos del océano a París, centro magnético de las inquietas juventudes de nuestros pueblos niños. Juventud verdadera, que no se muere a veces sino con la muerte; que no tiene cansancio ni vejez. ¿Recordais? Peer Gynt puso la ilusión del viaje en la trágica escena de la agonía de su madre; cuando regresó a ver, élla, la muerta, sonreía...

Seguramente,—universitario o autodidacta—, Ugarte estudió mucho, leyó, meditó, asimiló. Parece que los medios no le faltaron para hacerlo. Una cómoda situación en la vida, no fué bastante para torcer las inclinaciones a reconocer, buscar y proclamar la justicia y la verdad que, según parece, despertaron tempranamente en él.

Lo cierto es que, a principios de este siglo, posesionado ya de París, viviendo la verdad de su sueño, asoma con bellos libros, emocionado y asombrado. «*Crónicas del Boulevard*», «*Paisajes parisienses*», que son de esa época, hicieron decir cosas enorgullecedoras a la crítica francesa y española.

En ningún literato hispanoamericano se dejan ver tan claramente, con tanta ingenuidad, la sucesión de estímulos que hacen vibrar el espí-

ritu para la producción. Nada hay forzado en la evolución del pensamiento y la sensibilidad de Ugarte. Es natural, transparente, sin torceduras ni recodos. Su juventud, es joven y la vive y la goza y la sueña. Luego...

Pero, es todavía, ¡y tan fuertemente! Paris quien preside e ilumina sus incursiones felices por los campos de la narración y del cuento. Paris, a través de cuya bruma eterna, pasan las claridades de la pampa. Así, «Una tarde de Otoño» («La Novela de las horas y de los días») huelen a elegante bohemia parisiense y huele también a praderas argentinas, llenas de jocosidad.

El despertar del americano—que en él acaso no se ha dormido nunca—el despertar del argentino desborda en sus hermosos «Cuentos de la Pampa», de vivo y fuerte colorido regional, en los cuales el paisaje nuestro está visto con amor y justeza. ¿Escritos en América? ¿Escritos en Paris? Acaso ambas cosas: la concepción, la realización primitiva, quizás para entregarlos al premioso reclamo del diario y la revista, se produjeron probablemente allá, ante el éxtasis de los panoramas y bajo la influencia de la vida política y social argentinas. Tienen el indudable estigma de la tierra, ¡huelen tan a fresco! Atravesaron luego el mar, no sabemos firmemente si en la cartera o en el pensamiento de Ugarte—en todo caso nacidos ya y viables—y es en París, en el momento inevitable del recrudescimiento y exaltación del amor a la tierra, en el momento de la nostalgia, del *mal du pays*; cuando, des-

pués de limitar los sueños contra las vallas de la geografía, se vuelve la mirada, con ansia y con dolor, hacia la tierra ausente, no importa si amorosa o ingrata: en ese momento seguramente Ugarte sacó de donde traía sus «Cuentos de la Pampa», y acendrando en ellos la fragancia a tierra nueva, poniendo en ellos más amor y también más orgullo de argentinidad, los contó en París con un lenguaje que el contacto con la gracia de la Isla de Francia, hizo más claro, más dúctil, lleno de movible expresividad comunicativa.

A través de este Ugarte narrador y cuentista, podemos ver al gaucho auténtico, señor de la inmensidad de la pampa y al estanciero enriquecido; no esos que, gracias a la boga del tango en los *dancings* de París, fueron importados a Europa para usos literarios de segunda mano. Los «Cuentos de la Pampa», han sido traducidos al francés, al italiano, y viven vida propia y notoria dentro de la literatura de habla castellana.

Poeta, escribió bellos versos, de emoción auténtica: «*Vendimias juveniles*», «*Jardines Ilusorios*», son dos libros hermosos y sinceros. Poeta? Lo es a lo largo de toda su obra, cuando batalla y cuando construye, cuando cuenta, cuando predica, cuando ilumina y cuando enseña. Por eso, le llaman utopista...

En su madurez fecunda, prometedora de mejores cosechas de pensamiento y de emoción, sin abandonar la torre del vigia alertador de América, Ugarte ha vuelto sus miradas a la novela, considerándola seguramente como la forma mo-

derna más completa, como la fórmula más amplia para la realización de todos los ideales de arte, de cultura, de moral social.

La novela que ha tomado los sitios ilustres de la epopeya y el romance, que colabora con la lírica, que marcha de acuerdo con la ciencia social es, más que el Ensayo un poco tieso y especializado, el gran vehículo moderno de la belleza, de la verdad, del amor; para llegar desde las capas superficiales directoras, desde las élites selectas, hacia la masa, hacia todos los hombres.

Ugarte que con su libro *«La Patria Grande»*, asegura haber cerrado el ciclo de su campaña hispanoamericana (que es la que ocupará preferentemente estas páginas) al amor de una paz bien conquistada y en la paz segura del amor, recapitula su obra, hace síntesis artísticas e ideológicas, valiéndose para éllo del vasto y comprensivo molde de la novela. *«El Crimen de las Máscaras»*, es una amargada sátira social y, en *«El Camino de los Dioses»*, hace novela grande, a lo Wells, con sugerencias, con teorías, con trama novelesca captadora de la imaginación.

\*  
\*\*

Ugarte, en sus comienzos, hizo también un volumen antológico: *«La joven literatura hispanoamericana.»*

El intelectual que llega a Europa ilusionado por la leyenda del amor amplio y generoso de

Francia por el mundo; de su maternal predilección por las repúblicas latinoamericanas, que son hijas de su espíritu, en más alto grado que lo son de la sangre de España; si es que no se deslumbra y se entrega totalmente el amor de este «occidente» orgulloso y despectivo, sufre en verdad un choque rudo, al comprobar la muy diversa realidad, esa realidad que, bien meditado, no puede ser otra, dentro de la actual organización del pensamiento político y social. Choque rudo, en verdad, al convencerse que «la Francia de los Derechos del Hombre», según el clisé inevitable, ignora soberanamente, porque no lo quiere saber, porque no le importa saberlo, todo hasta la existencia casi, de la América «Latina».

*«Europa, no solo el mundo sajón sino también las naciones de abolengo latino, ignora o desdén a la América Española (1).»*

Invoco la autoridad alta y serena del intelectual hispanoamericano que más profundamente se ha compenetrado, que ha urgado más hondamente y con más simpatía en el pensamiento europeo, que ama a Francia con amor muchas veces probado. Su criterio, que la pasión no sabe torcer, porque está hecho de estudio y comprensión, es un criterio irrecusable.

Pues bien, la leyenda dorada se desvanece al primer contacto del ilusionado con las viejas naciones europeas, cargadas de gloria, de cultura, pero también de orgullo, de odio y de ensi-

---

(1) F. García Calderón. — El Wilsonismo.

mismamiento. Llenas de preocupaciones limitrofes, recelándose mutuamente, y tan hasta la entraña enfermas de mal de la guerra que, antes de que transcurra un decenio de la catástrofe más grande de los siglos, ya se entregruñen, desconfiadas, con la garra recogida y tensa para el próximo asalto.

Odian, temen y respetan a «América», la única América existente para ellas: los Estados Unidos, que es la mala sombra del acreedor que cobra. Ya pueden existir, en Marte o en la Luna—para Francia especialmente, despoblada en la metrópoli y con grandes colonias que no alcanza a explotar—las «hermanas latinas» del ingénuo continente americano. Saben, un poco por la leyenda, otro poco por la opereta, del Brasil, con su café, de la Argentina del tango y de Méjico, que antes mataba emperadores y que hoy mata obispos... ¿El resto?... Sólo se lo conoce por sus terremotos o sus pronunciamientos, vagamente. Oid sino a un francófilo insospechable, el señor Barbagelata que, aplaudiendo alborozado el que se incluyeran ciertas nociones elementales sobre la «América latina» en los programas primarios franceses, se entusiasma ante la esperanza de que «no se nos confundirá en lo futuro con las tribus africanas, ni se nos preguntará, por ejemplo, si en el Uruguay hablamos inglés o si nuestras chozas resisten un tiempo más o menos largo a la influencia del sol abrazador de nuestra tierra». ¿Qué diría el distinguido escritor, si fuera ecuatoriano y no tuviera manera de vencer a los franceses—aún a ciertas autoridades

de provincia—que el Ecuador es una colonia de ellos, porque lo confunden con «*l'Afrique équatoriale française*»? Su admiración es extraordinaria cuando el hombre que tienen delante, de *l'Equateur*, no tiene precisamente el aspecto de un congolés o un cafre...

Ante el choque cordial, frente al inesperado y brusco desencanto—que no hay porque ocultar—se siente uno como recrudescimiento patriótico, de un patriotismo ampliado e integral, que abarca a todas las tierras nuevas, malconocidas y menospreciadas; y una como necesidad de reclamar justicia para pueblos sinceros, demasiado ingenuos, que son capaces de profundos movimientos colectivos de admiración y afecto; para vigorosos y juveniles esfuerzos de cultura, que merecen ser conocidos, alentados, admirados también.

En ese momento, el intelectual hispanoamericano siente dos poderosas atracciones: la de contar a los espíritus atónitos que allá quedaron, el asombro de los ojos y de la inteligencia ante esta Europa ilustre y gloriosa, y el de recordar, con íntima satisfacción, no para que oigan aquí, que no quieren oír, sino como un desahogo, nuestras cosas y nuestros hombres buenos. Y casi siempre triunfa la urgencia de decir—de decirnos a nosotros mismos—que también tenemos allá quienes piensen, estudien y produzcan belleza, heroísmo, verdad.

Pocos, poquisimos intelectuales suramericanos, al venir a Europa, han resistido a este impulso humano y justiciero.

Manuel Ugarte, como los hermanos Garcia Calderón, como Zaldumbide, como Blanco Fombona, Ghiraldo, Garcia Godoy, etc., obedeció a ese deseo premioso, y es a éllo que le debemos «La joven literatura hispanoamericana», antología rápida, demasiado somera, pero animada de un espíritu amplio de renovación continental. Rodó, al juzgarla, tuvo palabras de exigencia, que no se podían dirigir a quien quería catalogar un movimiento en marcha, en pleno período de desenvolvimiento. Eran los hombres del movimiento llamado «modernista»—casi todos ellos—, los que Ugarte incluyó en su antología. Ha envejecido un poco; sinembargo, sirve para la consulta, y en las horas de su aparición, fué benéfica, porque hizo que los hombres y los países de América, se conocieran un poco, iniciaran contactos espirituales.

Y llegamos ya al Ugarte, obrero de la América del porvenir.



## LA CAMPAÑA HISPANOAMERICANA

Manuel Ugarte entero, su vida, su ideal, su ambición; la síntesis de su personalidad estructurada reciamente; todo se encuentra empeñado en su larga y múltiple campaña de gritar alerta a nuestra América, de denunciar ante la despreocupación de nuestros pueblos, fraccionados, descaminados, ingénuos, el peligro de la penetración, de la captación por los Estados Unidos; campaña de gritar, como Marx y Engels a los proletarios de todos los países, unión a los hombres y a los Estados de hispanoamérica; campaña de veinte años, realizada en el periodismo de difusión y en el polémico, en la conferencia y en el libro. Campaña encarnizada, no sólo de ideólogo sino de luchador efectivo, viajando a través del continente que, asombrado oye su grito y sigue su gesticulación; exponiendo a peligros de maldad y de odio, su tranquilidad y hasta su honra.

\*  
\* \*

Al finar el siglo XIX, al anunciarse el XX, la América española oyó una alta voz de serenidad armoniosa que, con la musicalidad de un castellano ductilizado interrogó, llena de inquietud cordial por «el que vendrá». Una voz amable, inaudita hasta entonces en nuestros países panfletarios, la voz de Próspero que presentaba a las juventudes de América, como un arquetipo y un dechado, como un índice rector, el símbolo lleno de gracia, de amor y de ideal, del *Ariel* shakespearino.

Esa voz que «decía las cosas bien» porque al enunciado de verdad, al estimulante ético vestía con la seducción captadora de una melodía exterior, llegó a los oídos de la juventud para la cual hablaba; y se produjo el despertar de inquietudes, el adentramiento en si mismas de las élites jóvenes que, con profunda ansia interrogadora, quisieron desde entonces ver más claro en sus caminos, y sintieron unánimemente, la necesidad de buscar, de urgar en el pasado y el presente, la iluminación precisa de un ideal alto y distinto, ordenador y estimulante; de un ideal individual de belleza, que lime las aristas del utilitarismo y señale senderos claros a las realizaciones de amor y de verdad; un ideal colectivo que se salga y traspase los límites demasiado estrechos de pequeños nacionalismos inconsistentes, nacidos ayer no más, de la ambición de unos cuantos caudillos del fraccionamiento, para alcanzar mayor amplitud en un

americanismo espiritual multicomprendivo, total. Zaldumbide, el interpretador de Rodó aún no superado, nos lo cuenta: «Meditando el último día del año, al subir las gradas del Capitolio, cuál sería el más grato mensaje votivo que pudiese enviar a sus dulces tierras de ultramar, pensó que la única consigna válida sería la de *«formar el sentimiento americano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos, la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única.»*»

Es Zaldumbide también quien lo dice: «De él data en nuestra América la moderna reacción idealista. La armoniosa nobleza de su enseñanza halagaba a los espíritus delicados, al mismo tiempo que su cordura, tan elocuente como discreta, atraía a los más desconfiados y recelosos de utopías. Un nuevo idealismo se levantó así.»

Serena, desapasionada—acaso demasiado para ser la voz de un guía—la voz del juvenil maestro de juventudes, buscadora de amables equilibrios, habla a los indoespañoles, del coloso anglosajón que enriquece de oro y de fuerza a la América del Norte. Voz de amor y de cordialidad, busca un campo de conciliación, un lugar de entendimiento—que yo no desconfío que se hallará un día—ahinca su dialéctica, más de anhelo que de lógica, con el propósito de establecer compensaciones.

Pero, bajo la deliciosa musicalización exterior, buscada y rebuscada, suena una fuerte armonía íntima, que ahoga el grito concertal, pero que no



es por eso menos un toque de clarín alertador; un clarín con sordina que, en tono menor, con voz exultantemente admonitoria, previene contra el peligro captador del sajonismo. El, hombre de paz y amor, no puede en veces contenerse: «*Los admiro, aunque no los amo*», dice refiriéndose a los hombres de América del Norte, al comenzar *Ariel*.

En tácita simbolización inconfundible, José Enrique Rodó yergue la figura noble, bella y pura de Ariel, de un Ariel en bronce, como una enseña, como un estandarte de la América Ibero, quizás no precisamente para la lucha eterna con el Calibán nórdico—que lo es talvez sólo a causa de su excesiva grandeza—sino para la enseñanza, la defensa y la fé.

\*  
\*\*

Este ligero recuerdo de Rodó, cuyos libros, *Ariel* en especial, son hasta hoy el primer pan espiritual de nuestras juventudes—las que no comienzan por Vargas Vila o Paul Féval—no insinúa, ni remotamente, el que el maestro uruguayo haya necesariamente ejercido una influencia directa y determinante, en la ideología fuerte y personal de Manuel Ugarte, ni en la forma de concepción y de resolución del problema americano. Se puede, más bien, llegar a encontrarlos antagónicos: Rodó, como lo proclamaron después los miembros de «Claridad», en Francia, propugnaba «la revolución en los espíritus»; revolución, acaso no, es para el dulce

maestro, una palabra demasiado fuerte: reforma, diría él. Ugarte, quiere el éxito del ideal, lo quiere tan acendradamente, que para él son buenos todos los caminos de la justicia, cuando llevan a la realización. El no se asusta ante las palabras ni ante su significado violento, no se detendría ante la revolución.

Contemporáneos los dos, Ugarte y Rodó, habiéndose desarrollado en un ambiente de marcada afinidad, cada uno en una de las orillas del Rio de la Plata, todo más bien induce a creer que su formación personal coetánea, no tuvo nexo alguno ideal. Pero al tratarse del problema americano, en el aspecto de la defensa del sur ibero ante el norte sajón, surge con suave imperio de bondad y de armonía, la sombra luminosa y cordial del maestro uruguayo que, si cronológicamente no fué un iniciador—lo fué en verdad el más genial de los americanos, Bolívar—en nuestros tiempos, para la juventud de este siglo, fué el sembrador de inquietudes, el que más hondo y pronto llegó al espíritu y al corazón, sin ser en ese camino de simpatía, superado aún por nadie, porque como nadie supo «decir las cosas bien...»

\*  
\* \*

La juventud fuerte y enérgica de Manuel Ugarte, acaso no precisaba certeramente su ideal concreto, su bandera de lucha. Sentía la vocación de dedicar su vida, con dedicación integral, a un alto empeño. Siempre que recorre-

mos las vidas de los grandes, los grandes para la bondad y la justicia, especialmente, encontramos la indefinición de la ruta, el impreciso pero invencible anhelo. Como el Caballero de la Triste Figura, Padre común, sintió perplejidad en el crucero, antes de echar a andar «por el antiguo y conocido campo de Montiel». Como San Pablo, tuvo necesidad de la fulminación divina para encontrar el camino de Damasco...

Fue entonces cuando, ante la estupefacción indolente de la América hispana, la garra rapaz del yanqui—rapaz y felona, aquella vez—se hincó primero en el corazón de una España entregada, como nosotros, peor que nosotros, a la más baja politiquería, y le arrebató los últimos restos de su imperio colonial en América, encubriendo claros designios de dominación con la candidez de apoyar anhelos de independencia hoy menos que nunca realizados; luego, con la comedia aquella de Panamá, que por lo menos se la hizo «*Pro mundo benefici*», pero que desmembró aún más y pulverizó la gran nación que Bolívar soñara. El sajón, que desde hacia mucho tiempo cercenaba Méjico, esta vez tomó para sí la llave de los dos océanos, y a la España de América, le impuso otro Gibraltar, de más amplio alcance futuro que el Gibraltar impuesto a la España de Europa.

Fué entonces cuando Manuel Ugarte vió perfilarse clara y distintamente ante sí el gran molino de viento contra el que debería luchar su vida entera. Lo vió, lo midió, lo estudió. Y la desmesura de sus proporciones, no produjo desá-

nimo en su espíritu ni, como en las almas tímidas o mediocres, se detuvo ante las posibilidades de fracaso. Y comenzó a gritar. Porque su obra hispanoamericana razonada, documentada, serena en su mayor parte, tiene el valor intencional de un grito permanente; de un clamor esperanzado, sonoro de optimismo tónico. «*El Porvenir de la América Española*», es un grande, tremendo grito de alerta. Su autor se ha propuesto poner en guardia a todo un continente y ya la actitud misma es un magnífico acto», dice el espíritu fervorosamente americano de Alcides Arguedas.

Ugarte, a través de la vastedad de su obra polémica, de su labor intensa en la conferencia y en el libro, ha ilustrado bella y noblemente su propósito, con una característica esencial: él, argentino, que pudo hablar desde la tribuna que siempre ofrece la ciudadanía de un gran país, fuerte y prestigioso entre todos los nuestros, prefirió hablar siempre en un amplio lenguaje hispanoamericano. «El autor habla como ciudadano de la América del Sur, y defiende el conjunto de esos países con tanta elocuencia, que no sabemos a qué república pertenece dijo «*The Times*» de Londres, al comentar «*El Porvenir de la América Española*»; haciendo con esas sobrias palabras, el más profundo elogio del arraigado y amplio sentido de desinterés nacionalista que vive y que vibra en toda la campaña de una vida, que es la obra de Manuel Ugarte.

Dentro de este aspecto, que singulariza la labor ugarteana por su generalizadora comprensividad,

preciso es subrayar, como él mismo subraya, no con propósito autoencomiástico, pues que, como hemos dicho, no es un ostentador de argentinismo, sino como una sana insinuación de imparcialidad; la circunstancia de ser nacional de un país que, por su situación geográficamente alejada, por su admirable desarrollo, por haber tomado una bien apreciable delantera en el camino de la prosperidad en relación a varios de los otros países de origen hispano, se encuentra *inmediatamente*, fuera de la órbita de acción y de atracción del poderío norteamericano.

No es pues, el grito de Ugarte, el grito angustiado de quien pide auxilio, ante el inminente peligro que le amenaza; es, no más, el grito de alerta del voluntario centinela vigilante que, desde las alturas de una retaguardia—no ideológica sino geográfica—mide reflexivamente el alcance y la dirección de las maniobras enemigas.

Su argentinidad, su noble y altiva argentinidad de hombre sincero que cree en la necesidad de ser patriota—no en un sentido estrecho y hostilizador—se manifiesta bellamente preconizando, buscando para su país, unido a otros como Méjico, Chile, Brasil, el rol de iniciador, de propugnador desinteresado y eficiente de un movimiento de concentración, tan efectivo como sea posible, de los pueblos hispanoamericanos. Dentro de esa gran ilusión, que revela y afirma su culto de argentinidad, insinúa con insólita franqueza lo que ya se esbozara, ligeramente, en un Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia,

posterior a sus libros: las innegables aspiraciones hegemónicas del extremo sur de la América Española, o el tono de proteccionismo despectivo respecto de *los países del trópico*, como se les llama. Son palabras de Ugarte:... «aquí tocamos el punto verdaderamente débil de la América Española. Basándose en el hecho de que algunos Estados no pueden tener vida propia a causa de su población o de su situación geográfica, parece haber empezado a asomar también —a la manera de los Estados Unidos— entre las repúblicas más prósperas ciertas ambiciones de predominio o de hegemonía, que introducen en el conjunto un hálito de desconfianza y de disolución (1).

Vasconcelos, el pensador mejicano, correligionario de Ugarte en el ideal hispanoamericanista integral, confluye hacia el mismo resultado ideológico, partiendo de una dirección diversa, sino contradictoria. Vasconcelos acepta el patriotismo, el hispanoamericanismo, *como la mejor realidad actual posible*, como un paso, como un compás de espera necesario, hasta que se pueda ir hacia lo que él, después, llamará el *totinismo* o totalismo: «Es claro que el corazón solo se conforma con un internacionalismo cabal, pero en las actuales circunstancias del mundo, el internacionalismo solo serviría para acabar de consumar el triunfo de las naciones más fuertes. »

---

(1) Manuel Ugarte. — El Porvenir de la América Española. — Página 129. — Edit. Prometeo.

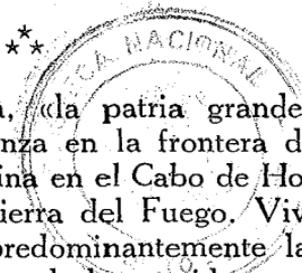
Ugarte en cambio parece creer que, tras dolorosas experiencias—la guerra y la post-guerra—el nacionalismo, el radicalismo patriota, surgen, re-surgen como la mejor verdad, como la más alta verdad rectora de los pueblos. Una página de Ugarte, una sola página llena de clarificación, servirá para presentar su doctrina, más que el marginal desaliñado del autor. Oigámosle:

«Los trascendentales acontecimientos que se desarrollan actualmente en el mundo influyen, por otra parte, para que desgarremos muchas construcciones imaginativas y rectifiquemos algunas conclusiones precipitadas que sobreviven al lirismo humanitario barrido por la guerra. En la nueva trasmutación de valores que comprobamos no es solo la idea de nacionalidad la que hoy resurge en el mundo más poderosa que nunca; es también el principio de propiedad, base del esfuerzo creador de los hombres; es el respeto a la religión, hogar donde confortan su espíritu los pueblos en lucha; es el culto al Ejército, cuyo sacrificio sirve de escudo a la Nación; es la insustituible virtud de muchas cosas viejas que fueron trocadas momentáneamente por aventuras inducciones y que reaparecen de pronto, más vivientes y vigorosas, en medio de la catástrofe.»

«Hay que tener la audacia de decirlo en nuestro ambiente cosmopolita, donde parece que el único lazo de unión fueran las negaciones. *En medio de la revisión de principios que se inicia, la tarea de solidificar la nacionalidad y desarrollarla en todos los órdenes, se sobrepondrá*

siempre a las teorías, por brillantes que sean.» (1).

Sobre esta fuerte cimentación nacionalista, edifica Ugarte su generoso ideal hispanoamericano. La página copiada, que consta en el volumen con que él—el incorregible y reincidente—anuncia cerrar el ciclo de su labor americanista, es la confirmación de lo que, al comenzar la lucha, dijera en su bello prólogo del primer libro, *El Porvenir de la América Española*. Veinte años rectilíneos, tensos, hacia el ideal... ¿Hay alguien que haya hecho más que él?



La patria totalizada, «la patria grande» de Manuel Ugarte, comienza en la frontera de los Estados Unidos y termina en el Cabo de Hornos, del Rio Bravo a la Tierra del Fuego. Vive en élla una civilización predominantemente latina. (Aquello de raza latina, solo ha servido para elucubraciones etnológicas y antropológicas, que demuestran lo contrario o no demuestran nada). Una civilización latina, con los dones de Grecia y Roma, transfundidos en la sangre por España, y que contribuyeron a afinar la claridad amable de Francia y los esplendores inigualados de la Italia del Renacimiento. Esa civilización *nuestra*, que crece bajo el signo luminoso de la latinidad, es la que tenemos que defender, que difundir,

(1) Manuel Ugarte. — « La Patria Grande », Páginas 124-25.

que hacer triunfar. ¿Defender? ¿Contra quien?

Hay un solo enemigo inminente, afirma Ugarte, después de hondo exámen de la situación universal (peligro germánico, peligro japonés, etc.) y de urgar audazmente, con penetrante sentido de crítica histórica, en el futuro próximo y urgente de la Humanidad. El enemigo está allí, cerca, poderoso y terrible: Los Estados Unidos de la América del Norte.

Preciso es, con Ugarte, detenerse a contemplar al Coloso. Con estadística minuciosidad, recargado de datos numéricos y múltiples comprobaciones; penetrado y consciente del espíritu, de las capacidades, de la fuerza humana y material y de las tendencias del gran pueblo, nos lo presenta Ugarte en toda su formidable potencia, con la mirada fija y la mano extendida hacia la América Española, incauta y fraccionda. Esa mano de hierro que ha comenzado la cosecha...

Hay acaso pasión, pero no hay odio en este gran afirmador. Pasión, es decir fervor interno, calor ideal, en oposición a la fría imparcialidad infecunda, incapaz de la batalla y del triunfo. Pasión, sí. Jamás he creído yo que la ausencia de pasión sea un elogio para un combatiente, para un constructor, para un mantenedor de ideales. No es un elogio para ningún hombre. La pasión es necesaria hasta para la justicia, porque el amor que la genera, pesa también en el platillo simbólico. El razonamiento frío, la rigidez del análisis, jamás generaron la acción gloriosa, el paso genial, el salto heroico, en el sentido carlyliano y en el otro, en el grande.

Los iluminados geniales, los constructores de pueblos y sistemas, los que han obtenido de la naturaleza una respuesta a sus preguntas imperiosas y apasionadas de verdad, los hombres buenos y los hombres grandes, sintieron ante todo un imperativo de amor, ardiente e indomeñable, una impulsión sentimental, una pasión.

Existe una mediocracia intelectual en América, producto de seminarios jesuíticos, que proclama el eunuquismo del desapasionamiento, como un dón preciso para la obra mental, para las realizaciones de cultura. Hay que derrotar esa mediocracia—que es Profesorado, es Poder y es Periodismo—proclamando la excelencia *mále*, viril, del apasionamiento, y pedir para América, pueblos en plena convulsión pre-constructiva, hombres que sepan gritar grito sincero y honrado, que crean que es preciso vestir de fuego a la verdad—como en todos los pentecosteses—para que saliendo de la estática infecunda con que la han alineado en bibliotecas y sistemas, genere dinamismos de sembrador, que necesita desbrozar las malezas e hincar la punta del arado en las entrañas de la tierra.

Con pasión de amor a Hispanoamérica, que no entraña precisamente pasión de odio a los Estados Unidos, Manuel Ugarte enfoca el problema de la defensa de estas civilizaciones nuestras ante la avalancha que se precipita desde el Norte. Con pasión de amor, que no excluye sino más bien precisa la contemplación de todas las faces del conflicto.

Conoce y ha estudiado cuanto es posible a los



Estados Unidos. Ha interrogado la mentalidad, un poco infantil, puritana y quáquera del gran pueblo y ha encontrado en el libro, en la dirección gubernamental, en el ambiente popular la convicción ya hecha sobre la misión protectriz que los Estados Unidos deben cumplir respecto de toda la América; convicción ampliamente democratizada, esto es incorporada al acervo ideológico fundamental e inmovible del país. Aquella traducción, de sentido efectivo, que Costa diera al enunciado de Monroe diciendo: «América para los yanquis», es ya una *verité acquise, indiscutible*.

Siente asombro al contemplar el gigantesco crecimiento de la población, de la riqueza, de la fuerza del enorme país, cuya vertiginosa carrera ascendente no se sabe hasta donde llegará. Y entonces, ante la verdad de que Europa, gloriosa siempre y poderosa aún, siente y declara ya malestar e inquietud ante las «gesticulaciones del gigante»; ante la realidad geográfica, indicadora de que toda esa ansia y esa potencia expansivas, tendrán que ejercerse en las tierras nuevas e inexploradas de nuestros países divididos, despoblados e indefensos; ante la realidad histórica de las declaraciones concretas y más que todo, de los hechos en marcha desde hace más de medio siglo—Méjico, América Central, el Caribe, Panamá—, Manuel Ugarté, consciente, seguro, fuerte de su verdad, de su justicia, que no son otras que la verdad y la justicia de Hispanoamérica, realiza su campaña. Al leer su admirable «*Carta al Presidente de los*

*Estados Unidos*) se comprende la verdadera posición de Ugarte, mezcla de serenidad y de fervor, de conocimiento de las cosas y de apasionamiento por nuestra América y su porvenir.

\*  
\*\*

Tras el alerta ante el peligro, Ugarte propugna la obra positiva, la obra de afirmación a realizarse. El, con Bunge, con Carlos Arturo Torres, con Alcides Arguedas forman el grupo de los que, con ruda franqueza, han denunciado nuestros extravíos, nuestros vicios, nuestras «*Enfermedades sociales*». No le han detenido ni su patriotismo,—que es verdadero—ni ese como pudor femenino de nuestros pensadores, de nuestros publicistas, que creen que un pueblo se deshonra con la verdad de su conducta y que es preciso fundar el crédito social sobre el engaño, a título de propaganda. Páginas tiene Ugarte, en casi todos sus libros de ideología social américo-española que, por su crudo verismo, su desnudez, su transparencia, solo hallarían par en «*Pueblo Enfermo*» de Alcides Arguedas.

La crítica de Ugarte, la búsqueda y la contemplación minuciosa de nuestros males, la fuerte censura de nuestros «*ídolos del foro*»—la dichosa expresión baconiana que se naturalizó en la lexicografía de América al conjuro de Carlos Arturo Torres—la indignación que siente ante nuestras desviaciones por la concupiscencia de nuestras clases directoras; todo lo que en la obra de Ugarte lleva en sí de intención destructiva, el

propósito quirúrgico-político no es, como en la mayoría de nuestros censores de snob, descontentos profesionales, puramente negativa. La destrucción es aquí el necesario antecedente para la nueva construcción.

Para éllo Ugarte propone, de acuerdo con las circunstancias y con su ideal, todo un sistema cuyo norte es la coordinación hispanoamericana, no como mera palabrería cordial, para uso de recepciones y entrega de credenciales diplomáticas, sino con un contenido de realidad deseable, posible, necesaria; como un postulado étnico cuyo cumplimiento es preciso al futuro de la humanidad.

El preconiza la formación orgánica de una gran federación hispanoamericana. Cree, como Ortega y Gasset, en la formación de grandes estados por *incorporación*. Solo que, a diferencia del Maestro Español que sustenta, arancando de las más lejanas raíces de la historia, la necesidad, la eficacia de la fuerza en todo proceso de *integración*, de *incorporación* política, el constructor argentino tiene la esperanza cierta en el milagro del ideal y sobre todo, del sentimiento de defensa ante el enemigo común que se aproxima.

Y ese sentimiento tiene que llevar en sí todas las taumaturgias, porque lo que precisa defender no es solo la independencia, épicamente conquistada, concreta Ugarte; es, además, y principalmente, «una civilización que comienza a definirse». Una civilización hispánica, con mucho de latina, idealista, buena; una civilización que

hemos heredado y que estamos haciendo: no tenemos derecho a dejarla perecer, cuando parece que empieza a brotar con nueva vitalidad, trasplantada en tierra rica y fecunda, con potencia para perseguir en el futuro nuevas y grandes realizaciones universalistas. Una raza que perdió su poderio hegemónico en tiempo de Felipe II, en la empresa de imponer el catolicismo al mundo, porque lo creía la verdad, la felicidad y la justicia, acaso pudiera, en un renacimiento que se anuncia ya, realizar mucha bondad, mucha justicia entre los hombres.

Todas las fuerzas ideales de los países nuevos, todas las perspectivas de mayor fuerza material, trabajan de consuno por el gran anhelo. Trabaja el Enemigo, con su amenaza constante. Ugarte, no cree en los obstáculos inallanables, ve tan claro el camino, que afirma: «Solo se opondrían a la realización del proyecto, las susceptibilidades minúsculas». Solo que, dentro de esas «susceptibilidades minúsculas», minúsculas por su pequeñez moral, se encuentra toda la patología político-social hispanoamericana, que Ugarte, como pocos, ha estudiado tan bien.

Moralmente, espiritualmente, afirma, existe ya la unidad, la armonía. La producción intelectual, particularmente en sus manifestaciones estéticas, es de una inconfundible y característica uniformidad. En lo político, todos somos república. Y por encima de eso, por sobre la comunidad innegable de vicios y virtudes, vigila y atrae, potente, la unidad idiomática.

La eterna e infecunda acusación de utopismo,

de ensoñación, de iluso sentimentalismo, le saldrá al camino. El la espera, él la descuenta. Y su fervor lírico, que solo a ratos se ha escondido tras las indispensables cifras y datos estadísticos, resurge para afirmar su fé y su optimismo indeclinables, y para decir las excelencias de lo que el estatismo mental y volitivo llama quimeras y utopías. *«No nos dejemos convencer por los que llaman ensueño a todo lo que no ha sido vivido aún. El porvenir no es ilusión sino vida inexpressada que espera el instante de surgir y que nosotros podemos traer a la superficie con una flexión de los músculos.»*

El ideal de Ugarte, realista y vidente, lírico y reflexivo a la vez, el ideal de América con el que la juventud ha hecho bandera, se encuentra en este párrafo:

*«Tengamos fé en el porvenir. Robustecida la noción de la grandeza de mañana por las ventajas crecientes que registra el orgullo nacional; vigorizado el ímpetu con ayuda de una certidumbre; ensanchados los horizontes ante la urgencia de cohesionar las patrias, la América española puede aspirar a los triunfos más altos y más duraderos. Todo contribuye a hacer de élla una de las cimas del mundo. Su situación privilegiada que le concede todos los climas, desde el Ecuador hasta el mar austral; su prosperidad inverosímil que la pone a la cabeza de las naciones exportadoras; su juventud viril, su cosmopolitismo generoso y su noble audacia, la transforman en campo abierto a las promesas del sol. Si la prudencia la pone al abrigo de mor-*

tales intervenciones, se podrá decir que la especie ha ganado un campo de oro. Porque no se trata de alternar los egoísmos ni de impedir la tiranía anglosajona para imponer la nuestra, sino de mantener el libre juego de una nacionalidad alimentada internacionalmente para abrir en el mundo, bajo el ámparo de la civilización latina, una posibilidad de acción a todos los hombres.»

Como se siente dura la estrechez de las páginas, y como es fuerte reprimir el deseo de trasladar, con toda su vida caliente y comunicativa, el pensamiento generoso de este hombre continental, de este Manuel Ugarte, hombre de América. Puede la ingratitude en marcha cometer todas las injusticias. No se atreverá con la intención y la obra de Ugarte, con la dedicación de toda una vida ilustre a un ideal desinteresado y humano. Con él se inicia el calendario de los «hombres de toda la América», que tiene un solo Dios: Bolívar. Su pensamiento, borrador de fronteras, está haciendo su obra, y tras la primera voz, las voces se multiplican hacia el infinito....

---

(1) Con motivo del décimo aniversario de la Revolución bolchevista. Ugarte fué a Rusia, invitado oficialmente por los dirigentes de la Revolución y representando a diarios hispanoamericanos. Y ha visto al gran país en pleno período de afirmación. Su pensar al respecto, es ante todo, (mérico-español: si Rusia hace una verdadera campaña antimperialista, estaremos con ella. Pero si, como ya se ha dicho, para combatir al imperialismo colonial inglés, Rusia se apoya en cualquier otro imperialismo, especialmente norteamericano—que es imperialismo de conquista y de invasión a nacionalidades constituidas—no podremos estar con Rusia. Ante todo, por sobre todas las cosas, hispanoamericano...



FRANCISCO  
GARCIA CALDERON



## OYENDOLO

Una hora de plática con Francisco Garcia Calderón, tiene la fisonomía y el sabor de cualquiera de sus libros: es densa de pensamiento, varia, curiosa, guiadora. Y el encanto raro de la distinción amable y de la sencillez auténtica de los altos espíritus.

Su pensamiento es más diáfano, se puede más fácilmente penetrar en él, cuando interroga que cuando responde. La respuesta, en verdad, es concesión que se hace a la inquietud ajena, el tributo que se paga a otra conciencia, buscadora de otro plano de verdad. La pregunta en cambio—y este es el caso de Garcia Calderón particularmente—es la denunciadora fiel de las direcciones internas. Al preguntar el camino que conduce a la Ciudad, declaramos nuestra intención de ir a élla.

Sólo que al campo interrogador de Garcia Calderón, no se le encuentra límite. Sí: la pequeñez, la intrascendencia. El planea por lo alto.



Es por eso que su reposo más bueno, lo encuentra junto a los filósofos, los urgadores de verdad, los creadores de sistemas.

Cómo se interesa por las cosas de América! Su interrogación al hombre nuevo que llega hasta él, es llena de esperanza. El sabe que nuestras cosas de allá andan mal dirigidas, en manos de quienes aún no acaban de anular la obra de Bolívar. Pero espera que un día llegará a Europa un mensajero joven y dirá a los que trabajan por América: comienzan ya a germinar las semillas, el año será bueno!...

Pero ese mensajero no llega. Llegan más bien los hombres nuevos de América cerca de este claro Maestro, con un correo lleno de noticias malas. Y él, para ofrecerles un *sursum corda*, un tónico y un reposo a la vez, los invita a pasear el espíritu por las más altas regiones del pensamiento y del arte, ofreciéndose como guía seguro y generoso.

## EL HOMBRE QUE SABE LOS CAMINOS

Para las juventudes de América, desde hace más de quince años, Francisco Garcia Calderón es el Orientador.

No el guía, actitud de dirección unilateralizada, que supone propósitos de realizaciones inmediatas. No el apóstol, posición de fervor, de apasionamiento, de fanatismo, que engeguece en veces y en pocas deja lugar a la imparcialidad. Su pulcritud de espíritu, su alta elegancia mental—tan alejada del diletantismo como de la analítica frialdad inoperante—le ha hecho hallar un mirador encumbrado de serenidad, para escrutar horizontes, seguir el pensamiento humano en sus direcciones excelsas; sin que ninguna altura le ofusque ni le produzca vértigos...

Es el Orientador. Su curiosidad insaciable, su afán de buscar la verdad y las verdades, a través de sistemas, de hechos, de teorías y de hombres, le ha conducido a una cima de universalidad cultural para muy pocos accesible. Sin embargo, el calificativo de erudito—con su olor insepara-

ble de polilla de archivos y moho de bibliotecas —no puede cuadrarle, se derrota ante él. Es el buscador, el perseguidor de la verdad en marcha.

El pensamiento contemporáneo, vasto, inco-nexo, desorientador, que lucha por la adquisición de otras verdades, por la adaptación y flexibilización de las antiguas para el servicio de una hora humana de vértigo mecanicista, y sobre todo, por nuevas formas de expresión de la sensibilidad y nuevas interpretaciones de lo físico y lo metafísico; se ofrece árduo, laberíntico ante una curiosa juventud hispanoamericana, ávida de comprenderlo todo, inmetódicamente, con interpretación rápida, integral y sintética. Los hilos de la madeja no muestran sus extremos. Es entonces cuando Francisco García Calderón, el comprendedor, ejerce sus funciones. El ha hecho ya, de ida y de regreso, sigue haciéndolo aún, el camino del pensamiento «occidental». Hay que acompañarse con él; él es el índice, la suma metódica, la dirección que salve de los extravíos y de las vacilaciones en la ruta de la curiosidad.

¿Catedralismo? ¿Dogmatismo? ¿Conferencia? ¡Horror! Este gran distinguido, aristócrata del espíritu que sabe de los secretos de la corte-sanía, tiene incompatibilidad sustancial con el aburrimiento espeso de la magistralización pedante, pedestre, de la erudición barata de nuestros *maestros* domésticos. Es encantador, porque arrancando su cultura de viejas raíces latinas, cree en la trascendencia humana, en la eficiencia integral del precepto horaciano. ¿Instruye deleitando? Sí, pero acaso más bien de-

leita instruyendo. Su gran amabilidad, en efecto, realiza la delicada apariencia de dejar como en un segundo plano—de afirmación y solidez—la materia, el *contenido* de la exposición, para presentar esta en toda su nitidez de realización artística. Y no se crea que el *contenido*, es decir el juicio, el pensamiento, la idea, flaqueen, pierdan consistencia ante la preocupación estética de la manera expresiva. Al contrario, porque belleza, en el sentido latino, es armonía y clarificación; y al ofrecernos la idea en un vaso luminoso, el ensayista peruano consigue que podamos hincar más hondamente nuestra mirada investigadora sobre la idea misma. Nos ahorra el trabajo del desciframiento: el árduo combate con la forma, que los filósofos que aspiran a aparecer profundos por lo abstrusos y lo incomprendibles, se lo dejan al lector, Francisco Garcia Calderón lo ha resuelto él mismo, previa y generosamente, con facilidad insuperable.

Porque belleza—y esto es obvio y trivial—no siempre quiere decir abigarramiento, aunque dentro de la complicación formal se puedan crear poderosas realizaciones estéticas. Belleza, gran belleza es la catedral bizantina de Santa Sofia, la catedral gótica de Amiens; pero belleza, gran belleza también son las desnudas columnas dóricas y las simples y esbeltas columnas jónicas del Partenón.

Alta y fecunda estirpe esta de modernos ensayistas hispanoamericanos, que arrancando acaso de Montaigne, del Ensayismo inglés, tiene en el idioma como precursor a nuestro Montalvo

y culmina en América con Rodó, teniendo en España representantes como Unamuno, el desconcertante, como Ortega y Gasset, el maestro de la clarificación y la multicultural, como Alomar, como Araquistain, como d'Ors. Sus obras—yo lo he comprobado en la Biblioteca Nacional de París—se resisten a las clasificaciones por sistema decimal de las bibliotecas modernas; porque si se las coloca del lado de la filosofía, de la crítica histórica o de la exégesis política, los anaqueles de arte y de literatura las reclaman también.

Así, Francisco Garcia Calderón, que tiene un elevado sitio entre los pensadores hispanoamericanos es—con su hermano Ventura, que después de ser un gran cronista, nos ha dado con sus cuentos la esperanza de tener, ¡por fin!, un gran novelista americano—uno de los más admirables estilistas y literatos de habla castellana. (¡Y escribe obras trascendentales en un francés del gusto de Mr. Poincaré y de Mr. Boutroux!)

Como acaso ningún otro intelectual hispanoamericano—en tan alto grado de metódica precisión, por lo menos—Francisco Garcia Calderón, al realizar su obra de Orientador, ha bifurcado las dos grandes direcciones de que ya nos ocupáramos: las dos grandes direcciones de los escritores nuestros que han visitado Europa: mostrar América, como exhibición o como queja a los pocos espíritus «occidentales» curiosos de élla, y mostrar Europa, como visión de asombro, a las miradas siempre ávidas e inquietas, siempre

dispuestas a verlo todo, de los espíritus jóvenes de América.

En la vasta y nutrida obra de Garcia Calderón, las dos direcciones tienen contornos precisos, habiéndose muy rara vez producido simultáneamente:

1° Muestran Europa a América	Hombres e ideas de nuestro tiempo. Profesores de Idealismo. La mayor parte de «Ideologías». El Wilsonismo. El Dilema de la Gran Guerra. La Europa Inquieta. El Espíritu de la nueva Alemania.
2° Muestran América ante Europa	Le Pérou Contemporain. Les démocraties latines de l'Amérique. La creación de un continente. El Panamericanismo. Les courants philosophiques de l'Amérique latine. Parte de «Ideologías».

En la primera de estas direcciones, la mentalidad latina, más propiamente francesa de Garcia Calderón, ha hecho de Virgilio para muchos aprendices de Dante hispanoamericanos, a través del pensamiento moderno occidental, singular-

mente francés, con el que se halla identificado, pudiéramos decir incorporado.

Es gracias a él, en buena parte, aunque él mismo pretenda afirmar anterioridades discutibles, que las corrientes contemporáneas del pensamiento francés se han abierto un camino en América, en la América ganada indiscutiblemente por influencias sajonas, especialmente germánicas, a través de España, la única nutriz efectiva. Es gracias a él, en buena parte, que el pensamiento francés moderno que encarnan Renouvier, Ravaisson, Secretán, Fouillé, Guyau, Boutroux y Bergson, ha sido conocido y seguido, por los intelectuales, por los universitarios latino-americanos.

En los precisos momentos en que, cada uno en su línea, Kant y Hegel, traducidos al español, comenzaban a profundizar su formidable influencia. Cuando Krause «que ocupa rango secundario entre los filósofos de su patria», según Ingenieros e «inmortal maestro» según Adolfo Posada, ejercía una influencia hondísima en nuestras generaciones universitarias, a través del mismo Posada, de Sanz del Río, de Giner de los Ríos, de Alfredo Calderón, de Joaquín Costa. Cuando los libros de Nietzsche, editados por Maucci, se los encuentra hasta en los talleres de los obreros. Cuando la alta voz de Karl Marx, dominándolo todo con su sentido humano, imprimía direcciones y ordenaba caminos. Es en esos precisos momentos—la década anterior a la guerra—cuando Francisco García Calderón publica «Profesores de Idealismo», «Hombres e

ideas de nuestro tiempo» y con su fuerza de simpatía, con su don comunicativo y atractivo, comienza a enderezar los caminos de la curiosidad, hacia el pensamiento galo que «dado el profundo sentimiento antifrancés de los españoles, que en vez de acudir a Bergson optaron por el neokantismo de Marburgo», según afirma Ingenieros, no habría llegado a América por su natural vehículo: España.

¡Cómo el pensamiento francés, cómo los intelectuales de Francia son captadores y retenedores a través de las páginas de Francisco Garcia Calderón! La figura luminosa de Boutroux, la grave y amable de Bergson; Fouillé, el filósofo de las «ideas fuerzas» en su retiro laborioso, y la claridad un poco melancólica de la figura entre todas simpática, de Guyau el malogrado filósofo-poeta.

★  
★

Aquella versión tan socorrida de que la América Hispana—que se quiere a viva fuerza denominar latina—es una hija espiritual de Francia, va pasando ya a los dominios de la leyenda incomprobable. La influencia de la Revolución Francesa se fosilizó en los Himnos Nacionales, —todos malos—en que se insulta a España. Y ningún libro francés de nuestros días ha llegado a producir entre los intelectuales de América, el escándalo, la curiosidad, el debate apasionado que Nietzsche, que Chesterton, que Ferrero que Hartman, que Keyserlynk y sobre todo que

Spengler, el de la «gran peripecia intelectual» de la *Decadencia de Occidente*.

En la literatura, es otra cosa. Con todo, la familiarización extraordinaria de nuestras juventudes con las direcciones literarias francesas de veinticinco años antes de la guerra, hay que convenir en que es debida en notable proporción, acaso decisiva, a que por ese mismo tiempo, Suramérica tenía en París una formidable legión de intelectuales: artistas, ensayistas, poetas. Generación extraordinaria por lo homogénea y poderosa, que no se ha repetido así, en forma de compacta legión, y que parece no estar próximo el momento de su repetición: Rubén Darío, los hermanos García Calderón, Gómez Carrillo, Amado Nervo, Manuel Ugarte, Ricardo Rojas, Rufino Blanco Fombona, Gonzalo Zaldumbide, Francisco Contreras, Enrique Larreta y otros más, que iban y venían, pero que tenían a París como centro. No en el París xenófobo anterior al desastre, que no aceptó, no comprendió y desdeñó a Litz, a Bethoven, a Wagner y a Chopin (1). En el París dolorido, posterior a Sedán y al Sitio, en el París conmovido por la gran ráfaga de humanidad que soplara cuando el «affaire» Dreyfus y que oía y se penetraba aún del gran Zola. En el París que había vuelto a encontrar la sonrisa de Rabelais en los labios—siempre viejos—de Monsieur Bergeret. En el París en que—sin lo hiperbólico del símil con Atenas y Florencia—vivían o acababan de vivir reciente-

---

(1) F. García Calderón—*Ideologías*—Pág. 154 y siguientes.

mente, Baudelaire la fuerza lírica más alta de Francia, que hasta entonces no podía ofrecer un par a Shelley, a Heine, a Leopardi; Flaubert, Gauthier, Goncourt, Maupassant, Mallarmé, Rimbaud, Verlaine, Rodin, Debussy... En un París que, después de oír a Zola estaba oyendo, con las orejas prestas a la persuasión, las palabras de Jaurès, mientras los Gobiernos tramaban las Triples alianzas y ententes preparadoras del gran cataclismo. En un París en el que profesaban y pensaban los «Profesores de Idealismo.»

La gran legión hispanoamericana, vivió en ese París acogedor y brillante, humano y generoso. Y su amor halló campo propicio para el elogio, para la propaganda, para la acción de gracias. Y entonces lanzó a la atonía del continente ingenuo y lleno de curiosidad, el deslumbramiento de ese instante privilegiado de Francia, de París mejor dicho, en poemas inmortales, ensayos, cuentos, crónicas.

El asombro se produjo, el fervor continental fué inusitado: cada país tenía por lo menos su heraldo, su embajador espiritual que mantenía el fuego sagrado de la admiración a Francia, a sus pensadores, a sus novelistas, a sus poetas.

«*La Revista de América*» que fundó y dirigió Francisco, que animó Ventura Garcia Calderón, fué la torre alta para la contemplación de panoramas y también el faro irradiador de luz europea, clara luz de Francia, señalador de rutas. Fue para hispanoamérica como «*Le Mercure de France*» por la autoridad, pero más aún, por su universalismo y su sentido de modernidad, que

la flexibilizaron, haciéndola dúctil a la varia curiosidad de veinte juventudes análogas pero distantes.

Allí, y en los libros de Ventura y de Carrillo, allí y en los versos de Rubén y de Neruo se enseñó a Suramérica—que empezó ya a llamarse «latina»—el culto de Francia, la adoración exacerbada de París. No echemos la culpa a Mürger... No se la echemos—¡menos aún a ellos!—a Rousseau y los Enciclopedistas...

Pero allí en «La Revista de América»,—y este es su más alto valor—se enseñó a pensar continentalmente a nuestra América. Ese bello propósito—leed el editorial del primer número, firmado por Francisco—fué mantenido siempre.

En esas páginas también, coetáneamente, Rodó, Blanco Fombona defendían y propugnaban orgullosamente, un pensamiento, un arte de Hispanoamérica para Hispanoamérica.

Francisco García Calderón caló más hondo que ninguno en el pensamiento francés. Jamás hasta despersonalizarse. Conservó la curiosidad universalista de hijo de pueblos nuevos, desprovistos de historia propia y que, sin tener la atadura en las manos del patriotismo espiritual limitador, puede dirigir la mirada hacia todos los puntos cardinales. (Estos viejos pueblos ilustres, enemigos entre ellos y que entre ellos han puesto tanta sangre al correr de mil años, tienen respecto de nosotros, los *primitivos y salvajes* de la América nueva, la inferioridad—¿será acaso también una superioridad?—de poner fronteras, límites territoriales a lo ilimitable: al pensa-

miento, al arte, a la belleza, a la verdad. No solo el límite diferenciador, indispensable a la clasificación, sino límite de antagonismo, límite de odio que, si alguna vez pudiera ser estimulante, es siempre estrechador de mirajes, cortador de horizontes (1).

Nadie caló tan hondo: «De regiones intelectuales antes no holladas por los nuestros—dice admirable de precisión y de justicia Gonzalo Zaldumbide—mandaba a América el relato maravillado y suscinto. Era nuestro Adelantado. Sus libros, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban a América cargados del pensamiento de Europa. Como en la edad colonial la llegada de los galeones, así muchos esperaban la de sus libros para orientarse y saber por donde iba el mundo pensante.»

Vino luego la guerra, flor monstruosa de esta cultura «occidental», sistemática cultivadora de odios, de inferioridades y de injusticias entre los hombres y los pueblos; fruto horrible de afanes hegemónicos nacidos de la lucha entre pretendidas superioridades raciales sostenidas por las filosofías particularistas y—en el fondo—del choque de la intencionalmente aprofundizada diferencia entre la concepción de la vida y el mundo y de las rivalidades económicas de las dos grandes potencias de 1914: Inglaterra, país anglonormando, navegador e imperialista y Ale-

---

(1) Francisco García Calderón. — Ideologías. — Pág. 414 y siguientes.

mania, nación de dolicocefalos rubios, imperialista, invasora, guerrera que, como siempre en la historia de Europa, tuvieron por campo de batalla a Francia, pueblo franco-galo, belicoso e imperialista que habla un idioma latino aprendido a las legiones de César, heroicamente rechazadas por Vercingétorix...

La vanguardia intelectual hispanoamericana, en su mayoría, casi en su totalidad, se lanzó a la contienda colocándose del lado del *Derecho, de la Justicia, de la Civilización* que se afirmaba estaban encarnadas por Francia. Toda la prensa del continente ingenuo—a pesar de las sugerencias y acaso del oro alemán empeñado en la propaganda—se hizo portavoz de las simpatías ardientes, fervorosas, excesivas en veces, de los artistas y escritores de Sur América, residentes en París.

A esa campaña sentimental, Francisco García Calderón llevó el aporte sustancioso de su pensar docto y profundo. Y mientras los poetas y los cronistas de emoción explotaban la fuerza abstracta, de valor improbable, de las grandes palabras: Justicia, Derecho, Barbarie, Civilización, él, ponderado y sabio, se horrorizó ante la catástrofe con filosófica medida y, frente a «esta guerra adusta», como llamara alguna vez al cataclismo, intentó la defensa del pensamiento latino, de la cultura armoniosa como un teorema de Pitágoras o un postulado de Euclides, representados a su pensar por Francia. Alemania, en cambio... Habla para América siempre: «Vencedora Germania en esta epopeya de Violencia,

nada respetarán sus legionarios y sus profesores tutelares. El éxito sería la confirmación de religiosas presunciones. *Por eso no he comprendido en algunos suramericanos el culto a la fuerza injusta: dominada Europa, vencidos los Estados Unidos, serían esas repúblicas de civilización incompleta, «Halbkulturvölker», territorio seguro de expansión política.*

Pasó la ráfaga. En el triunfo aliado, en el triunfo de Francia, alguna parte ya hoy olvidada, tuvo la ardiente campaña de los hispanoamericanos. En momentos en que políticos y estadistas de alto vuelo desconfiaron del triunfo, cuando planeaba *«au-dessus de la mêlée»* el espíritu de un intelectual grande y puro como Romain Rolland, ellos no desconfiaron. Francisco y Ventura Garcia Calderón lo saben más que nadie... José Garcia Calderón, el adolescente noble y glorioso, símbolo vivo del amor de América a la libertad y a la razón, regó con sangre nueva y fecunda estos viejos campos de odio...

No ha sido, como vemos, solo de palabra y de idea la adhesión de esta noble familia peruana a la causa de Francia. Sangre de espíritu y sangre de vida, compenetración mental, fervor ideal de un generoso patriotismo adoptivo, todo. Me parece haber visto, en la solapa de Francisco Garcia Calderón, un día, en la calle, la cinta roja de la Legión de Honor... ¿Es que este gran país no tiene nada mejor que eso para pago de una deuda tan grande?...

Ventura ya lo dijo, ante la reciente exacerbación de la xenofobia gala, cuando la deprecia-

ción monetaria de 1926: «Un día nos colgarán del primer farol».

El Armisticio. Todas las voces de la tierra tuvieron en ese momento el sonido de campanas de resurrección. Tras los horrores de la pesadilla, tras el humo de los últimos cañonazos, Europa que había preparado muchos—¡pero muchos!—hombres para la guerra, hasta el punto de que no sobresaliera ninguno; no tenía un hombre—¡uno solo!—para la paz. El hombre que se necesitaba para escribir la paz, iba a prestarlo América. La misma América, —la inglesa, no la nuestra— que había alimentado con oro y con armas la matanza sabia, la misma América que, con el peso de su millón de hombres jóvenes y frescos, inclinó del lado que le convenía—del de sus deudores,—la balanza del éxito. La América del Norte dió a Europa a Woodrow Wilson para que ordene la paz, como poco tiempo despues había también de prestar a Dawes para que aclare y ordene el problema odioso de las reparaciones.

Francisco Garcia Calderón creyó en la figura rectilínea y en la voz predicadora del apóstol yanqui, porque la fé es necesaria, porque la fé es fuerza operante y eficiente, en momentos como aquel, no vividos por la historia humana. Creyó, como creen los hombres de su elevada disciplina mental, con fé que no excluye la crítica, con esperanza y amor que no obstan al análisis. Mas, la ferocidad ambiciosa y vengativa de los vencedores, la disonancia de una voz apaciguadora—porque no había sufrido—en

momentos de odio y, finalmente, la descalificación de su propio país, echan por tierra al Pacificador que «apoya su ministerio en barcos y cañones, en la fuerza material y moral de cien millones de hombres ingenuos y viriles»; a este nuevo apóstol rubio que predica paz y amor «pero que no acepta el último acto del drama místico, la crucifixión.»

En este momento de olvido y menosprecio universales, Garcia Calderón hace, con urgadora capacidad sintética, la exégesis del Wilsonismo, que es para él el gran ideal universalista y humano, pero viciado de un ingenuo desconocimiento de los males terribles que aquejan a esta Europa, «mosaico de religiones y de razas»; en cambio «excelente cuando se aplica a naciones uniformes, generadoras de unidad en América». Mientras impere el Wilsonismo en las direcciones de Washington, será la unión panamericana una asociación eficaz.» «El Wilsonismo anuncia en América largos años de armonía continental.» «El cristianismo fundamental resurge en la capital de un Estado democrático...»

Su amor a la verdad se impone siempre, al contemplar y con-vivir la historia, a sus ardientes preferencias de europeo, de «occidental»: «Europa—y ya hemos citado esto en otra parte—no solo el mundo sajón, sino también las naciones de abolengo latino, ignora o desdeña a la América española. Ninguno de sus políticos repite la profética frase de Canning; ninguno prepara la alianza de la América y el Occidente Europeo, contra la futura hegemonía sajona.»

¿Ha aceptado la América española el wilsonismo esencial, el espíritu «cristiano» de las prédicas del Pacificador? «Existe en el nuevo continente un enemigo natural del Wilsonismo: Chile» afirma F. Garcia Calderón.

La literatura política del Perú, ha tenido desde la Guerra del Pacífico, la tendencia a encontrar una clara analogía entre la situación chileno-peruana y la franco-alemana posterior a la guerra de 1870. El Perú vencido, dejando en su derrota dos de sus provincias, cuya nacionalidad futura queda sujeta a una hipotética arbitración plebiscitaria, es la imágen de la Francia posterior a Sedán y a la Paz de Francfort, que sufre el desgarrón de la Alsacia y la Lorena, esas dos provincias sobre las que el imperialismo ambicioso de galos y de francos y el militarismo germano, han vertido tanta sangre a través de un milenio.

Garcia Calderón, patriota integral, que confunde en una misma altura generosa de amor su tierra y Francia, se muestra sensible a la herida de su patria. Y entonces... generaliza. ¿Existen en América países enemigos del pan-americanismo? Este momento, la opinión es unánime: todos. ¿Acaso por falta de cumplimiento del ideal wilsoniano? ¿Acaso, más bien por un rudo proceso de resuelta aplicación de ese ideal? ¿Un hipercumplimiento del mismo? ¿Méjico, Nicaragua, Panamá, Cuba, Haïti?

No solo es eso: existen también, fuertes, arrogantes, los enemigos-gobiernos, los enemigos-estados del ideal cristiano de concordia y de

paz. Del ideal hispanoamericano de fraternidad.  
Del ideal bolivariano de federación.

Chile, declara F. Garcia Calderón. Acaso, pero en un plano de igualdad al de muchos otros países. Preciso es recordar, por ejemplo, que junto al pleito en que el Perú reclama un rol de víctima, sostiene también al norte y al oriente otros pleitos, no por menos escandalosos, de menor trascendencia que el debate del sur. Y Ecuador y Colombia ven en el Perú el país de los arreglos imposibles y de las constantes invasiones... Es por esto que, estados de estructuración étnica y territorial idénticas, de una sola historia, (separadamente no tienen historia afirmadora de nacionalidad ni Colombia, ni Venezuela ni Ecuador ni Perú) ahondan de odio una frontera nacional inexistente, alejando cada vez más la posibilidad de llegar a la fusión bolivariana, paso indispensable o por lo menos conducente a la federación hispanoamericana total, que yo créo algo más—mucho más—en el terreno de las realizaciones históricas posibles, que un sueño de «profesores de utopías».

\*  
\* \*

Tras el fracaso wilsoniano y la realidad de una paz construida con barro y ladrillos de odio, comenzó el derrumbamiento de esperanzas. El mundo hizo una pausa, y las grandes voces anheladas callaron. Se oía solo el rudo golpe de martillo de la gran fragua rusa, y el rumor sordo de cadenas con que, entre gesticulaciones tea-

trales, se amarraba al pueblo que habita la tierra cien veces ilustre de los Gracos, de Bruto, de Galileo y de Savonarola.

Se plantearon entonces las grandes interrogaciones. Y toda esa ansia de hincar la mirada en el destino, todo ese frenesí de saber, fué recogido en un vuelo de águila, por el espíritu amplicomprendivo de Francisco García Calderón. Las dispersas preguntas anhelosas hallaron su cauce en «*El Dilema de la Gran Guerra*» planteado con admirable fuerza lógica, con resuelta exactitud.

Las grandes palabras esperadas fueron de desánimo. La fé en la Sociedad de la Naciones—parto de los montes de la Guerra—ya comenzó a expresársela solo en discursos diplomáticos, cortados todos en el patron sensiblero que diera Briand. «Occidente», había perdido sus caminos. Y entonces, de la vencida Alemania, de las triunfantes Inglaterra, Italia y Francia, ya sea con vano aparato apocalíptico, o con plañidera voz de treno, salieron las desencantadas profesías: Spengler, Ferrero, soltaron la palabra de derrota: decadencia.

Como en los periodos trágicos de 1917, cuando la duda comenzó a hacerse del espíritu de los aliados abatidos, de los franceses en especial; como en la época del *derrotismo* que solo pudo ser tonificada—no por los gritos estrangulados del «Tigre»—por la entrada de los Estados Unidos en la Guerra; siempre, la fé y la esperanza de este peruano en los destinos de Francia y su cultura—en los destinos mismos de Europa

y la cultura occidental, han sido más fuertes y confiadas que las de los voceros de la «inquietud blanca». «Sin extrema esperanza», afirma él mismo, ha seguido los rumbos de «la Europa Inquieta». Y es verdad su decir: hombre que espera más que los europeos mismos en el futuro de este mundo ilustre, jamás, con todo, ha de esperar extrememente. Porque su espíritu es así ponderado, armonioso, lejano de los extremos, hasta de los santos extremos de esperanza! Y, desde el fondo de mi fervor, yo comprendo este alto poder de iluminación, que vé y hace ver a los otros la verdad en marcha sin inclinar, ni con la parcialidad de amor u odio ni con la falsedad tendenciosa, el fiel de la balanza.

No quedó satisfecho su anhelo de penetrar en el futuro europeo con la revista aguda, pero necesariamente rápida, que nos ofreció en «La Europa Inquieta.» La inquisición que debió hacer para ese libro, le descubrió el punto esencial sobre el que se debía dirigir las miradas urgadoramente: Alemania.

Cuando este ensayo se hallaba ya casi cerrado (1), nos llega la nueva cosecha de este gran segador, en forma de haz apretado y maduro. Tras un receso de algunos años—no receso de trabajo, inconcebible en este hombre rítmico como la pulsación de un cuerpo sano—sino simple receso de libros, nos entrega uno tras otro, con diferencia de de meses solamente, estos dos

---

(1) Octubre de 1927.

tomos: «*La Europa inquieta*» y «*El espíritu de la nueva Alemania.*»

Este último libro, es un gran logro de poder de comprensión y síntesis. De sistema expositivo y clarificación también. Gonzalo Zaldumbide dijo ultimamente de Garcia Calderón que «tiene el don de los grandes temas, que maneja continentes.» Otra vez encontramos aquí, más puro y más alto, al ensayista admirable de «*Le Pérou Contemporain*», «*Les Démocraties latines de l'Amérique*» y de «*La creación de un Continente.*»

Francisco Garcia Calderón busca en «el espíritu de la nueva Alemania» la clave recóndita del futuro europeo. Y para hallar ese espíritu, sigue rigurosos sistemas de interrogación, anheloso siempre de dar con la verdad más alta.

Interroga a las organizaciones políticas, a los viejos y a los nuevos partidos, que no son sino el remozamiento de aquellos con cambio de nombre, y halla dentro de los diversos matices de aspiración y de realización, una conformidad unánime: Alemania no quiso la guerra, no fué la sola nación a prepararla. Alemania no ha sido tampoco vencida, sino en forma circunstancial, en una como primera Guerra Púnica contra Inglaterra, la moderna Cartago insular.

Luego, es a los espíritus rectores a quienes se dirige la inquietud penetrante de Garcia Calderón.

A Rudolph Eucken, que proclama sobre la locura del materialismo, «el Reino del Espíritu.»

Al Conde de Keyserlink, fundador de la «Academia de la Sabiduría» y que predica la «per-

fección interior.» Sigue su evolución a través de los viajes del sabio por la India, el Japón, la China, los Estados Unidos, y nos dice cómo, tras esos viajes, se afirma en el contraste entre la maquinización moderna, exacerbada en Norte América, y el recogimiento espiritual de Oriente, que será el solo medio para curar nuestra indigencia moral. Keyserlink, que piensa al *chauffer* como al tipo representativo de la era actual, prevé la llegada del «periodo de la universalidad» de la «era ecuménica», en la cual Alemania será «uno de los más importantes miembros de la humanidad en marcha.»

Es luego Walther Rathenau—la voz clara y justiciera, pedidora de justicia, al menos, que se elevó tras la catástrofe—y que fué abatido por el fanatismo. Un judío, un plutócrata, que cree también en el espíritu, que abomina también de la mecanización y que, sin sostener egoístamente los derechos de su clase, propugna la justicia y quiere que Alemania abandone sus impetus «de poder y de imperio», y que evite igualmente las dos dictaduras: pretoriana y proletaria.

En pocas páginas, netas y elegantes, sintetiza García Calderón, con sus dones de claridad admirable, toda la difusa y brillante edificación spengleriana, de difícil exégesis, por la exuberante amplitud. Y tras el pesimismo negro del profeta y tras el veredicto implacable de «decaencia» que hace pesar sobre la cultura occidental, habrá siempre la esperanza fuerte del germano que sostiene la primacía de su raza, aún cuando sea solo para presidir pomposamente a

la muerte, al «invierno», de la cultura «fáustica.»

Henrich Mann, mantenedor del pacifismo, declara que «el patriotismo no es mandato divino» y que Alemania, las grandes naciones, son las bases de una patria mayor, porque los nacionalismos, escuelas de odio o de muerte, serán vencidos o dominados.»

La problemología religiosa de la nueva Alemania, retiene la mirada insistente de García Calderón. Y observa cómo el cristianismo, religión semita, oriental, predicadora de renunciamiento, de resignación, no puede cuadrar bien a un pueblo fuerte, voluntarioso, impulsivo. Existe pues la tendencia marcada a volver los ojos a las viejas divinidades tutelares, restaurar el culto de Wotan y de Odin, conservando acaso la lección de moralidad del evangelio.

Especialmente inquietadora, porque élla contiene el secreto verdadero de la nueva Alemania, la actitud de la juventud germana preocupa a García Calderón. Encuentra en élla un sentido fuerte de integralidad, un deseo de cultivar con igual intensidad el cuerpo y el espíritu, el hombre total del precepto latino. La lucha contra el pudor, contra la vergüenza del cuerpo, producto de religiones y de civilizaciones descaminadas. La exaltación de la desnudez, del amor fecundo e instintivo, fuerza conservadora de la especie. El amor al campo. Un profesor amado de la juventud, Wineken, sostiene un inmoralismo vigoroso y puro, el culto de Eros, «una pura y noble *paiderastia*—empleamos la clara palabra griega, despojándola de su impura significación

moderna—es principio aceptado en las escuelas libres.»

Ya ha desflorado en otras páginas el fenómeno de la inclinación del espíritu alemán hacia el Oriente. Desencantado acaso de su acercamiento a Occidente, en la imposibilidad actual de dominarlo, de plasmarlo a su imagen, el teutón se regresa hacia los generosos caminos que llevan al reino del espíritu, en donde se cree en la perfección por el dolor y el amor, antes que por la finanza y por la máquina. Es entonces cuando, por sobre la influencia demasiado cristiana, demasiado predicadora de Tolstoy, se eleva la del sombrío profeta de barbas ralas y ojos torvos, Fedor Dostoïevsky, influencia que empieza a entrar, con paso insensible, pero seguro, en el mismo corazón de occidente. Es la regeneración por el dolor, la puerta de esperanza, la clara luz de optimismo que este apóstol sombrío ofrece a la Alemania derrotada, sufrida, humillada. El dedo largo del autor de «Los Hermanos Karamazoff», señala a la nueva Alemania los caminos del Asia, de la cual, según la expresión de Valery, Europa no es sino un cabo geográfico.

Para concluir el cuadro magistral, Garcia Calderón contempla el último momento de la situación de Alemania entre los otros pueblos: «Se examina la parte que corresponde a cada nación en la culpa general y se empieza a establecer una especie de solidaridad en la impia preparación de la catástrofe.» Y encuentra que si bien el espíritu rector—encarnado en las voces humanas más altas—se dirige hacia la paz, buena

para la vida y para la perfección interior, con todo, la nueva Alemania ni acepta superioridades ni se resigna con disminuciones.

## EL HOMBRE QUE «MANEJA CONTINENTES».

Pero busquemos ya en Garcia Calderón al contemplador de los problemas nuestros, al gran sintetizador de cuestiones hispanoamericanas.

Tres libros encierran su ideología y su esperanza en los destinos de la América Española. Debemos decir tres principalmente, porque en casi todos los suyos, se roza el amplio vuelo de su espíritu con esos pueblos nuevos, «limpios de hombres», que dice Vasconcelos, sin acordarse que los pocos hombres que existen, han sido bastantes para emporcarlo todo. Esos tres libros son: «*Le Pérou Contemporain*» y «*Les Démocraties latines d'Amérique*», escritos en francés con el designio de atraer la atención de Europa, de Francia, hacia Hispanoamérica; y «*La Creación de un Continente.*»

\*  
\*\*

*Le Pérou Contemporain* es una obra de sana propaganda patriótica. Es también, por su extensión, por la cantidad de datos acumulados,

por el cuidado analítico y el empeño observador, la obra más considerable del autor. A través de toda élla se siente, sin que decaiga un instante, un ritmo ditirámico, profundamente filial. Y ese ritmo constante, explicable y loable, conduce alguna que otra vez al espíritu sereno del autor, hacia la acusación, hacia la recriminación prolongadora de odios.

Es una obra de propaganda. En su primera página hallamos una carta geográfica con un Perú visto con lentes de gran potencia, en el que se encuentran comprendidas cuatro quintas partes de la República del Ecuador... y una buena parte de Colombia. Propaganda de la hidalguía, del quijotismo peruano, que llega hasta los sublimes extremos de luchar, de vencer, y de no saber porqué ha luchado ni vencido. Propaganda del suelo peruano, de su legislación generosa, copia fiel de la legislación francesa. Y una tendencia marcada a mostrar a Francia la similitud ennoblecedora que guarda con élla el Perú. Y la que con Alemania guarda Chile. Tacna y Arica es una *réplique* de Alsacia-Lorena.

*Le Pérou Contemporain* es un libro escrito bajo el influjo del espíritu político europeo de la década anterior a la conflagración. Se siente allí todo el entusiasmo por la maniobra internacional conducente a las alianzas equilibradoras que, fatalmente, condujeron al cataclismo. «*Au lieu de chercher une unité américaine impossible, une solidarité aujourd'hui difficile, elle (la diplomacia peruana) doit accepter la fatalité des choses, cultiver ses affinités traditionnelles avec*

*d'autres pays du continent, renouveler, s'il est possible encore, cette alliance avec la Bolivie et l'Argentine qui est la condition de l'équilibre américain, et renoncer à unir ce que les caractères séparent. Et, dans un plan plus général et plus vaste, tout en défendant les droits de la raison, de la justice et de l'idéal dans le continent américain, se préparer par une série d'alliances et de rapprochements fondés sur l'intérêt et la sympathie des peuples, à reconquérir la place traditionnelle du Pérou dans l'Amérique libre.»*

La última parte del párrafo citado, sobre entiende una curiosa teoría de Garcia Calderón: la necesidad de que los estados hispanoamericanos, siguiendo sus tendencias, sus afinidades, sus orientaciones, busquen fuertes alianzas—no pudieran llamarse mas bien, dada nuestra inferioridad, semi-protectorados?—con las más poderosas naciones europeas y los Estados Unidos. No queremos ahondar el exámen de esta proposición, que la Guerra Europea y los golpes de garra de Yanquilandia han derrotado y anulado plenamente. Pero, dada la época en que fué lanzada y el momento internacional europeo, es fácil explicarla y comprenderla: un espíritu europeo como el de Garcia Calderón, que ha hallado la suma de las perfectibilidades humanas en estos viejos pueblos ilustres, es natural que hubiese querido que ellos nos prohijen y aleccionen para entrar en la vida y que, como en el reparto de *mandatos* de la Sociedad de las Naciones, nos agreguemos en grupos presididos por la afinidad y la simpatía, en primer lugar, a

Francia, luego a Inglaterra y Estados Unidos. Chile y el Brasil debieran poner sus destinos bajo el signo de... Alemania. Pero no: ya que no hemos querido ni podido ser *nosotros mismos*, ni como naciones ni como individuos, y todo lo hemos copiado, sin detenernos un momento a discernir sobre lo que pudiera sernos asimilable y conveniente; si ya hacemos la caricatura de Europa en mil cosas pueriles, no la hagamos también en las cosas mortales y trágicas, no le aprendamos a fomentar el odio entre los hombres, no la sigamos en su ciencia perfeccionada en la matanza de hombres. Y no «reproduzcamos en el continente americano, el mismo antagonismo comercial y político que existe en Europa.»

El libro, en general, está escrito ante la esperanza que ofreciera a los pueblos costaneros del Pacífico, la apertura del Canal de Panamá; y es, en grande, como obra de un espíritu de la elevación intelectual de García Calderón, un libro de propaganda peruana ante Europa, ante Francia especialmente.



*Les démocraties latines de l'Amérique*, es el libro central de la obra americanista de García Calderón, en el que se contiene más clara y amplia la exégesis de su pensamiento y su doctrina.

Imposible pretender, dentro del estrecho marco de este ensayo, dar una idea, por somera que sea, de un libro entre todos nutrido y denso.

Algo de lo mejor que hasta hoy se haya hecho, como resúmen, como monografía del nacimiento, la evolución y el porvenir de la América Española. Con criterio aguileño, de altura en altura, Francisco Garcia Calderón ha encontrado, entre el farrago de nuestra historia desarticulada—la historia vivida y la historia escrita—, el dato, la información sobresalientes, capaces de dar origen a deducciones, a inducciones, a generalizaciones. Y tras elogiar la sabiduría del selector de datos, preciso es asombrarse ante la magia captadora del estilo, vivo y caliente, sin perder el ritmo interior y exterior, poemático a ratos. Frases se encuentran, a cada instante, buenas para grabarse en bronce, como exergo de medalla. Y párrafos enteros—esos maravillosos en que nos cuenta la vida colonial—hacen pedirle, como a tántos otros que han pasado tan cerca, la novela, la gran novela americana que tánto esperamos y que él, urgido por los mandatos categóricos del conocimiento, tampoco nos dará.

Rigurosamente sistematizado en el plan y su desenvolvimiento, este libro sería casi didáctico por su claridad, si no fuera una suma, un compendio demasiado superior y apretado.

Primeramente, sienta las bases étnicas de la nueva estructura: la raza conquistadora, el español de los siglos XVI y XVII, aventurero, hidalgo, idealista. Piensa que los compartimientos raciales españoles: vascos, andaluces, catalanes, castellanos, gallegos, fueron a América en busca de afinidades climatéricas y, acaso, oscuramente etnológicas, y entonces, la diversidad provin-



cial peninsular, ha sido trasladada a América: «*Les Andalous arrivent au Tropique; les Basques recherchent les régions tempérées et dans les villes abondent les castillans.*»

La contemplación de las «luchas por la independencia», es rápida, vibrante y reflexiva. Naturalmente, García Calderón convencido de la multiplicidad y complejidad causal de los factores sociales, desecha las discusiones dilemáticas sobre que, o solo fueron causas económicas o solo fueron causas políticas las productoras de la revolución libertadora. Desecha esa discusión esencialmente paralógica—traslado de la que anteriormente se sostenía respecto de la Revolución Francesa—y acepta la pluralidad de elementos en la preparación del espíritu revolucionario.

Las figuras de los precursores están señaladas allí. Y entre ellas, como una inscripción para grabarse en mármol eternizador, la de «un personaje byroniano, el venezolano Francisco de Miranda.» Son luego los grandes capitanes, los libertadores. Entusiasta y justicieramente recordado, el ilustre argentino San Martín, al que compara a Washington. Y, grande entre las grandes, la imagen inigualada de Bolívar. Hermoso caso el de este peruano justo, que no continúa, que no aviva «ese duelo entre muertos», como llama Vasconcelos, con su precisión habitual, al eterno paralelo, siempre parcial, siempre tendencioso, que se hace ya en el norte, ya en el sur de Hispanoamérica, entre el general argentino y el Libertador. Hermoso caso porque la

literatura peruana, sin excluir a don Ricardo Palma, ha ofrecido frecuentes ejemplos de injusticia contra Bolívar. Garcia Calderón muestra a Europa, como quien ha hallado por fin la fruta intachable de su huerto propio, sin reservas vergonzantes, sin la salvedad de proporciones ni relatividades, la figura formidable del organizador, del capitán, del «imperator», del legislador y del vidente. No presenta un hombre «grande para nosotros», ni «el hombre más grande de América», solamente. Este Bolívar que Garcia Calderón enseña a Europa está presentado orgullosamente, en un sentido pleno, presto a sostener comparación, sin miedo a disminuciones de perspectiva, con los hombres más grandes de todos los siglos.

Tras la epopeya de la libertad, el pretorianismo ambicioso, la soldadesca matadora de los destinos de América. Empieza a producirse el despedazamiento, en parcelas casi siempre inconsultas, del gran todo soñado por el Genio. Y ese periodo negro, que aún no se aclara en América—excepto solamente la Argentina y, acaso, el Uruguay—está así precisado por Garcia Calderón: «*La comédie politique se répète périodiquement; une révolution, un dictateur, un programme de restauration nationale. Anarchie, militarisme, sont les formes universelles du développement politique.*» Sobre un punto esencial no podemos estar de acuerdo con Garcia Calderón: él afirma que los dictadores profesan el americanismo. Y la verdad es que, ni en el periodo a que él se refiere, ni en el momento

actual—uno de los menos democráticos de la historia de América—han habido peores enemigos del ideal americano que los tiranuelos de todos los países. Más bien el gesto contrario—el de un Juárez, por ejemplo—hace excepción rarísima. La busca de apoyos extraños, aún con mengua de la dignidad nacional, para imponerse a las poblaciones descontentes, ha sido la regla. Actualmente, ¿cual la rémora más fuerte para que pueda pensarse en un estrechamiento de lazos, ya que no en una federación americana, que nada, de acuerdo con la crítica histórica positiva, tiene de imposible?... Las dictaduras, las tiranías, las autocracias grotescas que hoy dominan en la gran mayoría de nuestros países! Cada sargentón, cada tirano busca aislarse, quedarse solo, frente a todo proyecto que signifique un paso a la unidad; en cambio, gusta mantener una inútil diplomacia fastuosa, ya para dorar las apariencias, para tener premios que dar a sus servidores incondicionales, o destierros disimulados a personas estorbosas.

Tiene Garcia Calderón un criterio clasificador: fija en características peculiares los compartimientos, los sectores de países durante el primer siglo de independencia. Hace un encasillado: así, unos representan el «caudillismo», otros «el principio de autoridad», otros «la anarquía política.» Esta clasificación, que no fué exacta ni en el tiempo en que fué escrito el libro, ha sido barajada hoy con los veinte años—cargados de la Guerra—que le han pasado por encima. Y estos veinte años, como los primeros ciento tras

de la independencia, nos han demostrado que el mal de América, como su raza, como su lengua, como su religión, es el mismo en todas partes, en sus lineamientos esenciales, desde la frontera yanqui hasta la Tierra del Fuego. Amenorado un tanto en las tierras más abiertas y mejor situadas: Brasil, Argentina, Uruguay. Y en las otras, igual. ¿No vemos ahora como se ha dedicado América a hacer una caricatura de las dos últimas tendencias europeas extremas, bolchevismo y fascismo? De este último, sobre todo? De la primera, en México se está imitando la matanza de hombres y el feroz jacobinismo religioso—ambas cosas que van calmando en Rusia—Y de la segunda, el fascismo, sólo se ha tomado lo más ridículo, lo más malo y burlesco: el espectacularismo, la opresión sorda y criminal, el pretorianismo frenético.

\*  
\*\*

Tras el panorama político, nada satisfactorio, el espíritu se reposa siguiendo por los caminos del desenvolvimiento intelectual, la traza de este guía seguro y docto que es Garcia Calderón. Se siente la tierra más firme con este certero orientador. Los ensayistas tumultuosos, los grandes panfletarios, mezclando siempre la literatura a la política, románticos, idealistas, combativos. Los literatos luego, los cronistas, los novelistas, los poetas. Y finalmente el cuadro del pensamiento filosófico, ilustrado con figuras nobles y severas.



El espíritu latino—ya que no la raza latina—de los países suramericanos, se halla amenazado, según García Calderón, por tres peligros: Alemán, Norteamericano y Japonés.

Ese espíritu latino amenazado—indisciplina, superficialidad, brillantez, entusiasmo, optimismo, sociabilidad, inteligencia, imaginación—preciso es defenderlo. Y defenderlo, no significa que no se corrijan los defectos de la raza, ni que se aprovechen, respetando siempre la propia personalidad, las buenas enseñanzas de las otras razas: «para que las democracias americanas adquieran espíritu práctico, una actitud tenaz y una bella energía, no es necesario que ellas renuncien a su lengua, a su religión, a su historia», proclama este espíritu de alta cultura europea a la faz de los *practicistas* y de los *yanquizantes*.

Frente al peligro alemán, el ensayista peruano es francamente optimista y el japonés lo aterroriza. Respecto del primero, ya en su libro «*Le Pérou Contemporain*» preconiza para su patria, como saludable, la inmigración teutona, y sus temores respecto del Brasil, Argentina y Chile, han sido desvanecidos o por lo menos alejados indefinidamente por la guerra. La amenaza nipona, también parece haberse alejado un poco, ya que el Japón ha limitado sus actividades actuales a convertirse en mantenedor de la hegemonía asiática.

Ante el imperialismo norte-americano, la serena medida de Garcia Calderón analiza, reflexiona, acumula datos de la historia y de la realidad. No ataca, no defiende: contempla. Pero una contemplación activa, que pide defensa y que—con sobrada razón—más se acerca al reproche de nuestras faltas y de nuestras turbulencias, que a la acusación inmoderada contra el imperialismo. Los últimos manotazos yanquis sobre Nicaragua, merecen acaso más que nuestra protesta, nuestra vergüenza como hispanoamericanos y como hombres. Mientras exista esa casta de muñecos criminales y burlescos que se venden y venden a sus patrias por nada, el peligro yanqui no hará sino crecer.

Cuba es para Garcia Calderón un tipo de experiencia. (La acusación a España es demasiado acre, por sus errores de colonizadora; pero no hay que olvidar que España con su africana barbarie, no ha llegado donde hoy, en pleno período «locarneo», llegan los cultos pueblos de «occidente»: bombardear Damasco para «proteger» la Siria, matar millares de chinos, en los precisos momentos en que sensibleramente se juega el sainete de plantar «le petit olivier», orillas del lago de Ginebra.) Todas las viscisitudes de la isla encantadora están contadas. Y evocada la figura excelsa de Martí, figura casi bolivariana que engrandeció el martirio. Refiriéndose a Cuba, Garcia Calderón plantea el horrible dilema y lo resuelve así: «Alternativa dolorosa: independencia o riqueza, progreso material o tradiciones. La elección es penosa

entre la dignidad y el porvenir. Solo una inmigración abundante, bajo «tiranos buenos», bastante fuerte para hacer la paz durable, una nueva orientación de la vida nacional que haga los negocios, la vida rural, la industria, más importantes que la política, podrían salvar a este país de la trágica suerte que parece estarle reservada.»

\*  
\*\*

El problema de la unidad hispanoamericana, que hoy y siempre mantiene el primer plan entre los problemas continentales es, desde Bolívar, un capítulo de meditación para los intelectuales americanistas. García Calderón, en principio, sostiene la unidad de esos pueblos hoy dispersos. Propugna que, en ninguno de los otros continentes, ni aún dentro de nacionalidades constituidas en Estado Político como Alemania, los Estados Unidos, la misma Francia, se hallan tantas características reunidas de unidad y de homogeneidad, como en la América Ibero, desde la frontera yanqui hasta el cabo de Hornos: la raza, la religión y esa como chispa eléctrica de cohesión que es el idioma, clamando están por una federación de pueblos, cuyas fronteras recientes—cien años apenas—fueron trazados por caprichos y ambiciones soldadescas—la eterna lepra nuestra—, pero que se están ahondando de odio, de desconocimiento, de incomprensión y, algunas veces, de sangre. Hasta aquí, la voz de García Calderón entra en el gran coro america-

nista iniciado por Bolívar y que, desde hace un cuarto de siglo sobre todo, va adquiriendo verdadera magnitud sinfónica: Ugarte, Blanco Fombona, Ingenieros, Rodó, Palacios, Vasconcelos. Y tras ellos, una juventud internacionalista y amplia de pensar, que parece proponerse la formación de una red de ideal operante por sobre todo el continente. Lástima que sus esfuerzos se desarticulen y, personalizándose por el mal de *leaderismo*, lleguen a anularse.

El punto de vista de Garcia Calderón, deseo de *factibilidad* para el anhelo de unidad y defensa de los países nuestros, es también bolivariano: la constitución de «tres o cuatro Estados poderosos» de acuerdo con las condiciones geográficas, políticas, demográficas, etc., que establezcan una efectiva y actual afinidad.

Para el problema de la raza, el remedio está en la inmigración, sostiene. Hay que detener, sobre todo, los avances del negro, y evitar así que «el Continente vuelva a su primitiva barbarie.»

Y para concluir, el acto de fé, juvenil y optimista: acaso en estos pueblos hoy divididos y anárquicos, se encuentre la postrer reserva de la latinidad. Cuando eslavos y germanos dominen Europa y empujen a los pueblos del mediterráneo hacia «el mar azul, poblado de islas griegas y de símbolos ancianos como el mundo, es posible que el antiguo mito se realice de nuevo y que la antorcha que lleva en sí el ideal de la civilización latina, pase de París a Buenos Aires o Río de Janeiro, como de Roma a París en la época

moderna, como de Grecia a Roma en la época clásica.)

\*  
\*\*

«La Creación de un Continente» es otra grande síntesis del pensamiento americanista de Garcia Calderón. Pero su actitud, intención, son diferentes a las de «Le Pérou Contemporain» y «Les démocraties latines de l'Amérique». El propósito de propaganda, noble y loable, de aquellos libros, está lejos de aquí. Hallamos más bien una ansia de verdad reconfortante, junto al amoroso análisis de la realidad. Es más sincero porque tiene un sentido de interiorización, de adentramiento en *nuestra* verdad americana, para descubrir los caminos que se deben seguir. Tiene además, el afán noble de totalizar el ideal, desprendiendo ya un poco el destino de América, de los destinos de otros pueblos, muy ilustres, a los que siempre se lo ha querido mantener atado.

Es también un libro en el cual Garcia Calderón, orientador claro siempre, no puede mantener oculto un cierto sentido apostolar, que no asoma en ninguno de sus otros libros, lúcidos de exégesis comprensiva. Aquí hay el empeño de dar a América una filosofía de su destino, un anhelo de definir y exaltar el ideal: «*Por nosotros pasa una larga trepidación que viene de la tierra profunda.*» Y hallamos el señalamiento de caminos—pleno apostolado—y la prédica unciosa y convictiva.

Su motivo central es la unificación hispano-americana. Tras el examen de sus posibilidades, tras el análisis agudo de todos los factores que la determinan y de todos los factores que la obstan, nos ofrece un largo señalamiento de orientaciones eficaces. No con el nervio y la potencia del estadista: con la amplia y superior visión del intelectual, con la pre-visión del poeta.

Sostiene la existencia del «americanismo» del sur. Ya aquí encontramos un comienzo de rebeldía contra la tésis pesimista del mejicano Bulnes que, repitiendo lo que han dicho todos los sociólogos anglosajones, el lugar común que se halla hasta en los textos escolares de origen europeo, afirmó que el trópico era incompatible con el desarrollo de las grandes culturas. Ya sabemos cómo combate y destruye este sofisma infecundo y pesimista, la vigorosa anticipación vasconceliana.

Condena el «nacionalismo», cuando significa suicida política de fraccionamiento: «Es más fácil, en América, crear nuevas repúblicas que organizar las ya constituidas en confederaciones.» Pero la acepta cuando entraña rebeldía contra la invasión extranjera que despersonaliza, que mata la leyenda, que impide la formación autóctona del espíritu continental; «defendemos, dice, en religión, en sistema de gobierno, en letras, en educación, una progresiva autonomía.»

Después de reconocer, a todo lo largo de la obra, los defectos de nuestros pueblos, no se resigna tampoco a aceptar la plancha de hierro de inmerecidas acusaciones que Europa, despéc-

tivamente, hace pesar sobre ellos, con su magistralidad inapelable. «Si se compara la pregonada estabilidad europea con la situación de aquellas democracias temblorosas, se evidencia que no se han librado de la antigua anarquía las naciones occidentales.» Y el libro es de data anterior a la Guerra! Pondera nuestra sólida y virtuosa organización familiar, nuestro amor a la libertad... Y su optimismo proclama: «comparando los dos términos de la evolución centenaria, el confuso origen y la actual robustez, los progresos de un siglo de vida autónoma son un hermoso canto de victoria.»

Veinte años han pasado también ya por sobre este libro tónico, esperanzado y generoso. Su autor de nuevo ha hundido su mirada en los problemas europeos. Acaso por justiciero desapego al presente de América?... Sí; el presente de América es demasiado duro. Y quienes desconsolados de la anarquía epiléptica de los primeros años de este siglo, honrados y previsores, anhelaron un poco de autoridad ordenadora y llegaron a preconizar, para ciertos países, los «tiranos buenos», habrán palpado con desesperanza esta era de dictaduras burlescas, de «tiránias malas», como lo son y lo han sido todas las tiranías. Es por eso que García Calderón nos calla hoy su pensamiento sobre América. Siente la inutilidad de decirlo en esta hora de embrutecimiento político cuasi continental y de simiesca imitación de lo más malo de Europa. Pero lo que ya dijo, es iluminador. Por sobre la angustia del momento —los momentos de la historia duran cien años

—la fé alta y rectora de un espíritu como el de este gran americano, sostendrá los esfuerzos buenos de las juventudes. Su alto magisterio de clarificación, será uno de los aportes más eficientes a la obra de rectificación de los caminos de la América española.

La entonación del libro es, por sobre todo, y sin excluir el pensamiento y el análisis, profundamente lirica. No importa su declaración inicial de que «renuncia a la utopía». No importa que reproche a Manuel Ugarte el que «termine como poeta un libro que comenzó como sociólogo.» Oid este final, lírico como el principio, profundo también como el principio de este libro admirable:

«Una extraña predestinación parece reservar al Nuevo Mundo la gloria de futuros inéditos. Lo anuncia un poeta en la serenidad de las noches áticas: es la Atlántida de Platón. Lo adivina un visionario en la loca incertidumbre de sus carabelas. Allí comienza, como en la profecía virgiliana, un nuevo orden de siglos. Atrás, en el pasado brumoso quedan las castas irreductibles y los troncos macizos. La América es tierra de libertad, *el ensayo final de un planeta fatigado que aspira a redimirse de sus primeras creaciones*. Todas las razas se congregan para realizar en el Continente el milagro esperado. Nuevas estrellas violan el misterio de las selvas confusas, y en la tierra amorosa centuplican su virtud generadora los antiguos gérmenes. Se suceden en este mundo absorto rutilantes epopeyas, desde la odisea de una casta hidalga, hasta la guerra

a muerte por la libertad. A orillas del Plata heráldico, Buenos Aires tentacular, Montevideo reformadora; en la rumorosa majestad del Trópico, Rio de Janeiro dominadora, anuncian por su imponente avance la futura grandeza de las naciones fraternales: sobre lentas crisálidas adivinamos ya el dorado vuelo de alas audaces. Crece el capital de gloria humana: la romántica locura, el desinterés, la anarquía viril, que es la embriaguez de la libertad, la ambición de dominar el aire, de violar con rieles audaces el flanco de las cordilleras, todas las formas del heroísmo vesánico florecen en esta América desmesurada y pródiga. Quizas está ella destinada, desde el origen de los tiempos, a que en sus doradas mesetas nazca, hijo del Sol, como en la leyenda de los Incas imperiales, señor de las cumbres orgullosas y de los ríos tutelares, avasallador y solitario, el Superhombre.»

ALCIDES ARGUEDAS



## EL HOMBRE Y LA CASA

A cuarenta kilómetros de París, en el tranquilo pueblo de Couilly, Alcides Arguedas el combativo y rudo observador social de «Pueblo Enfermo», el historiador en grande de la «Historia de Bolivia», el novelista americano de «Raza de Bronce», ha hallado su retiro.

Couilly es uno de esos pueblitos franceses sin corazón, sin centro vital que ritme la diástole y la sístole de la vida aldeana: un pueblo sin plaza, en fin (1). Pueblos que no pueden ser comprendidos por nosotros, españoles e hispanoamericanos, que sabemos todo el valor de una pereza sabia y cálida, con cantos de gallo y sonidos de fragua, en la botica o en la barbería, hablando mal de todos con el cura o bostezando con el farmacéutico! La *villa* de Arguedas, una verdadera villa francesa, acastillada, con árboles centenarios, jardín, huerto. En medio, la casa, esbelta, espaciosa, de piedra gris, con el infalible sombrero de calle, de pizarra azul. Ocupa el centro topográfico de la aldea, a pesar de sus

---

(1) Vasconcelos. — Indología. — Pág. 33 y siguientes.

dos buenas hectáreas de tierra laborable... Junto a ella el ábside románico-ojival de la iglesita, la escuela, la alcaldía, el correo, los almacenes en donde—lo asegura Arguedas—se halla todo, todo lo que se vende en París..., la estación del ferrocarril. Allí, en la estación, le conocemos, pues su amabilidad exquisita lo ha llevado a recibirnos—a recibir a otros amigos también,—para conducirnos hasta su residencia.

Vive al amor de sus rosales, de sus manzanos. Siente intensamente el placer de la jardinería y, más que su obra, tan valiente, tan honda, más que su historia de Bolivia, le preocupan, en esta primavera, su jardín y su huerto. ¡El amor de la tierra, tan de hombre grande, y tan americano también! En estos nórdicos valles regados por el Marne, de estaciones rudas y de tierra fértil, hay seguramente algo de la inclemencia de su meseta boliviana. ¡Y su afecto no es sino una transposición!...

Vive, como dirían los franceses *en gentil-homme campagnard*. La casa, el castillo de Arguedas, que el nombra con una impronunciable e irrecordable palabra aimará, cuya traducción es: «Esta es mi casa», tiene impreso el sello del hombre, en todos sus rincones. Libros en todas partes, dispuestos con amoroso afecto de bibliófilo, que gusta del libro bien tenido. Hasta las revistas, hasta las colecciones de periódicos se alinean, rígidas, en los escaparates, empastadas por el mismo Arguedas, cuidadosamente. En la vuelta a la casa que, como un hidalgo castellano, nos ha invitado a hacer, en-

contramos libros, en estanterías, definitivamente instalados... hasta en la sala de baños.

Libros y... Venus. En el salón, reproducciones en mármol de la Venus de Milo. Reproducciones fotográficas en grande y pequeño formato. En la sala de billar, vasta pieza del segundo piso, a la altura de los ojos, un friso contornea los muros en toda su extensión, hecho con fotografías de todas las venus existentes, desde las praxitelianas, perfectas de pureza y armonía, hasta las modernas y voluptuosas de Canova. De allí el que no hayamos podido comprender qué papel podían hacer allí, en la misma sala, junto a las muestras más excelsas de lo que puede el hombre en sus creaciones de amor y de belleza, los retratos de los hombres de la carnicería de 1914-1918: Lloyd George, Clemenceau, Foch y Wilson... (¿Acaso Arguedas es también de los que creen que Francia es heredera de Grecia, y que el triunfo aliado es el triunfo de la civilización greco-latina que los mármoles eternos simbolizan?... ¿Ama más bien Arguedas el contraste entre lo bello y lo terrible?... Acaso no. Será una mera coincidencia decorativa, o dos líneas de admiración no convergentes.) Y, si dentro hemos hallado Venus, en todos los sitios, sí, señor, en todos!, fuera, en los jardines, bajo los pocos árboles que el hacha de Arguedas respetara, hay amorcillos, en los jarrones de las columnas que abren caminos a las platabandas.

Nos cuenta sus trabajos, no aun los del escritor ni los del rebelde, sino los del jardinero, los del castellano:

—Todo esto—y el ademán de la mano de Arguedas calcula más de una hectárea—estaba sembrado de árboles muy viejos. Encinas centenarias, castañeros, robles... Yo tuve que cortarlos. Hacían mucha sombra sobre mis ventanas. Quitaban la vista del valle. Y luego, había que hacer lugar para las rosas, para los manzaneros, para el huerto. Personalmente, yo mismo he cortado algunos. Es muy entretenido. Se los ata con una cuerda, de lo alto de la copa hacia la tierra, en la dirección en que se los quiere hacer caer. Luego se corta el tronco, hasta la mitad; el peso los agobia. Al abatirse, se quejan... Hoy, tengo leña para muchos inviernos. Troncos espléndidos, que van a calentar muy bien, que harán muy buena brasa. Y así como arriba hay libros y hay venus, abajo en el sótano hay leña, mucha leña. Realemnte, para muchos inviernos.

(Esta tarea de leñador, pienso, es la favorita de los luchadores en receso. Empuñaron el hacha para el desbroce social, para la apertura de senderos en el bosque, para hacer claros de luz en la maleza. Luego, forzadamente, por la ausencia, por la proscripción, no pueden continuar su obra, en el mismo terreno. Pero la mano se ha habituado ya al manejo del hacha, el ritmo del golpe que prepara el barbecho para la siembra, se ha hecho necesario, y continúan golpeando, y siguen abatiendo las encinas centenarias, los castaños, los robles... aún cuando sea en la villa tranquila y pintoresca de Couilly...)

De la hecatombe, se han salvado unos pocos, solamente. Ellos son el blasón de antañería y

una prueba de misericordia. Bajo su sombra benévola, y junto a los rosales nuevos plantados por Arguedas, que empiezan ya a perfumar timidamente este mayo retardado, se enhebra la conversación. (Estos rosales, lo hemos dicho ya, ocupan el sitio de los árboles cortados y viven en armonía con los supervivientes: Arguedas destruyó lo viejo, no todo lo viejo, para sembrar, como en los libros. Y aquí, en Couilly, la armonía se halla establecida, por lo menos. Yo no sé lo que en Bolivia haya ocurrido, después de «Pueblo enfermo...»)

Este gran sencillo, que sabe que hemos venido a escucharle y a verle, no a preguntarle nada, con programa ni interrogatorio, habla. Habla de Bolivia, *la tierra*, como él la nombra en evocación nostálgica, que quiere ser indiferente. No puede ocultar su desencanto profundo de luchador ante el fracaso del ideal de sus campañas. Ante la *enfermedad* de su *pueblo*, que han exacerbado políticos y politiqueros. No, no es el narrador ya impasible por la ausencia larga y la desilusión: Alcides Arguedas, cuando cuenta, cuando recuerda, vuelve a vivir el entusiasmo o la angustia, el abatimiento o la cólera de las cosas vividas, impresionadoramente sincero... Escenas de su vida política, conjuraciones taimadas de baja astucia politiquera, deslealtad, ausencia de principios y de ideal en los partidos y en los hombres. Pero sobre eso, aunque no lo proclame declamatoriamente, Arguedas ama entrañadamente a *la tierra*, a su extensa y rígida Bolivia, inhumanamente encerrada entre las

abruptuosidades de los Andes, a la tierra que abraza a *la raza de bronce*.

El sentimiento, la casi seguridad de no volver, la secreta angustia del retorno cada vez más lejano, hasta tocar de cerca los límites de lo imposible, son las graves sombras que cruzan sobre la buena, la sencilla paz que Alcides Arguedas ha podido encontrar en esta aldea pintoresca de la Isla de Francia, que parece no haber oído, en su mansedumbre, el cercano ladrido de los cañones alemanes de 1914, que tocaban las puertas de París.

¿Retornar? ¿Para qué?, pensamos, en efecto. Solo se retorna de verdad a la madre. Venimos desde ella a los largo caminos y desde ella partimos a los grandes acasos y a las grandes verdades. Cuando la madre ha muerto mientras la ausencia larga, no se retorna ya, no se vuelve jamás a la tierra nativa. Es un viaje nuevo, hacia otro acaso extranjero, una nueva aventura, como todos los viajes. Y en este, ni siquiera existe ya la ilusión de asombrarse ante los paisajes no vistos, de los sonos de una naturaleza inaudita. Yo lo siento así, tras el dolor supremo. Solo cuando la tierra nativa—no la patria, que es cosa bien distinta, con olor de pólvora y sonido de rifles—conserva aún para nuestro espíritu un prestigio maternal, solo cuando la tierra nativa es aún madre se puede, profundamente, retornar a ella. Pero las tierras nativas nuestras,—que quieren ser patrias, cubriéndose con el lodo de la politiquería la rústica cara sencilla—casi

nunca se conservan madres. Si se ha sido bueno, sobre todo, si se ha sido sincero.

Es el caso de Arguedas, el combatido, el ultrajado, el calumniado, el incomprendido autor de «Pueblo Enfermo», el libro más patriota, por rudamente sincero, que se ha escrito en América. Supo decir verdades, sonoras como bofetadas, en la cara de una sociedad, de una política, de una dirección nacional desorientadas. Y se gritó, arteramente, que esas verdades, sonoras como bofetadas, habían sido lanzadas sobre la «faz sacrosanta de la Patria.» Asomó la gran palabra, la que solo se nombra para encubrir iniquidades e injusticias, en esas tierras nuestras, las menos patriotas del mundo. Y la mentira y la traición se parapetaron tras élla, para acosar a un hombre justo y bueno, para golpear a Alcides Arguedas, patriota de verdad, como ninguno.

Solo se retorna, de verdad, a la madre. Cuando la tierra nativa, queriendo ser patria por torcidos caminos, deja ya de ser madre, ¿para qué retornar?...

¡Pero, es tan triste llegar a la certidumbre de esta gran orfandad!... Alcides Arguedas, al decirnos de su arraigo quizás definitivo en esta acogedora y libre tierra de Francia, que acepta y que confunde, ha velado su voz, su voz varonil de luchador, con el recuerdo de su Bolivia inmensa que acaso más que de su estaño y de su oro, necesita de hombres como él para ser grande.

No volverá, sin duda, pero sigue sirviéndola. Continúa y seguirá hasta el fin, la dedicación integral de esta vida fecunda, al amor de la

tierra. ¿Han hecho más que él, tanto como él, por la gloria, por la prosperidad de Bolivia, los políticos, los financistas, los internacionalistas bolivianos?...

Todas las mañanas, después de injertar y podar sus rosales y contar cuantas flores de manzanero han cuajado y fruteado, sube a su escritorio que domina el valle, y escribe la página cotidiana de la «Historia de Bolivia.»



## LA OBRA

Joaquin Costa es, sin duda alguna, entre los intelectuales españoles é hispanoamericanos contemporáneos, el precursor de la literatura social que preconiza la «política quirúrgica», precedida de un profundo, de un audaz y sincero diagnóstico, que no oculte ni aminore—en obsequio de un pseudo patriotismo—los horrores patológicos del «caso nacional».

El recio y poderoso pensador aragonés, cuya obra vasta y nutrida es una gigantesca epopeya de dolor angustiado, rudamente destructor y cuyo distintivo es, según Azorín, «un hondo amor a la realidad, a la tierra, al pueblo», fué sin duda el Animador de la conciencia española, después del desastre colonial. Después de él, tan alta y profundamente como él, pero con una noble serenidad filosófica, realiza ese apostolado el luminoso castellano Ortega y Gasset.

Nadie como Joaquin Costa hincó tan hondamente la mirada en el problema español, en la vida española. Descubrió en el espíritu y en el cuerpo de la gran nación enferma, los síntomas seguros de una inminente descomposición orgá-

nica, las marcas de una africanización muy avanzada y, por sobre todo eso, la agonía del ideal, del carácter, de la hombría. Todo lo que vió, todo lo que analizó, la verdad española íntegra, negra, dolorosa, la dijo en alta voz, con su rotundidad aragonesa implacable, exponiéndose aun a que espíritus tan altos como don Miguel de Unamuno, lo llamen «nuestro gran Jeremias español, Profeta de desventuras.»

Con lógica de hierro, ineludible, planteó la fórmula reconstructiva: «europeización de España», hacer de España «una nación contemporánea de la humanidad.» Para éllo, señaló los caminos: «crear hombres». Hombres sanos de cuerpo por la buena nutrición, por la higiene; hombres sanos de espíritu por la educación.

Y este español, que amó a España más que nadie, este gran fervoroso de la realidad, que quizo que «se cierre con doble llave el sepulcro del Cid Campeador», y que España se olvide un poco del pasado para contemplar perseverantemente el porvenir; comprendió que una obra de resurrección no se opera con homeopatías, no se produce con cordiales: necesita el milagro. No el milagro extraño de ningún fanatismo, no tampoco la *magia* que preconiza Keyserlyng, sino el milagro de la propia voluntad hiperestesiada, el «faquirismo político», la «operación quirúrgica.» ¡En suma: la revolución!...

También en nuestra América, y con gran anterioridad, podemos señalar a Juan Bautista Alberdi, como un verdadero Precursor en la obra espiritual de construir nuestras patrias y la

gran patria total hispanoamericana, sobre la base de decir la verdad, toda la verdad, con indómita franqueza, sin lisongear patriotismos chicos, y con la visión neta de todos los aspectos de la realidad que, en países infantiles, en plena crisis de construcción, de conquista y de afirmación de su personalidad, tiene que ser oscura, vacilante, desorientada en veces.

Esa manera de ver y de decir la verdad, cada verdad nacional que es, en suma, la verdad hispanoamericana, tiene en Alcides Arguedas un mantenedor leal, comprensivo, valiente.

Su patria, Bolivia, la nación más meridional de las que independizara Bolívar en la Grande Aventura; ese vasto territorio interandino y suprandino, que tiene las montañas más altas de la gran cordillera; esa extensión enorme de territorios, en la que hay todas las riquezas y todas las desnudeces de la naturaleza; el país de los fabulosos asientos mineros; Bolivia, centro de la gran civilización indígena de Tahuantinsuyo y en donde, hasta hoy, existe mayor proporción de raza aborigen que en los otros países de Suramérica; Bolivia, largamente disputada por Buenos Aires y el Perú; Bolivia, en fin, con la tragedia de su incomunicación con el mar, ha sido el *caso patológico* estudiado con profundo amor y, por lo mismo, con ruda franqueza, con amarga sinceridad, en el ya famoso libro de Alcides Arguedas, «Pueblo Enfermo», en su voluminosa y bien tratada «Historia de Bolivia», en su fuerte y colorida novela «Raza de Bronce.»



Hace muchos años a que cayó en mis manos, en una ciudad superandina también como La Paz, en Quito, «*Pueblo Enfermo*», el discutido y vivamente comentado libro. Habíase abierto el camino de mi espíritu, por los juicios y noticias que ponderaban la ruda, la excesiva sinceridad del autor, para presentar el cuadro vivo de una realidad nacional dolorosa, cuya miseria había sido pintada con colores demasiado negros. Se trata de una obra antipatrótica, se afirmaba, antiboliviana, perjudicial a los intereses de toda la América indoespañola ya que, dada la similitud étnica, lo que se dice de un país, puede entenderse que es aplicable, en mayor o menor grado, a todos.

Alguien me había asegurado también: «es increíble que no sea el Ecuador el pueblo estudiado y al que se refiere Arguedas; si exceptuamos las características físicas—muy semejantes, pero no iguales a las nuestras—y ciertos detalles peculiares a la región boliviana, el resto, es decir todo: los vicios y corruptelas estudiados, el dolor y la miseria social, la mayor parte de las apreciaciones étnicas, pertenecen y son aplicables al Ecuador también.»

Con estas incitaciones, entré pues, al libro de Arguedas. Un libro del que se sabe que contiene verdad y que ha sido escrito con amor y por un alto amor, atrae tanto como un libro en el que se realicen concepciones o anhelos de belleza. Los dos son bellos y los dos son verdaderos.

Era en 1911, vísperas del cataclismo. Mientras en Europa—como ahora nuevamente—se llenaban de pólvora los proyectiles y se provocaban concursos y congresos, donde triunfaba el que tenía un proyecto o una idea sobre la forma y manera de matar más rápida y certeramente; en América, en la nuestra, se estudiaba, al amor de ideales generosos, los problemas trascendentales de la patria, del continente, de la especie.

Rodó predicaba un suave idealismo; Bunge penetraba en la entraña de nuestra psicología social, planteaba y resolvía problemas educacionales; Ingenieros, además de sus estudios penales, sociales, filosóficos, definía el alcance del hispanoamericanismo; García Calderón propugnaba, serena y reflexivamente, desde su alto mirador europeo, la comprensión y el acercamiento de las patrias latinas, «hijas espirituales de Francia»; Carlos Arturo Torres combatía el fetichismo político, «los idólos del foro»; Ugarte predicaba el evangelio de la unión hispanoamericana, para detener los avances arrolladores del imperialismo sajón; filosofaba Vaz Ferreira; iniciaba su hermoso apostolado Alfredo Palacios; urgaba en la historia—terrible enemigo de lo incomprobado—Carlos Pereira. Y Ricardo Rojas, Varona, Antonio Caso, Henríquez Ureña, Blanco Fombona, García Godoy y muchos aún, trabajaban, profesaban, ideaban.

Hispanoamérica se había recogido a pensar en sí misma, a inquirir en su pasado, a interrogar a su destino, audazmente. Y una brillante juventud, de sólida mentalidad, preparada univer-

sitariamente, que había visto el mundo, se dedicaba a estudiar problemas sociales, étnicos, políticos, estéticos; al mismo tiempo que la otra cohorte, la de líricos y cronistas, de la que alguna vez hemos hablado, que tenía a su cabeza a Rubén Darío.

Fué una época de verdadera floración mental y, francamente, a pesar del amor que tenemos a «nuestro tiempo», que no es el presente sino el que va inmediatamente a venir, preciso nos es confesar que aún no se perfila la generación que deba reemplazar a aquella; así, en bloque, en legión compacta y homogénea. Quizas sea el mal del *leaderismo* que, según me decía hace muy poco Vasconcelos, ha atacado a la juventud hispanoamericana, el responsable de éllo. Nadie quiere formar en la fila, todos quieren ir a la cabeza. Pero, fuera de eso, estamos en un período de pausa, período que todavía pide ser fecundizado por los *novecentistas* y que aún no ha sido formalmente tomado por ninguna generación posterior. Existen si, individualidades aisladas, que no pertenecen al período anterior, que no actuaron en él: José Vasconcelos, acaso también Alfredo L. Palacios, no solo por el tiempo, sino por la ideología.

En medio de esa producción espléndida, que había despertado por todo el continente curiosidades e inquietudes espirituales en la juventud subsiguiente, asomó, austero, veraz, iconoclasta, lleno de increíbles atrevimientos, «Pueblo Enfermo», el famoso libro de Alcides Arguedas. Era la voz de Bolivia en el concierto—en ese

concierto en que mi país, el Ecuador, ensimismado en su pasado ilustre, no tuvo representante—voz ruda, fría, cortante como viento de páramo. Voz noble, piqueta destructora, pero azada para la construcción, también.

★  
★

Consciente de la trascental significación que la influencia del medio físico, del factor naturaleza ejerce en la morfología política y social, Arguedas se detiene a ver, a contemplar el vasto territorio de Bolivia.

Es la altísima meseta interandina, la *puna* inmensa, lo primero que nos muestra. La *puna* boliviana, es el páramo del Ecuador. Pero, si en este país plenamente tropical, la perpendicularidad de la radiación solar atenúa el exceso de frío que produce la altura; en Bolivia, en cambio, país marcadamente austral, la influencia de la altura se produce en toda su intensidad glacial. La elevación de la *puna*, afirma Arguedas, oscila entre los 2.500 y los 3.824 metros sobre el nivel del mar. De la *puna* habitada y habitable, se entiende. Allí, sobre la gran meseta, en lo más alto, está La Paz, la capital de estado más elevada del mundo.

En la gigantesca barrera occidental de la *puna*, que mira hacia el Pacífico, las montañas más altas del continente, doran su nieve eterna al sol. El clima no tiene variaciones esenciales: la una época es más seca, la otra, es más lluviosa. Siempre frío. El cielo es de una limpida pureza

y las estrellas se lavan bien de día para mejor brillar de noche, sobre todo en invierno. La inmensidad de la planicie es desoladora en esta época. Arguedas no describe. Pinta. Hace algo más que pintar, transfunde la sensación de soledad, de muerte: ...«la pampa, en invierno, dá la impresión del mar, de un mar muerto, sin olas, sin furores, lúgubre, hostil. Allí no se sorprende la vida, sino la nada. En medio de esa quietud petrificada, de esas sábanas grises y polvorosas, donde las caravanas, por numerosas que sean; semejan grupos de hormigas decrepitas sobre la vasta extensión de un plano, se siente tal abandono, tal soledad, que el espíritu no tiene ánimos de remontarse, de soñar...» ¿No estamos ante la evocación pictórica, *impresionista*, de la estepa siberiana?

Allí, en esa inmensa soledad helada y gris, habita, ha habitado siempre el indio boliviano. En medio de una naturaleza enemiga—no en el sentido de que presente lucha, de que oponga resistencia—, sino en el de que aplasta y deprime—se ha desarrollado una raza, una civilización.

De las otras dos regiones en que la naturaleza ha dividido al país, la Amazónica presenta las mismas características climatológicas que las zonas tropicales: es cálida, enfermiza, feraz. La del Plata, tiene clima intermedio y es esencialmente minera. Minero es todo el país.

En este suelo, de inmensa extensión, capaz para contener holgadamente cien millones de pobladores, vive, disperso en unas pocas ciudades y aldeas, alejadas increíblemente las unas

de las otras, y en chozas esparcidas al azar de los campos, un pueblo de dos millones de habitantes, el pueblo boliviano, el «pueblo enfermo».

Sus vías de comunicación son escasísimas, como en casi todos los pueblos de América, sin salida al mar para echar libremente los ojos hacia el mundo; indígena y española, Bolivia se reconcentra y ofrece las condiciones de un país hispanoamericano en particular aptitud para ser estudiado y para que las observaciones en él recogidas puedan, en mayor o menos amplitud, ser extendidas a los demás pueblos afines.

Su problemología, acaso agudizada en ciertos aspectos y en estado de crisis, es la problemología hispanoamericana. Solo el aspecto de la inmigración, con la importancia trascendente que se presenta en otros países, no asume en Bolivia una extensión apreciable. La busca de una personalidad nacional sintética, a través de una caótica inmigración cosmopolita, problema acaso el más complejo de la América, en el presente y en el porvenir, apenas, muy lejanamente se perfila en este país mediterráneo, a pesar de la atracción que su subsuelo ofrece, con la fabulosa riqueza de sus yacimientos minerales, especialmente del estaño. Las minas no retienen hombres, llaman solamente brazos para la explotación, pero no ofrecen hospitalidad acogedora.

\*  
\*\*

Tocamos acaso aquí el punto central del pensamiento de Arguedas, al estudiar «el problema

étnico boliviano.» Comienza por afirmar, invocando la autoridad de Onésimo Reclús que «Bolivia, acaso menos que ningún otro pueblo, ha recibido poco contingente de sangre extraña» y que «una gran parte de este pueblo—estas son palabras de Reclús transcritas por Arguedas—dícese de descendencia española, aunque en el fondo sea de origen indígena, con poco o nada de *sangre azul* en las venas.»

Y la concepción de Arguedas, inspirada sin duda con las teorías de Gobineau y Vacher de Lapuge, parece ser la de que la raza indígena americana, como todas las que se alejan del tipo arya establecido actualmente en el noroeste de Europa, no tienen aptitudes para crear ni aún siquiera para adaptar rápida y utilmente la civilización, entendiéndose por civilización únicamente la «occidental.»

Acepta resueltamente, como Sarmiento el gran gobernante y educador argentino, los beneficios de la hibridación, del mestizaje por medio de la inmigración de razas fuertes, sanas y cultivadas. «De no haber predominio de sangre indígena, dice, desde el comienzo habría dado el país orientación consciente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias idas de este viejo continente.»

Más que creerlo fundamentalmente inapto para la cultura al indígena, al aborígen, Arguedas piensa que acaso por una selección natural o social—¿Darwin?, ¿Spencer?—está llamado

en breve a desaparecer. Esta abolición del criollo autóctono, esta eliminación, este *effacement* del indio, del Aymará hosco y hermético de la zona llamada interandina, la realizará, más que la lucha con corrientes humanas superiores «ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza.»

De esta hostilidad perenne entre el hombre y la ingratitud de la tierra y su desolación deprimidora, surge la derrota de aquel, su deformación moral y física, su perversión, su inferioridad, su anulamiento progresivo que, de día en día lo van conduciendo, implacablemente, a la extinción.

Arguedas no quiere, seguramente, esa extinción. Le habría gustado, habría indudablemente preferido un mayor predominio de la raza blanca, en actual producción de cultura en el mundo. Pero el problema del indio, ya planteado, con su dolor y su esperanza halla un eco de simpatía profunda en el fondo humano y justo de este noble espíritu.

Su dirección mental sobre la inferioridad del indígena, entraña indudablemente una resistencia pasiva, una especie de resignación. Felizmente, aquello de la inferioridad, pudo o puede aún tener su base en *buscas*, en *recherches* actuales de la etnología, de la antropología, de la historia, pero que están muy lejos de ser «verdades adquiridas», postulados indiscutibles o siquiera sólidamente aceptados por la ciencia social contemporánea. En la amargura misma de la denuncia, vibra un anhelo piadoso de salvar

a esa raza, de defenderla, de redimirla. Más que las rudas páginas de «Pueblo Enfermo», las emocionadas y dolorosas de «Raza de Bronce», hacen el alegato entusiasta de los pobres indios.

Al final de «Pueblo Enfermo», en la parte afirmativa y constructiva, en la que insinúa un señalamiento de caminos y esboza un plan terapéutico, Arguedas, cuyo pensamiento inicial nos inquietara, humaniza aún su visión primitivamente desconsolada y, generosamente, declara:

«Por desgracia, las fatalidades de raza, bien que se las niegue, parecen ser un hecho o por lo menos se imponen con carácter dominador en cierta clase de manifestaciones.»

«En Bolivia, el indio, elemento principal, tomado aisladamente, puede ser susceptible, no solo de adaptación, sino de educación sólida; pero será siempre nulo en obras de iniciativa y busca personal, pues, por temperamento, es esencialmente misonista, es decir, enemigo de lo nuevo. Reúne bellas cualidades, a no dudarlo. Es fuerte, sobrio, económico, valiente, paciente, tenaz, aguerrido. Su sentimiento del deber, hoy anulado por la ignorancia del *haber* y su amor exagerado al terruño, a todo lo que lleva marca de su propiedad, lo hacen recomendable, indispensable, si se quiere, pero no hasta el punto de preferirlo—como se piensa—a una inmigración seleccionada e inteligente. Todas estas buenas cualidades, combinadas, harían de él un obrero, o mejor, un agricultor ejemplar y un soldado incomparable (¿Por qué querrá Arguedas hacer soldados a los infelices indios?) y por

é llo,—a lo menos por lo pronto—se debe tomar como medida urgente imponer, por medio de la propaganda continua, a que los poderes públicos se esfuercen en cambiar sus condiciones de vida. Hay muchas leyes que la protegen; pero, como casi todas las leyes entre nosotros, solo se quedan escritas, si no son violadas por los mismos encargados de aplicarlas. que es lo general.»

*«Fuerza es desarraigar del sentimiento popular el prejuicio de que la raza indígena está irremediablemente perdida y es raza muerta. Eso de que blancos y mestizos se crean de arcilla diferente y vean en el indio cómodo elemento de explotación, delata pernicioso estado de espíritu en la colectividad.»*

Acojámonos, con el autor de «Pueblo Enfermo», a la esperanza en los milagros de la educación, en la taumaturgia de la justicia, todos los que ningún momento hemos perdido nuestra fé en ellos. Y creamos que el indio aborigen de América, allí donde ha vivido, allí donde lo encontró el descubrimiento y la conquista; en sus punas agrias y hostiles, en sus llanuras fértiles, en sus montañas y en sus bosques, allí podrá pervivir y desarrollar sus aptitudes para la cultura y para la vida. Pensemos que esas mismas agrupaciones étnicas, cuya unidad antropológica parece estar suficientemente demostrada (1) supieron crear y mantener civilizaciones

---

(1) Qui a vu de près un Indien les a vu tous; quelque différence, en effet qu'il y ait quelquefois entre eux, ils conservent une ressemblance générale qui frappe l'observateur et qui ne permet pas de douter qu'ils appartiennent

admirables, como la de los Incas, la de Tahuantisuyo, la de los Mayas, Toltecas y Aztecas.

Sin el choque hispano que, a pesar de su generosidad y amplitud, laboró y sigue aún laborando el proceso de anulación de la raza vencida; acaso desde el siglo XV hasta hoy, los aborígenes de América, cuya cultura en ese tiempo no era inferior a la que entonces tenían algunos de los actuales pueblos de Europa, siguiendo el ritmo de su vida cultural en ascendente lógica de afirmación, hubieran llegado a crear una civilización considerable. En el camino de la legislación, en el camino de la justicia, parece que habían ya andado más largo que los pueblos occidentales, aferrados en aquel tiempo, como ahora aún, al individualismo del Derecho Romano, confirmado y acentuado por la Revolución Francesa.

Es ante esa hipótesis, ante esa gran posibilidad, dentro de la morfología histórica, que hay quien se pregunte si, desde el punto de vista filosófico,

---

nent à la même race... Il faut ajouter que mentalement, si on peut s'exprimer ainsi, ils sont tous les mêmes. — V( GAUD H. — « *Le problème du peuplement initial de l'Amérique.* » — *Journal de la Société des Americanistes de Paris*, 1922.

Sous des appellations diverses et malgré que ces tribus parlaient des idiomes différents, il faut reconnaître en elles, semble-t-il, un seul groupe ethnique. Et celui-ci, occupe encore aujourd'hui le même espace que ses aïeux.

Ses caractéristiques ethniques, rappelons-le, sont les suivantes : petite taille, brachicéphalie, cheveux noirs et lisses, pommettes saillantes, nez proéminent. Nous avons trouvé ce type partout où nous avons suivi les traces des grandes civilisations indigènes. — LES RACES ET L'HISTOIRE. — *Introduction ethnologique à l'Histoire.* — Eugène Pittard, Professeur d'Anthropologie à l'Université de Genève, 1926.

no fué acaso un mal la conquista española, pues que truncó el curso de una civilización en desenvolvimiento: «¿Cómo sería hoy día, después de cuatrocientos años de nuevas experiencias,—se pregunta el ya citado Pittard,—en el mismo laboratorio y por experimentadores de la misma calidad, la civilización de los Mayas? ¿El estado comunista de los Incas? ¿Y que encontraríamos delante si nosotros, hombres del siglo XX, descubriéramos hoy, de un golpe, la tierra de América?...»

A esa pregunta de Pittard, que representa una corriente del pensamiento actual, podríamos contestar acaso:

— Si Europa no hubiese descubierto la América hasta el siglo XX, es América la que, seguramente, hubiera descubierto Europa.

\*  
\*\*

Cuando Alcides Arguedas propugna la educación del indio, como un medio de salvarle y salvar nuestras nacionalidades, toca en el fondo de la gran verdad de casi todos nuestros pueblos.

La obra educadora debe ser,—por lo mismo que la labor es ardua,—integral, primordial. Debe ser colocada en el primer plano de las consagraciones jurídicas y sociales, en la vanguardia de las realizaciones efectivas.

No solo de pan vive el hombre. No solo de organización hacendaria ni de leyes electorales vive feliz el estado. El problema educativo—el gran problema, el capital problema americano—

debe ser preferentemente resuelto en el sentido de conseguir la reacción del indio, su rehabilitación, empleando para éllo métodos eficientes y técnicos. Eficientes y técnicos, pero ante todo peculiares, propios. ¡Por Dios, no pidamos a Alemania que nos enseñe a educar nuestros indios! ¡No enviemos a nuestros profesores a estudiar la escuela rural inglesa, francesa, alemana!...

Siquiera en este aspecto tan exclusivamente *nuestro*, de concurrir a la formación de nuestra personalidad, seamos nosotros mismos, no en un sentido exclusivista nacional sino en un amplio sentido americano, fuerte y resueltamente. La necesidad es nuestra, la enfermedad es peculiar a nuestra América: tengamos el valor de crearnos una terapéutica propia, aprovechando desde luego las enseñanzas de la experiencia y de la ciencia. Contentémonos con haber copiado ya tanto: Códigos, Constituciones, costumbres; no hagamos de nosotros mismos, de nuestra personalidad, un remedo inadaptado de otros pueblos y de otras razas.

Para desbrozar el camino al educador, al maestro de escuela, que será el verdadero constructor del porvenir—comencemos por borrar de nuestros códigos, llenos de individualismo burgués e inigualitario, de espíritu caciquista, todo lo que pueda significar un motivo, un mínimo pretexto de desnivelación social o legal desfavorable al indio; rechazando radicalmente todos los sofismas de carácter económico o hipocritamente humanitario que el capitalismo urde desde sus reductos, siempre poderosos y fuertes, en

nuestras tierras de falsa democracia aprendida.

Después de borrar todas las reglas legales que pudieran, aún por caminos indirectos, perjudicar al indio, hagamos la nueva norma, deliberadamente dirigida a la nivelación efectiva, real, no puramente escrita, de todos los pobladores de América, consultando preferentemente el resurgimiento indígena y su elevación.

No la norma permisiva, adinámica, inerte, que existe en todos los Códigos y las Constituciones, garantizando la *igualdad ante la ley*; no la norma: «todo lo que no está prohibido expresamente, esta permitido por la ley», que al rozarse con este problema, como con muchos otros, adquiere contornos farisaicos de habilidad jesuítica, no. Se precisa la norma legal imperativa y la norma legal *docente*, como dijera Costa, que ordene la nivelación y los caminos precisos y seguros para conseguirla.

Y entonces, no solamente se ha de conceder al indio la facultad para el ejercicio de los derechos políticos, sino que se le ha de *ordenar* su cumplimiento y se le ha de *enseñar* a cumplirlos, dándole la capacidad y la aptitud para éllo, y creando en él la *necesidad*, la *inclinación*.

Puede afirmarse que, desde los primeros días de la vida independiente de los estados hispanoamericanos, el derecho a votar, la posibilidad de intervenir en la organización representativa, no se ha vedado a los indígenas. Al establecerse en las Constituciones el derecho de sufragio, se lo ha hecho siempre en un sentido universal, en fórmulas generales: «tienen derecho a votar todos

los ciudadanos que reúnan tales y cuales condiciones... «Y de hecho, como no se había procurado que los indios reúnan esas condiciones—entre otras la de leer y escribir, indispensable a la ciudadanía—, estos quedaban al margen del derecho cívico.

La nueva legislación ha de contemplar el problema en su aspecto neto y preciso, y ha de tener la eficiencia de *producir* la nivelación, no solo la de *permitirla*.

Nivelación integral, en el pensamiento y en la forma. Que no se hagan al indio concesiones misericordiosas, que no se lo llame a la vida colectiva en esa forma proteccionista, tan deprimente y ofensiva, que parece solo el producto de la conmiseración, no el de la justicia. Un franco reconocimiento de derechos, una honorable declaración fijadora de posiciones de igualdad, que no tienda a mantener, ni aún en el aspecto puramente formal, las falsas actitudes de unos que dán y de otros que reciben, creando la división social—odiosa como todas—entre los benefactores y los favorecidos. Si se pretende educar a los indios, hacer de ellos verdaderos *hombres*, en el noble sentido de Guyau, no se ha de comenzar creando en contra de ellos una inferioridad, aunque solo sea de palabras, aunque sea inspirada en propósitos humanos.

\*  
\*\*

Después que la Ley haya trazado el camino, luego que la trocha esté abierta y los valladares

hayan sido allanados, vendrá el educador a preparar el terreno y a regar la simiente.

Y que la acción educadora sea unánime y armoniosa. Ya pueblos nuestros, en los que las dolencias políticas y sociales han pasado del período agudo y entran en convalecencia, como la Argentina, acaso el Uruguay; u otros, en los que la fuerza del ideal ha triunfado por sobre el dolor de las luchas fraternas, como Méjico; han encendido la antorcha señaladora de las nuevas direcciones educacionales y han concedido la categoría de problema máximo de la nacionalidad a la educación del indio, a la escuela rural. La América toda, y aún figuras nobles de la vieja Europa, que como Romain Rolland se encuentran *au-dessus de la mêlée*—anhelante de entusiasmo acaba de asistir a la fecunda labor educadora—humana, americana, *nuestra*—de José Vasconcelos, cuando tuvo a su cargo la Secretaría de Educación Pública de Méjico; labor que, si bien despertó el fervor continental, de hecho fue interrumpida por la política, que alejó de las tierras de América al impulsor.

Existe ya en nuestros países, el espíritu americano fuertemente dirigido hacia la educación, la gran taumaturga de la democracia. Los hombres distinguidos de todos los países, mantienen el pensamiento continental penetrado de la importancia capital de la tarea; más, por desgracia, este momento de la historia americana, parece particularmente impropicio para unificar y armonizar la obra niveladora y justiciera: élla necesita ambiente jurídico de libertad, y ese ambiente se

halla, acaso como nunca, enrarecido. Nuestras pobres patrias se han puesto a creer, y lo que es peor aún, a copiar lamentablemente, actitudes cesaristas que se ensayan en Europa. Bien pronto ha de pasar la racha; los modelos también han de desmoronarse bien pronto.

Solo cuando hombres de pensamiento y de virtud, constructores de pueblos han llegado a la dirección gubernativa—el caso Sarmiento, el caso Rocafuerte, el caso Vasconcelos—o cuando los gobernantes de buena voluntad prestan oído a las voces de la opinión honrada, y conciben el gobierno como algo más noble que la politiquería y el gendarme, se ha hecho obra de educación en nuestras patrias; en muchas de las cuales, solo cuando muy sobrado se encuentra el presupuesto, dedican esas sobras a la escuela.

El porvenir de la América grande, exige la unificación del ideal escolar. Quienes sueñan con la posibilidad de borrar las fronteras absurdas, quienes tienen fé en la patria continental del futuro, deben hacer por la nivelación de la cultura, que significa rehabilitación del indio y anulación de sus defectos. Y deben luchar desde el libro, desde el gobierno, desde la revolución...

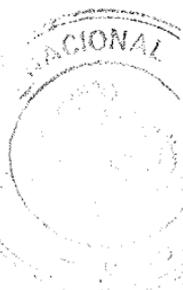
\*  
\*  
\*

Con fina penetración, Alcides Arguedas se adentra en las varias características de las regiones bolivianas y tiene la habilidad de reproducirlas fotográficamente, y al mismo tiempo con tan intensa verdad generalizadora, que a

cada momento nos detenemos para interrogarnos si este rasgo o aquella particularidad, no han sido vistos por el autor en una región de nuestro propio pueblo.

Acompañados, guiados por Arguedas, vemos desfilar a los paceños, en los que domina la sangre aymará, «graves, inclinados a la rumia meditativa, tristes, orgullosos, fieros y mentirosos» viviendo su incurable aburrimiento y defendiéndose del frío con alcohol; a los cochabambinos apasionados, imaginativos, palabreros, religiosos y patriotas, inclinados a la megalomanía, ociosos y unidos por un potente sentimiento de solidaridad regional; a los chuquisaqueños, aristócratas y ricos, cultivados y artistas, y a los de Tarija, hidalgos, con todas las características del español del mediodía, cuya sangre casi mezclada priva en la región.

El espíritu observador y crítico de Arguedas, se detiene ahincadamente en cada fase, en cada aspecto del caso patológico, y al estudiar «el carácter nacional», comienzan por golpear su atención las rivalidades comarcanas, los intensos pleitos de supremacía, en cuyo fondo casi siempre se halla el ruín, el mezquino interés personal, que invoca la justicia, que clama por «los sagrados intereses locales»; se encuentra las ridículas e inútiles pretensiones de la importancia provinciana. Esas desgraciadas luchas de hegemonía regional, que en algunos países como el Ecuador, asumen proporciones de verdadera tragedia, que no se detiene ante el peligro de la unidad nacional ni ante la sangre, son en Boli-



via, si bien menos profundas y graves, motivo para que se desarrollen corrientes de opinión política, y luchas por el adelanto externo, aparatoso, teatral, hecho de farsas y artificios. Y es por eso que Bolivia no puede, hasta hoy, resolver el problema de su capital: ¿Sucre? ¿La Paz?

Hombre que, como Costa, cree en la tierra y en su poder modelador y plasmador, Arguedas establece siempre la relación entre el aspecto de la comarca y la idiosincracia de sus moradores; hallando que, a cada peculiaridad regional, corresponde una característica humana, física o moral, inconfundible. De allí que a la determinante física, a las variaciones impuestas por el medio,—acaso más profundas que las que impone la raza—, atribuye muchos aspectos, muchas modalidades del malestar nacional.

La observación de Arguedas respecto del motivo por el cual fueron fundadas las ciudades bolivianas,—una batalla, el hallazgo de una mina—sin consideración a los condiciones que el sitio ofrezca para el desarrollo de la vida humana, como históricamente ha ocurrido con las aglomeraciones urbanas permanentes, que han buscado la cuenca de un río, una salida abrigada hacia el mar; esa observación puede ser aplicada a la mayor parte de las ciudades hispanoamericanas; pues el interés urgente y premioso del conquistador, que siempre es un aventurero y, por lo mismo, un apresurado, solo le permitió fijarse, establecer sus tiendas, en lugares donde el rendimiento pudiera ser inmediato y cuantioso. Allí donde la tierra ofrece su ferti-

lidad magnífica a la creadora pero tarda labor del sembrador, del obrero agrícola; en los valles con ríos para la comunicación de los hombres y la santa bendición del agua para el regadío, el conquistador ávido de los primeros tiempos, el que buscaba Eldorado y Cipango, no fundó sino muy rara vez, ciudades. Buscó preferentemente la mina, el lavadero de oro o el lugar cercano a bosques productores de materias de inmediata explotación: la quina; el caucho, la canela, el corozo. El conquistador a lo Pizarro, apresurado, como si presintiera que la explotación de estas tierras nuevas no sería siempre suya, no vino a sembrar, sino a cosechar. No es un reproche a España, a la España que después, pasado el deslumbramiento de los primeros días, tuvo hallazgos geniales de sitios de viabilidad providencial, como la rada de Buenos Aires; no a la España evangelizadora de los misioneros, que vino a regar una simiente cuyos frutos había de cosechar la humanidad entera.

\*  
\*\*

En este exámen clínico—social, hay algo audazmente honrado: la denuncia implacable, insistente, documentada, del desvío sentimental y trascendental de Bolivia—aquí si se puede escribir, abiertamente, toda Hispanoamérica—sobre el patriotismo, sobre la morbosa manera de ver, de amar y de presentar la patria. En ese punto es donde se halla toda la razón de ser del libro, y de allí han derivado todos los ataques,

todos las calumnias, toda la injusticia que ha sufrido el autor.

«La patria es la suma insuperable de la perfectibilidad», afirma ese pseudo patriotismo, que Arguedas con razón, califica de producto de «un espíritu tartarinesco.» (Es, con falta de fundamento, el *chauvinisme* francés de *l'affaire* que prefiere, a sabiendas, incurrir en la injusticia, antes de permitir que se dude un solo instante del ejército.)

Ese «patriotismo» de nuestras tierras piensa, o finje pensar: «La historia de la patria, es una gloriosa cadena, jamás interrumpida, de hechos incomparables, de grandes triunfos, de *derrotas que son glorias* o de *derrotas espartanas*». Nunca, la derrota de la «patria», cuando, muy raramente, se la reconoce, puede ser debido a—un error o a una inferioridad, jamás deja de ser honrosa y gloriosa.

«El territorio de la patria, continúa proclamando ese patriotismo de clisé, es de la más espléndida riqueza, belleza y grandiosidad. Su cultura, es insuperable. (Cada patria hispanoamericana, tiene el «primer» poeta del Continente, el primer escritor, la mejor universidad...) El pueblo de la patria es el más heroico de los pueblos y la prueba se la encuentra en la última guerra con el vecino, no importando el que se haya obtenido el triunfo o sufrido la derrota...»

Todo esto y mucho más, declamado en la tribuna populachera y en la parlamentaria, enseñado en la escuela y en la cátedra de la Universidad, escrito constantemente en los periódicos,

ha llegado a calar muy hondo en la ingenuidad del espíritu público, hasta el punto que el clisé para expresar esas necedades, la indispensable fraseología, se halla ya incorporada, consubstancialmente, al idioma: cada tema, cada motivo patriotero tiene sus moldes hechos, incambiables.

¿Exaltación de la personalidad nacional, direis, nacionalismo inofensivo? No. En primer lugar, y según la expresión reciente de Francesco Nitti—de algo que había sido dicho muy bellamente por Edgard Quinet—«el nacionalismo no es amor a la propia patria, sino odio a las patrias de los otros.» Luego, el desvio chauvinista y patriotero no se detiene en la declamación, sino que actúa. Es creador del *aparentismo*, que es acaso la enfermedad social generadora de mayor y más grave infecundidad colectiva y que, además, halagando torcidamente el orgullo nacional, levanta de día en día más alta la barrera separadora de unos pueblos con otros y hace menos probable la realización del ideal de solidaridad siquiera sea espiritual, para luego ser política, de tantas patrias afines.

El *aparentismo*—convertido en función nacional digna de elogios, oficialmente aplaudida y premiada, cuando no ordenada y dirigida a título de «propaganda en el exterior»—no acepta la crítica sincera de la vida nacional y, tomando para sí la exclusiva del patriotismo, excomulga y condena, proscribire y declara antipatriota a aquel que se atreve a decir la verdad, un poco de verdad, con la fé de que solo la visión neta y

precisa del dolor, del extravío, de la desorientación nacional, puede iluminar los caminos del porvenir. Ese *aparentismo* patriotero, siempre declamador y efectista, recurre al simil gastado —y que debiera ser sagrado— de la madre: «Un buen hijo, dice con burda hipocresía, ama a su madre sobre todas las cosas y encuentra en ella todas las perfecciones. Solo un hijo desnaturalizado puede encontrar defectos en su madre, y lo que es más horrendo, echárselos en cara y exponerlos al escarnio público.» Así, insinceramente, con esa música de organillo, se predica se enseña, se ordena el falseamiento del amor a la patria y se malea la verdad nacional, inhibiendo la acción, quitando todo estímulo a la honrada labor colectiva. En efecto, si todo es perfecto, si nada admite mejora, nada se debe hacer. Y la inercia y la apatía social, consagran un estado de cosas estático, que tiende más bien a la retrogradación.

Ese mismo *aparentismo* es el que, llevado a los extremos del ridículo exterior, preconiza lo que ha dado en llamarse pomposamente: «propaganda nacional». Diplomáticos y cónsules, muchas veces agentes especiales que cuestan mucho dinero, tienen la consigna de pintar, sobre todo en Europa, progresos y excelencias, pero siempre desde un plano de artificio y mentira, de una banalidad y de una inutilidad inconcebibles.

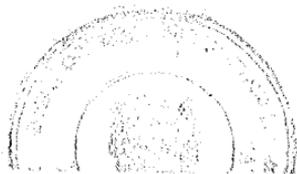
Se buscan, por ejemplo, corrientes de inmigración. Entonces se exhiben fotografías de unos cuantos edificios modernos, horrendamente anti-estéticos, copia en barro de los hotelitos de la

Costa Azul o de las villas de la Riviera italiana. Con esas fotografías, se ilustran revistas de circulación escasa, en las que, preferentemente, se publican, con elogios superlativos, los retratos de los hombres de gobierno. Si siquiera se hiciera como aquello del café colombiano, con las muchachas desnudas del Moulin Rouge de Paris...

Ese lamentable vicio nacional, es el que sostiene a muchas naciones suramericanas al lado de esa entente de imperialismos preparadores de la nueva guerra, que se llama la Sociedad de las Naciones. Dá ira y lástima al ver que, tras todo comentario al respecto, en la prensa europea, especialmente francesa, se esconde mal una sonrisita irónicamente despectiva. No hay sino que recordar el caso del Brasil, en 1926: cuando el gran país lusoamericano impidió, por esa ocasión, con una admirable inflexibilidad tozuda, la entrada de Alemania en la Sociedad, círculo cerrado de Grandes Potencias, la opinión, especialmente francesa, se unificó: ¿por qué un extraño se mete en lo que no le importa? Y la retirada del Brasil apenas protocolariamente lamentada, fué un respiro de satisfacción.

Poco o nada importó tampoco la separación de España, condicionada a una pretensión justísima de esa vieja y gloriosa nación, a la que tanto—acaso como a ninguna—debe la cultura occidental, todos los hombres.

En una sociedad de deudores para liquidar las cuentas de la guerra,—a la que no quiere ingresar el Gran Acreedor—¿qué papel pueden hacer nuestros países que, por grandes que se crean



dentro del continente, son en el actual momento de la historia «occidental», absoluta, totalmente insignificantes, desde el punto de vista de su potencial guerrero ?

Y allí están, sin embargo. Felices de que se les haya hecho el honor de concederles asientos *turnantes* en el Consejo de la Sociedad, orgullosos como invitado pobre en casa grande... Lo finalmente triste y lastimoso, es que cada año la prensa parisiense registra un *petit scandale*: en efecto, se disputan agriamente, con tono que llega a veces hasta las proximidades de conflicto de cancillerías, aquellos asientos *turnantes* que, para tener votos fáciles, se les otorga misericordiosamente...

Preciso es que cesemos ya de hacer el ridículo ante Europa. Preciso es que clavemos nuestra mirada y nuestras fuerzas en nosotros mismos y es solo así que, luego, obligaremos a Europa a que nos tome en cuenta, a que nos busque acaso.

En las relaciones de vecindad, la deformación patriótica crea peligros más graves. De nuestra América nueva, venida al mundo bajo el signo fraternal de la unidad de raza, de idioma y religión, limpia del pecado original de los nacionalismos enemigos, se quiere hacer *contra natura*, un remedo de la vieja Europa, que es un mosaico de culturas, razas, religiones, idiomas. Un remedo del continente trágico que no puede salvarse de la maldición de la guerra y que, si crea y ha creado una cultura admirable, dedica también, de tiempo en tiempo, lo mejor de sus

fuerzas, a destruir los productos más ilustres de esa misma cultura.

Nuestros países que han importado el patriotismo de Europa, como importan artículos de lujo de París, han puesto ya entre ellos barreras de sangre. Pero, si se hinca un poco la mirada en esas tragedias del pasado, que incuban las del futuro, se hallará siempre la deformación patriótica engañosa en los hombres que dirigen, y que explotan la gran palabra sonora, para sostenerse, para acallar protestas y dominar propósitos de rebeldía.

A nuestros pueblos se les está enseñando a odiarse los unos a los otros. Hay cátedra de mentira y cátedra de odio. Nuestros aprendices de estadista, juegan a lo Bismarck y Talleyrand. Se deforman los mapas y las cartas. Se miente en las escuelas. Se predica el odio a los niños. Esa farsa trágica, está cavando hondo. Acaso, seguramente, es tiempo aún de reaccionar. Que se corten los litigios pendientes. No es preciso, para estar a la moda de Francia y de Europa, que nosotros tengamos también nuestras «provincias cautivas», nuestras Alsacia y Lorena, atracción eterna de la guerra. Hagamos *nuestro* patriotismo para nosotros, un patriotismo que prefiera, como lo dijo alguien, pero que no excluya. Hicimos tanto para tener patrias, hicimos excesivamente acaso. Hagamos ahora por tener un patriotismo también. Las patrias que imitamos, que copiamos, no nos están dando muy buenos resultados. Los patriotismos de encargo, nos han costado y nos siguen costando demasiado.

No es que propugne, aún cuando bien lo deseara, el internacionalismo integral. Es el continentalismo el que precisa. Y que los mejores de los nuestros, dejen un poco de abominar de «los profesores de utopía.»

Una de «las enfermedades sociales», dice Arguedas, es la *megalomania*. Es élla, en efecto, la que genera la deformación patriótica y la farsa colectiva del *aparentismo*, que hemos visto ya. Es personal, es institucional, es regional, es nacional. La simulación colectiva de grandeza tiende a convertirse, sobre todo en las clases populares, en un verdadero, en un profundo «sentimiento», incorporado a la idiosincracia de la masa. Y ese es el camino del abismo. Arguedas lo comprende; se da cuenta de la magnitud disolvente de ese gran *morbos de su pueblo*—que lo es de todos nuestros pueblos ingénuos—y por eso clava en su examen toda la potencia de análisis posible. Es minucioso. Y al libelo denunciador, acompaña siempre la comprobación auténtica, irrefutable.

★  
★ ★

El problema de la cultura—que es, sin duda alguna el primordial—preocupa singularmente al pensador boliviano. La megalomania nacional, las pretenciosas rivalidades regionales, no han perdonado tampoco ese terreno, en el que solo un gran pensamiento humano, director e impul-

sor, y una competencia técnica comprobada, deben regir y actuar. La dirección educacional de un pueblo niño, vacilante, que urge en las sombras de su constitución étnica imprecisa, las iluminaciones de un sendero para echar a andar por él, reclama la fuerza, la bondad, el amor de espíritus civilizadores, la mano potente de un modelador de hombres. La buena, la recta voluntad por lo menos. Y en eso también se aparenta, se miente, se hace farsa.

He aquí un dato, como ningún otro, desconsolador y doloroso:

«El territorio nacional de la República contiene... I. 744.568 habitantes, y de ese millón y tantos, solo cuentan con instrucción, o mejor, saben leer, 218.845. En los «ocho departamentos hay siete universidades, tres de las cuales tienen tres facultades: derecho, medicina y teología; una dos: derecho y teología; y tres, una: derecho.»

«El anhelo de instrucción es tal, que el año 1901, la facultad de Tarija (ciudad de 6.000 habitantes) contaba con *un* profesor y *un* alumno; la de medicina de Cochabamba, *un* profesor y *cuatro* alumnos...» Algunas de estas Universidades (Arguedas se apoya siempre en documentos oficiales) no tienen local propio, ni muebles ni útiles indispensables. Pero el orgullo, el patriotismo están triunfantes y la ridícula pretensión regional también.

El ideal de cultura en cambio, el derecho a la educación, sufren fundamentalmente. Todo el dinero, toda la fuerza de iniciativa lamentable-

mente derrochados en esta loca farsa universitaria—que la juegan también, en mayor o menor extensión todos los países hispanoamericanos—se los resta a la escuela primaria, cuya realización, por ser menos aparatosa que la universitaria, solo merece al más grande descuido, cuando no la más completa despreocupación. La enseñanza primaria, sin orientación, entregada a direcciones diversas: Estado, Municipio, congregaciones religiosas; con maestros mal pagados y, por lo mismo, mal elegidos, sin locales, sin elementos, no puede preparar los hombres que construyan la sociedad ni siquiera a los que han de caer en las fauces siempre abiertas del profesionalismo.

Porque la Universidad boliviana no cumple realmente una finalidad civilizadora central, no se preocupa de polarizar la cultura nacional, ni siquiera de lanzar a la vida *hombres*, en plena aptitud de trabajo y de realización. La Universidad boliviana—como la mayor parte de las suramericanas—*hace abogados*, médicos y curas...

La plétora, el exceso de profesionales, casi siempre de cultura unilateral, unida a la deficiencia, al abandono de la educación primaria, «crea, dice Arguedas, un estado especial y único de conciencia colectiva.» Y ese estado, allí donde se produce, se resuelve en una crisis agudizada del *aparentismo*, que lleva a la empleomanía, a la manía burocrática, común a casi toda Suramérica también (por mucho que lo nieguen los «grandes países»), con todo su cortejo

de pereza, de ineptitud y de vicios; y a su consecuencia necesaria: la politiquería, elevada al rango de una ocupación constante, de un oficio, y que no se detiene ante nada: el fraude electoral, la conspiración personalista sin ideal, el asesinato llamado «político», el robo...

Dentro de su misma línea, la saturación profesional, sobre todo en la abogacía, desarrolla la inmoralidad más desenfadada. Esa inmoralidad profesional de nuestros pueblos, tan recia—y precisamente señalada y combatida por el sereno filósofo Vaz-Ferreira, en su admirable «Moral para Intelectuales», uno de los libros americanos que más bienes ha hecho.

Arguedas se indigna especialmente contra el horror de los vicios políticos. Páginas admirables, rudas, de enérgica franqueza, tiene «Pueblo Enfermo» para denunciar la pequeñez, la oscuridad de ambiciones, la cortedad de vista, el dolor de la «política» y de los «políticos» bolivianos. Largo y tentador para el comentarista, sería el seguirle por este sendero. Debemos si declarar que, en este aspecto, el cambio de la palabra «bolivianos» con «hispanoamericanos», se impone esta vez como un urgente imperativo de verdad. ¿Excepciones? Acaso...

Con mucha pena, en la que se unen en esta vez, al amor de la tierra y al sentimiento de justicia, el sentimiento profesional, «de clase», Arguedas ahonda en las características—aquí sí, a lo que parece, especialmente bolivianas—de la prensa, del periodismo de su patria. Con gusto es preciso ostentar, en efecto, la altura, a

que se ha elevado el periódico en muchos de nuestros países. Las más nobles voces de la tierra, las más ilustres y las más claras hablan desde allí al mundo. En la gran prensa hispanoamericana, se siente ya un poderoso aliento de universalidad.

La prensa es en su patria, según Arguedas, «uno de los factores de la decadencia colectiva». Todo el malestar nacional está exhibido en élla, con la terrible agravante del atentado literario, que hace servir a la palabra impresa para los más bajos y vergonzosos menesteres.

En élla se practica la maldad desconcertadora del silencio para todo esfuerzo de honradez que no paga tributo a la rutina aplebeyada o a la humillación de entrar docilmente en el rebaño; la maldad del elogio a lo mediocre, a lo inhonesto, a lo injusto y a lo feo; la maldad de la calumnia, que se la practica con toda la impiedad de un verdadero asesinato de almas. Allí está siempre el periódico, vigilante y alerta, para señalar los caminos torcidos de error, de injusticia, de mediocridad. Sobre ser el guía falso, es el guía tonto. Y dándose a si mismo el nombre aparatoso y rimbombante — que es uno de los más insoportables clisés—de «Cuarto Poder del Estado», se ha convertido en una verdadera calamidad de la vida nacional.

Las causas de decadencia física, están luego observadas y estudiadas por Arguedas neta y vigorosamente. Formas defectuosas de constitución familiar, matrimonios prematuros, de interés o abolengo, falsas direcciones de virtud do-

méstica, sobre todo en la educación femenina; toda esa gangrena de nuestro vivir social de trasplante y de copia, sin correspondencia alguna con el medio, toda la insinceridad de ese barniz de civilización prestada, que en su artificiosidad, no se detiene ni ante el amor ni ante los imperativos de la especie: todo eso está visto en «Pueblo Enfermo» y dicho con una enérgica franqueza, que se apoya en la estadística, rigurosamente. Parece, sin embargo, que este es uno de los aspectos en los que la suceptibilidad boliviana se ha visto más herida y lo que menos perdonan a Arguedas, muchos de sus compatriotas.

El alcoholismo. Los indios beben, los blancos y los *cholos* beben también. Es una maldición. Es que el pueblo está enfermo y busca acaso la narcosis del aguardiente para olvidar sus males o sentir menos sus dolores. Bebe también de frío y de tristeza. A través de las páginas admirables de sombra de Fédor Dostoyewsky, de las truhanescas y dolorosas de Gorki, de las nobles y altas de Tolstoï, el moujik ruso pasa tambaleante de vodka, de frío y de odio embrutecido a los opresores. Leyendo a Arguedas en «Raza de Bronce» (1), se siente un frío siberiano en las altiplanicies bolivianas desoladas y se disculpa y se comprende al indio que bebe de frío y de odio también, como en la tierra de Lenin, cuando era de los zares y, acaso, ahora también.

---

(1) Siento que la indole de este Ensayo, no me permita estudiar esta hermosa novela, una de las mejores que, sobre tema autóctono, se han escrito en América.

El ambiente de Bolivia es inhospitalario al Arte, dice Arguedas. Lo es también, agregamos, el de casi todas las pequeñas repúblicas, que se han puesto como prototipo, la imitación del yanqui. Nuestros ridículos *profesores de energía*, los eunucos predicadores de la «eficiencia», de la «practicidad», esos que piensan que nuestros pueblos deben matar toda aspiración elevada y que creen en la necesidad exclusiva del «yanquisamiento», no podrán seguir al espíritu honrado de Alcides Arguedas—que como nadie quiere una patria fuerte, sana y rica—en su angustia porque en nuestros países no se dé a la realización intelectual y artística, la importancia, las facilidades y los impulsos suficientes.

Una porción enteca y grasa de nuestras poblaciones—precisamente aquella que siempre llega a ser Gobierno, Legislatura, Magisterio, aquella que dirige y que conduce—habla estupidamente de la necesidad de lo «práctico» y tiene como divisa el «yanquisamiento», sin comprender el gran espíritu bueno del pueblo norteamericano, sino en un sentido exclusivo, unilateral, que se lo expresa con la imbécil fórmula de «sentido práctico», en oposición a lo que, con despectiva estulticia, se llama el «romanticismo», cuando no el «quijotismo». Un yanquisamiento que se admira solo del foot-ball y de los W.C., ambas cosas utilísimas y buenas, pero que detesta el libro, siempre que no sea el de Caja, y que cree en la superfluidad de las disciplinas superiores, cuando no en su nocividad, matadora del *sentido práctico*. (No puedo dejar de consignar este cu-

rioso ejemplo: la Cámara de Comercio de Quito, en el año 1923 según creo, aprobó un voto en el sentido de que se procure que a la próxima Legislatura, se lleven *hombres prácticos*, en ningún caso *intelectuales*. Es una declaración oficial.)

Y toda esa gente no sabe—claro, con su horror al libro—que los Estados Unidos es el país que más profundamente se preocupa de la cultura literaria y artística. Se preocupa con la difusión y democratización de libros más formidable que registra la historia. Las bibliotecas norteamericanas no solo buscan, persiguen, asedian a los hombres, para obligarlos a leer. El libro no se queda inmóvil en los anaqueles, esperando la visita del estudioso o del meditador: va a la casa de todos, pasa de una a otra mano, indefinidamente. El amor a la música es llevado al delirio. Persiguen los yanquis la pintura, la escultura, la arquitectura, que todavía no tienen pero que ya tendrán acaso más que los pueblos viejos. Y los artistas de verdad, en ninguna parte del mundo hallan mejor ambiente que en ese gran pueblo que comprende perfectamente su misión, que quiere entrar en la historia, no como Fenicia y Cartago que cayeron sin dejar su huella. Y sabe que los pueblos grandes y los pueblos fuertes y los pueblos ricos: Egipto, la India, Israel, Atenas, Roma, España, la Italia Renacentista, Alemania, Inglaterra, Francia... aportaron su contribución a la cultura que es imaginación, que es belleza, que es arte... Si eso no supieran los Estados Unidos, si su cultura no se dirigiera allá,

por los caminos de la riqueza, su «sentido práctico»,—tal como lo entienden los infelices copistas hispanoamericanos—, no dejaría una huella duradera en la historia.

Arguedas, que quiere una «cultura», es decir una suma, una síntesis de perfectibilidad para su raza, examina las causas de esterilidad intelectual y artística, dentro del medio boliviano, tema que ya rozó en el estudio del «carácter nacional.»

Como es natural, choca contra la abominación de las consagraciones falsas, contra el acaparamiento del talento y de la sabiduría que en Bolivia—como en el Ecuador—realizan ciertos grupos de mediocridades, que han triunfado en un medio aparentista y mediocre, que esos mismos grupos han preparado y siguen manteniendo.

En el Ecuador, como en la Bolivia que nos pinta Arguedas, se «construye», mejor dicho se «confecciona» genios y maestros en las diversas disciplinas intelectuales y universitarias. Genios y maestros sin obra. Ilustres desconocidos. Inéditos gloriosos. ¡Oh, espíritu tutelar de José Joaquín Alves da Pacheco, genial creación del gran Eça de Queiroz! Como tu, nuestros genios usan también grandes gafas, que impidan que el talento se les vaya por los ojos. Como tu, Pacheco ilustre, ellos son ilustres también. Es posible que entre los conquistadores viniera un miembro ibero de la insigne familia. El más prolífico sin duda entre todos los aventureros. Si los descendientes bastardos de Pizarros y de Sotos y de Carvajales, son Presidentes de República, los tuyos, gran

Pacheco, son Legisladores, son Profesores, son legión. Ya hubo en nuestra América quien escribiera sobre la casta egregia: José Ingenieros, hizo «*El Hombre Mediocre.*»

Si Arguedas se queja de la esterilidad intelectual boliviana, ¿cómo no hemos de quejarnos nosotros, en el Ecuador, pueblo que se ha dedicado a vivir con la vista hacia atrás y repitiendo con necio orgullo infecundo, los nombres ilustres de Montalvo, de Espejo, de Mejía, de García Moreno, Rocafuerte y Olmedo?... País que ha producido esos hombres, precisamente por éello, debe mantener la gloriosa tradición como una llama viva.

Y no es que falte el talento. Unas veces en lo prematuro de la consagración, otras veces en la brusquedad del rechazo, hemos de hallar las causas más efectivas de la infecundidad. En efecto, cada generación juvenil se presenta con gallardos y prometedores representantes en lo artístico, científico, literario. Pero a esos representantes, o bien se los hace Ministros de Estado, o se los precipita sin piedad al abismo de la oscuridad, del vicio, cerrándoles todas las puertas, después del primer artículo de periódico, del primer poema, del primer discurso.

\*  
\*\*

«De la sangre en nuestra historia.» He aquí un capítulo de «Pueblo Enfermo», en que Arguedas, el futuro historiador de su tierra, se mani-

fiesta implacable y justiciero. El mal nuestro de las revoluciones, ese mal que la indolencia y la injusticia europea ha llevado a la opereta y a la caricatura, está muy bien reseñado por lo que respecta a Bolivia. Las revueltas, los motines sangrientos se suceden. Las ambiciones personales no se detienen ante nada. No se busca una idea, sino grandes palabras que sirvan de pretexto para lanzarse a la matanza por la captación del poder. Lo de siempre, lo de todas partes. No es nuestro pecado peculiar; somos pueblos niños, que buscamos a tientas nuestra verdad y nuestra personalidad. No es nuestro caso idéntico al de los Estados Unidos: allí hubo el traslado integral de una raza vieja a una tierra nueva. Y sin embargo, cuanta sangre también.

Tras la sangre, vienen las tiranías. Se dice que el indio es gregario y que acepta, que busca acaso, los amos. Nada menos cierto que eso. El indio está aplastado, simplemente. Pero el espíritu, es español, y ningún pueblo de la tierra más rebelde y altivo que el hispano. En la Bolivia estudiada por Arguedas han habido muchas tiranías, caciquismos innobles, como en los demás pueblos de América también.

Pero el mal, que parecía haber sufrido una pausa esperanzadora, tras los Francia, los Melgarejo, los Rosas, los Guzmán Blanco; ese mal terrible de las tiranías y de las dictaduras, se halla recrudecido hoy terriblemente en nuestra América. Los países de gobierno normal, son excepción. El resto se encuentra lamentablemente entregado al caciquismo, al caudi-

llaje. Y las condenaciones de Arguedas, adquieren de nuevo virtualidad fortalecida.

\*  
\*\*

Mucha tinta negra—que ya dijera Unamuno con respecto a Costa—emplea Arguedas en el estudio y diagnóstico del «caso» boliviano. Mucha amargura también, siempre mucha sinceridad. Y la tinta negra empleada.—que no significa en modo alguno pesimismo sino anhelo de verdad—se explica por el amor de Bolivia, acendrado, que pone Arguedas en sus libros. Amor dolido, que se exaspera, que se angustia. Pero que deja ancho lugar a la esperanza.

Es por eso que al final—muy someramente acaso—expone el plan terapéutico, el «régimen» al que debiera ser sometido el «pueblo enfermo». Enfermo en la primera infancia. (Rodó propuso que se le llamara *Pueblo Niño*) y por lo mismo más delicado, más expuesto a las complicaciones y a las recaídas.

Ese plan terapéutico—el autor lo declara—es el programa de Costa: Hacer hombres, cultivar la tierra, luchar por la eficiencia individual y colectiva, dentro del medio y contra el medio. Hombres fuertes, sanos, cultos, aseados, optimistas. Hombres que amen la vida en su maravillosa integridad fecunda.

Para poner en práctica el programa, este espíritu minucioso y preciso de diseccionador social, este hombre de detalles y de observaciones pro-

fundas, invoca la necesidad del método quirúrgico, predica la revolución.

La revolución fecunda, que al momento de destruir, sabe ya lo que ha de edificar sobre las ruinas. La revolución *por* algo, no *contra* alguien, como diría Vasconcelos; como han sido, desgraciadamente, casi todas las revoluciones nuestras que, cuando no han ensangrentado, por lo menos han desacreditado nuestros países ante el mundo, o han desacreditado la Revolución. En suma, la revolución que quiere Arguedas para su Bolivia, es la que las juventudes de muchos de nuestros países, sueñan o proyectan: revolución que borre los caminos de la desorientación y trace otros, animada por la firmeza de un ideal conscientemente construído, guiada por una finalidad concreta de mejoramiento, primero dentro de los límites políticos actuales y luego, ensanchándose generosamente hacia la cristalización de un ideal conjunto y armonioso de estas tierras nuevas de la América española integral, donde la especie tiene que realizar una etapa fundamental de cultura—acaso la definitiva y suprema—dentro de la vida de la humanidad.

Las lenguas de fuego de la cultura van a descender sobre América, desplazándose de una Europa minada por el odio y por la endemia de la guerra—de esta guerra de ahora que lo mata todo—. Se acerca el momento del Pentecostés. Preparémonos, pueblos, países, por la fuerza y por la unión, para recibirlo como un don divino.

Oigamos la voz franca y honrada de hombres sinceros y fuertes, de hombres que, como Alcides

Arguedas, han recibido y cumplen fielmente su misión de preparadores de la nueva tierra, para el milagro de la siembra y de la germinación. Preparadores del espíritu para el Advenimiento.

FIN



# ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Cuatro Hombres Americanos (Prólogo) ..	7
Los Creadores de la Nueva América ....	19

## JOSÉ VASCONCELOS

El Civilizador y el Constructor .....	23
Los Libros .....	43

## MANUEL UGARTE

Una visita a Ugarte .....	79
El Escritor .....	89
La Campaña Hispanoamericana .....	99

## F. GARCIA CALDERÓN

Oyéndolo .....	121
El Hombre que sabe los caminos .....	123
El Hombre que maneja continentes .....	147

## ALCIDES ARGUEDAS

El Hombre y la Casa .....	167
La Obra .....	175





IMPRIMERIE OMNÈS ET C<sup>ia</sup>  
75, RUE ROCHECHOUART, 75  
PARIS — 1928